

LA MEMORIA DE LAS COSAS

Hay recuerdos que no son tuyos.



ELENA DE LA TORRE

La memoria de las cosas

Elena de la Torre

2026

© 2026 Elena de la Torre. Todos los derechos reservados.

© 2026 Elena de la Torre

La memoria de las cosas. Primera edición, 2026.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin autorización escrita de la autora.

*Para los que estuvieron aquí desde el principio.
Y para quienes cuidan las cosas como lo que son: guardianes de
la memoria.*

No se ve bien sino con el corazón.

Lo esencial es invisible a los ojos.

— Antoine de Saint-Exupéry, *El Principito*

Capítulo 1 — Treinta y ocho

Inés llegó tarde a su propio cumpleaños.

No al de la noche, ese era en casa de Amaya y todavía faltaban horas. Llegó tarde al martes. Al día en general. Al trabajo, concretamente, que era donde se suponía que tenía que estar a las nueve y ya eran las nueve y cuarto cuando salió del metro con el pelo todavía húmedo y el café pendiente.

Treinta y ocho años. Consultora de productividad senior con una taza de café sin tomar y quince minutos de retraso. Había algo poético en eso, aunque seguramente la poesía no era la palabra que usaría su jefe si se lo cruzaba en el ascensor.

El caso es que Inés era buena en su trabajo. Muy buena, de hecho. Entraba en empresas que funcionaban como un cajón de calcetines desaparejados y en tres meses los convertía en algo que al menos parecía un sistema. Sabía identificar cuellos de botella, rediseñar flujos, convencer a directivos de cincuenta años de que había vida más allá del Excel mal hecho. Sus clientes la adoraban. Sus presentaciones eran impecables. Sus informes llegaban siempre antes de la fecha límite.

Su vida personal, en cambio, era el cajón de los calcetines.

No de forma dramática. No había tragedia ni crisis existencial ni nada que justificara una temporada en Netflix. Era más bien un caos tranquilo, casi doméstico, el tipo de desorden que se instala en silencio mientras tú estás ocupada siendo eficiente para otros. El piso tenía tres pilas de ropa que llevaban semanas esperando decisiones. La nevera solía contener ingredientes para recetas que nunca terminaba de hacer. Llegaba tarde casi siempre, no por descuido sino porque calculaba mal los márgenes, que era irónico en alguien que vivía de los márgenes.

Treinta y ocho. Ni joven ni mayor. En ese territorio intermedio donde se supone que ya tienes la vida resuelta y resulta que la vida no leyó el memo.

El móvil vibró mientras bajaba las escaleras del metro.

Era su madre. Un audio. Inés miró la duración: tres minutos y cuarenta segundos. Lo guardó para después con la misma energía con la que se guardan las facturas que dan miedo y siguió caminando.

Había un mensaje de texto de su padre que decía simplemente “Felicidades cariño” con un punto al final, que era exactamente su padre en cinco palabras. Y luego estaba Amaya, claro, que le había mandado un meme a las ocho de la mañana con un perro con cara de resignación absoluta y el texto: “Bienvenida al club de los que ya no son treintañeras pero tampoco cuarentones. Tierra de nadie. Que Dios te ampare.”

Inés se rio sola en la calle, lo que le valió una mirada de un señor que paseaba a un perro salchicha.

Amaya llevaba desde la universidad así. Se habían conocido en segundo de carrera, en una cola de matrícula donde Inés había llegado tarde, naturalmente, y Amaya le había guardado el sitio sin que nadie se lo pidiera porque, según ella, había visto en su cara que lo necesitaba. Amaya era así: hacía cosas que no tenían explicación lógica y luego las explicaba con una seguridad pasmosa. Creía en el tarot, en los cristales, en que la luna llena afectaba al humor, en que ciertos lugares tenían energía y cierta gente también. Inés no creía en nada de eso, pero escuchaba porque Amaya tenía una forma de contarle que hacía que todo sonara razonable durante los cinco minutos que duraba la conversación.

Eran completamente distintas y llevaban quince años siendo lo más parecido a hermanas que tenía ninguna de las dos.

“Luego te cuento lo del sueño que tuve contigo”, había añadido Amaya en un segundo mensaje.

Inés escribió: “Si aparece un hombre misterioso te debo una cena” y guardó el móvil.

La cafetería se llamaba Origen y estaba pegada al edificio, literalmente, como si el arquitecto hubiera previsto que gente como ella necesitaría cafeína antes de cruzar el umbral. Era un local pequeño, de esos que huelen bien desde la calle, con cuatro mesas, una barra larga y un chico detrás que se llamaba Pablo y que desde hacía dos meses sabía su pedido sin que ella abriera la boca.

Inés empujó la puerta y el olor a tostada y café recién hecho hizo exactamente lo que se supone que tiene que hacer: convencerla de que el día podía salvarse.

—Lo de siempre —dijo de todas formas, por costumbre.

Pablo ya estaba girándose hacia la máquina.

Había dos personas en las mesas, un hombre con auriculares que tecleaba con urgencia de deadline y una chica joven que miraba el móvil con la expresión de quien no ha dormido bien. Inés se apoyó en la barra y aprovechó para responder tres mensajes de trabajo que no podían esperar: uno de un cliente en Valencia que tenía una reunión a las diez y necesitaba que le confirmara el orden del día, y dos internos de compañeros que básicamente le preguntaban lo mismo con distinta redacción.

Los respondió en paralelo mientras Pablo terminaba con el café.

—Cuatro con veinte.

Inés buscó el móvil para pagar. Fue en ese momento, mientras alargaba el brazo hacia el datáfono, cuando la vio.

La taza estaba al final de la barra, apartada, como olvidada entre el expositor de magdalenas y el servilletero. Era completamente normal, blanca con una línea azul en el borde, de las que hay en miles de cafeterías. No tenía nada que la distinguiera de cualquier otra taza del local.

Y sin embargo Inés no podía dejar de mirarla.

No fue una decisión. Fue antes que eso. Como cuando pisas un charco antes de verlo, cuando el pie ya está mojado y el cerebro todavía está procesando lo que pasó. Una especie de tirón suave, casi imperceptible, como una palabra en la punta de la lengua o la certeza de haber olvidado algo importante sin saber el qué.

Qué raro, pensó con la parte de su cerebro que todavía funcionaba con normalidad. Es una taza.

Pagó. Cogió el vaso. Y aun así no se fue.

Se quedó un momento más de lo necesario, mirando esa taza blanca con la línea azul, sin entender por qué, sintiéndose levemente ridícula. A su lado Pablo atendía a otro cliente. El hombre de los auriculares seguía tecleando. El mundo seguía girando con total indiferencia hacia lo que le estaba pasando a ella, que era nada, probablemente. Un momento raro. El cansancio. Los treinta y ocho años manifestándose de formas creativas.

Alargó la mano y la tocó.

Fue menos de un segundo.

Y en ese menos de un segundo el mundo desapareció.

No del todo. No como un desmayo. Fue más como si alguien hubiera superpuesto una imagen encima de la realidad, nítida e imposible de ignorar al mismo tiempo. Un hombre de unos cincuenta años, pelo entrecano peinado hacia atrás, traje oscuro, sostenía esa misma taza con la línea azul en la mano derecha. Estaba de pie en algún lugar con poca luz, una sala quizás, con ventanas altas y persianas a medio bajar. No estaba solo pero Inés no podía ver a la otra persona, solo intuirlo, una presencia fuera de lo que era capaz de percibir. El hombre miraba hacia ese lado, hacia esa presencia invisible, y su expresión no era la de alguien que estaba teniendo una conversación agradable.

Y decía esto, con una voz baja y muy seria:

“Si alguien descubre lo que hicimos, estamos perdidos. Los dos.”

Luego nada.

La cafetería. El ruido de la máquina de vapor. El olor a café. Pablo mirándola con una expresión levemente preocupada desde detrás de la barra.

—¿Está bien?

Inés retiró la mano despacio. Miró la taza. Miró a Pablo. Miró la taza otra vez, como si fuera a darle alguna explicación, como si los objetos inanimados tuvieran la costumbre de aclarar lo que acababa de pasar.

La taza no dijo nada. Era una taza.

—Sí —dijo Inés—. Perfectamente.

Cogió su café, cruzó el local en cinco pasos que intentaron parecer normales y salió a la calle con el corazón a ciento veinte pulsaciones y la absoluta certeza de que algo acababa de pasarle que no tenía ninguna explicación racional.

El aire de la mañana le dio en la cara. La gente pasaba. Un autobús frenó ruidosamente en la parada de enfrente.

Se quedó parada en la acera durante tres segundos completos antes de que su cerebro retomara el control y le dijera que tenía que subir al trabajo, que llegaba tarde, que tenía una reunión a las diez, que era su cumpleaños y que lo que acababa de pasar probablemente tenía una explicación perfectamente razonable que se le ocurriría en cuanto tomara el café.

Cruzó la puerta del edificio.

En el ascensor, sola, miró su mano derecha. Los dedos que habían tocado la taza. Completamente normales. Sin nada que ver.
“Si alguien descubre lo que hicimos, estamos perdidos.”
Las puertas del ascensor se abrieron en la cuarta planta.
Treinta y ocho años. Feliz cumpleaños, Inés.

Capítulo 2 — El don del yogur

El ascensor de la cuarta planta olía a ambientador de pino y a la colonia de alguien que había subido antes que ella. Inés salió al pasillo con el café en la mano, el bolso cruzado y la mente todavía a medias en la cafetería.

“Si alguien descubre lo que hicimos, estamos perdidos.”

Lo había repetido mentalmente unas doce veces desde que había cruzado la puerta del edificio. No porque quisiera, sino porque la frase tenía esa cualidad pegajosa de las canciones que no puedes quitarte de la cabeza, de las palabras que se instalan sin permiso y se niegan a marcharse. El hombre del traje oscuro. La taza en su mano. La sala con poca luz.

Una alucinación, se dijo por tercera vez desde que había salido a la calle. El cansancio. El azúcar bajo. Los treinta y ocho años atacando de formas nuevas y creativas.

Era una explicación perfectamente razonable. El problema era que no se la creía del todo. Y eso, de alguna forma, era peor.

Empujó la puerta de cristal con el logo de Kore Consulting en letras plateadas y entró en la oficina.

Kore Consulting ocupaba toda la cuarta planta del edificio. Un espacio diáfano con zonas de trabajo en isla, salas de reuniones acristaladas al fondo y una cocina pequeña que llamaban sala de descanso porque sonaba mejor. Funcional y sin más pretensiones, que era lo máximo que se podía decir de un sitio donde la gente pasaba ocho horas al día analizando los problemas de productividad de otros.

Inés había diseñado la distribución del espacio dos años atrás.

Seguía llegando tarde todos los días.

—¡Sorpresa!

Casi derramó el café.

Amaya, Víctor y Sandra estaban de pie junto a su mesa con una expresión de satisfacción colectiva que solo podía significar que

llevaban un rato esperando. Sobre el teclado había una magdalena de chocolate con una vela pequeña encendida, de las de cumpleaños, y junto al monitor una bolsa transparente llena de espaguetis de pica pica, los rojos y verdes, los de toda la vida, los únicos que Inés consideraba que valían la pena en el universo conocido de las chuches.

Se quedó parada en la entrada de la isla con el café en la mano.

—Sois idiotas —dijo.

—Feliz cumpleaños —dijo Amaya, que conocía perfectamente el sistema de traducción de Inés y sabía que “sois idiotas” significaba “os quiero muchísimo”.

Víctor hizo un gesto con las manos como si fuera a aplaudir y luego se contuvo porque era demasiado temprano para tanto entusiasmo incluso para él. Llevaba una camiseta ajustada de manga corta que dejaba claro que el programa de entrenamiento que vendía online lo aplicaba también en persona. Era guapo de una forma despreocupada y completamente consciente de ello, aunque lo llevaba con suficiente gracia como para que no resultara irritante.

—Treinta y ocho —dijo, meneando la cabeza con una sonrisa—. Eres mayor.

—Tú tienes treinta —respondió Inés—. Espera sentado.

Sandra se rio. Tenía veintiocho años y esa energía particular de la gente que duerme bien y no tiene todavía una hipoteca. Era menuda, llevaba el pelo oscuro recogido en un moño que nunca estaba del todo hecho y tenía una relación con los ordenadores que Inés solo podía describir como íntima. Sandra no usaba los ordenadores, los habitaba. Sabía cosas de sistemas y redes que Inés prefería no preguntar en detalle porque tenía la sospecha de que algunas rozaban territorios legalmente grises.

—Apaga la vela antes de que salte el detector de humos —dijo Sandra—. El mes pasado lo activé con una tostada y bajamos todos al parking en pijama de reunión.

Inés se acercó a la mesa, dejó el café, sopló la velita y cogió la bolsa de espaguetis. La abrió. Se metió tres en la boca.

—Bien —dijo, masticando—. El día mejora.

La reunión de las diez era con un cliente nuevo, una empresa de distribución logística en Toledo que llevaba seis meses intentando reducir los tiempos de entrega sin tocar la plantilla ni el presupuesto

de transporte, que era básicamente pedirle a alguien que adelgace sin cambiar la dieta ni hacer ejercicio. Inés conocía ese tipo de encargo. Lo había visto veinte veces. Siempre había margen, siempre había algo que nadie había mirado bien, y siempre era en el sitio menos obvio.

Se había preparado la reunión el día anterior, tarde, con una copa de vino y los auriculares puestos, que era su método de trabajo en casa. Tenía las diapositivas, el análisis preliminar de los datos que le habían mandado y tres preguntas clave que quería hacerle al director de operaciones antes de proponer nada.

La reunión era por videollamada. Se metió en la sala pequeña, la que tenía la planta en la esquina que Amaya regaba religiosamente cada lunes, conectó el portátil y esperó a que entraran los del otro lado.

Entraron con cuatro minutos de retraso, lo que Inés anotó mentalmente no como crítica sino como dato. La gente que llega tarde a las reuniones que ellos mismos convocan suele tener un problema de gestión del tiempo que va mucho más arriba de lo que creen.

La reunión duró una hora y diez minutos. El director de operaciones se llamaba Rodrigo, tenía acento castellano cerrado y la costumbre de responder las preguntas con otra pregunta, lo que alargaba todo el doble. Pero era inteligente y escuchaba de verdad, que era más de lo que se podía decir de la mitad de los directivos con los que Inés había trabajado.

Al final de la llamada tenía suficiente información para empezar a construir un diagnóstico real. También tenía la certeza de que el problema principal no estaba en la logística sino en la comunicación entre departamentos, que era casi siempre donde estaba el problema aunque nadie quisiera oírlo porque era más fácil culpar a los camiones que a las reuniones.

Cerró el portátil, recogió sus cosas y salió de la sala con la cabeza ya organizando el esquema del informe.

Y entonces, durante aproximadamente cuatro segundos, mientras cruzaba la zona de trabajo hacia su mesa, lo recordó.

La taza. El hombre. La voz.

“Si alguien descubre lo que hicimos, estamos perdidos.”

Se paró en mitad del pasillo.

Una compañera de otro equipo le preguntó si estaba bien con una mirada de reojo e Inés dijo que sí, que estaba pensando, y siguió caminando. Pero el corazón le había dado un vuelco que no tenía nada que ver con el café de la mañana.

¿Había sido real? ¿En qué sentido podía ser real algo así? No era normal. No era nada que pudiera meter en una categoría conocida y cerrar con etiqueta. Y sin embargo ahí estaba, ocupando espacio en su cabeza con la misma solidez que una reunión o una fecha de entrega.

El estrés, se dijo. La gente hace cosas raras con el estrés. El cerebro fabrica cosas. Es un mecanismo de defensa. Lo he leído en algún sitio.

Lo había leído en algún sitio, sí. Aunque en ese momento no recordaba dónde ni exactamente qué decía.

Se sentó en su silla, se sirvió agua del termo que tenía en la mesa y se puso a trabajar. Tenía el informe de Rodrigo que empezar, tres correos que no podían esperar más y una propuesta de mejora para otro cliente que llevaba dos días mirándola desde la carpeta de pendientes con una paciencia que no se merecía.

Cuando Amaya apareció junto a su mesa con dos tazas de café y esa expresión que significaba “necesito contarte algo o explotar”, Inés ni siquiera había notado que había pasado la mañana.

—Sala de descanso —dijo Amaya—. Cinco minutos.

La sala de descanso era una habitación rectangular con una nevera, una cafetera, un microondas que olía permanentemente a curry desde un episodio de hacía tres meses que nadie había investigado oficialmente, una mesa con seis sillas y un ventanuco que daba a un patio interior. El único espacio de la oficina donde las conversaciones no eran de trabajo, por acuerdo tácito y universal.

Amaya ya había puesto las tazas en la mesa cuando llegaron Víctor y Sandra, que se habían sumado por el camino con la energía de quien detecta que hay cotilleo disponible.

—¿Qué pasa? —preguntó Víctor, abriendo la nevera y sacando un táper.

—Nada todavía —dijo Amaya—. Primero: feliz cumpleaños otra vez, Inés, porque esta mañana no he podido decirte lo que quería decirte.

—Ya me has mandado el meme del perro.

—El meme era logístico. Esto es otra cosa. —Amaya rodeó la taza con las dos manos y la miró con esa intensidad particular suya que Inés conocía desde segundo de carrera—. Anoche soñé contigo.

—Me lo dijiste por mensaje.

—Sí, pero no te dije qué soñé. —Pausa dramática. Amaya era muy de pausas dramáticas—. Soñé que encontrabas algo. No sé qué era, era de esas cosas de los sueños que no tienen forma concreta, pero era algo que no esperabas y que lo cambiaba todo. Y había luz alrededor de tus manos.

Silencio.

Víctor masticó algo de su táper.

—Qué fuerte —dijo Sandra, con el tono neutro de quien no sabe si tomárselo en serio o no y opta por el punto medio.

Inés notó algo raro en el estómago. No exactamente miedo. Más bien el tipo de incomodidad que produce cuando algo que no debería tener sentido roza demasiado cerca de algo real. Luz alrededor de sus manos. Esta mañana había tocado una taza y había visto cosas que no podía haber visto.

Coincidencia, se dijo con firmeza. Una coincidencia.

—Amaya —dijo, con toda la normalidad que pudo reunir—, sueñas cosas raras constantemente.

—Sí, pero esta era diferente. Las que son diferentes las noto aquí. —Se señaló el esternón.

—Eso es el esternón.

—Es el chakra del corazón, que está en el esternón, y no te rías que ya sé que te estás riendo por dentro.

Inés no se estaba riendo. Eso era lo raro.

Abrió la boca para decir algo, cualquier comentario irónico que devolviera la conversación a territorio conocido, cuando la puerta de la sala se abrió y entró José.

José tenía veintitrés años, era becario del departamento de análisis y tenía el pelo siempre un poco revuelto y esa expresión perpetua de quien está ligeramente desbordado por la cantidad de cosas que no sabe todavía. Era majó. Era trabajador. Y tenía la costumbre, ampliamente documentada y comentada en la sala de descanso, de olvidarse el almuerzo en casa con una regularidad que rozaba lo artístico.

Abrió la nevera. La miró. La cerró.

La volvió a abrir, como si el contenido fuera a haber cambiado en los tres segundos intermedios.

—¿Alguien ha visto un yogur de fresa? —preguntó, con la voz de quien ya sabe la respuesta pero necesita el proceso.

—¿Tenías un yogur de fresa? —preguntó Víctor.

—Tenía un yogur de fresa —confirmó José—. Lo puse esta mañana. Ponía un post-it que decía “no tirar”.

—“No tirar” no es lo mismo que “es mío” —señaló Inés.

—Es una convención social aceptada universalmente —argumentó José, con una dignidad considerable para alguien que estaba teniendo esta conversación.

Cerró la nevera con la resignación de quien ya ha perdido antes de empezar y se fue sin almorzar. La puerta se cerró detrás de él.

Sandra lo siguió con la mirada y luego, muy despacio, se giró hacia la mesa.

—Es Ana —dijo.

—¿Ana de recepción? —preguntó Amaya.

—Ana de recepción —confirmó Sandra—. Lleva semanas.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Lo has investigado? —preguntó Víctor.

Sandra los miró a todos con la expresión serena de quien tiene información privilegiada y no tiene ninguna prisa en soltarla.

—Sí —dijo.

Y no añadió nada más.

Inés sonrió. Cogió su taza. Y fue entonces cuando lo vio.

La cuchara estaba sobre la mesa, junto a la azucarera, abandonada después de que alguien hubiera removido un café. Normal, de acero inoxidable, de las del cajón de la sala de descanso.

Y sin embargo.

El tirón fue exactamente igual que el de la mañana. La misma sensación. El mismo imán inexplicable. Como una palabra en la punta de la lengua, como la certeza de haber olvidado algo importante sin saber el qué.

No, pensó Inés. Ahora no. Aquí no.

Pero la mano ya se estaba moviendo y para cuando su cerebro formuló la orden de parar los dedos ya habían rozado el metal.

El mundo se superpuso.

La misma sala, vacía, luz de primera hora por el ventanuco. Sandra sentada en la mesa con el móvil. Y Ana frente a ella, con la trenza castaña cayéndole por la espalda y el jersey verde botella,

removiendo con esa misma cuchara un yogur de fresa con la cara de quien está haciendo algo que no le gusta por una causa que considera justa.

—Pero ¿tú odias el yogur de fresa? —decía Sandra.

—Lo odio —confirmaba Ana, con el acento asturiano redondeando cada vocal—. Me parece asqueroso. Pero es que José no se entera de nada, Sandra. Le he dicho cuatro veces lo de tomarnos algo y nada, como si le hablara a la pared. Pensé que si no tenía almuerzo igual bajaba a la cafetería y cedía.

—¿Y si no cede?

Ana miraba la cuchara. Miraba el yogur. Suspiraba con toda Asturias detrás.

—Pues seguiré comiéndome estos yogures hasta que lo pille.

Luego nada.

La sala. Las voces de Amaya y Víctor. El olor al curry fantasma del microondas.

Inés retiró la mano de la cuchara.

Y se quedó mirándola.

No la cuchara. Su propia mano. Los dedos extendidos sobre la mesa, completamente normales, sin nada que los distinguiera de cualquier otra mano del mundo. Y sin embargo. Dos veces en el mismo día. Dos objetos. Dos visiones que no podía haber fabricado porque contenían detalles que no podía saber.

Cerró los dedos despacio, como si la mano fuera algo que necesitaba supervisión.

¿Qué pasaba si tocaba algo sin querer? ¿Qué pasaba si le daba la mano a alguien?

El pensamiento llegó frío y concreto y se instaló con una solidez que no invitaba a la negación. Retiró la mano hacia su regazo con discreción y miró la taza de café que tenía delante sin tocarla, sin saber muy bien si quería tocarla, sin saber si quería ver lo que la taza tenía guardado.

—Oye —dijo, mirando a Sandra con toda la naturalidad que pudo—. Lo de Ana... ¿no será que ella misma te lo ha contado y no son tus dotes detectivescas?

Sandra la miró un momento. Luego se rio.

—Me lo contó el jueves —admitió—. Vino aquí hecha un flan y me lo soltó todo. Dice que lleva meses invitándole a almorzar y que el chico no cae. Pensó que sin comida igual cedía.

—Y tú le dijiste que sí —dijo Amaya.

—Le dije que era un plan con muchos puntos débiles. Pero bueno. Víctor meneó la cabeza con una sonrisa.

—Pobre José —dijo.

—Pobre Ana —dijo Amaya—. Comerse yogures que odia por un chico que no se entera tiene algo de épico.

Inés no dijo nada. Seguía con la mano en el regazo y la cabeza en otro sitio.

De vuelta en su mesa, con los auriculares puestos y la pantalla del portátil delante, hizo lo que cualquier persona razonable habría hecho en su situación.

Abrió Google.

Escribió: “ver imágenes al tocar objetos”.

Los resultados fueron, cuanto menos, variados. Psicometría. Clarividencia táctil. Lectura de objetos. Había foros, había páginas de esoterismo con fondos oscuros y fuentes difíciles de leer, había un par de artículos de divulgación que lo descartaban como fenómeno verificable y uno de una universidad americana de los años noventa que lo estudiaba con una metodología que Inés no habría aprobado ni a un estudiante de primero.

Borró la búsqueda.

Escribió: “alucinaciones táctiles causas”.

Estrés postraumático. Déficit de sueño. Migraña con aura, aunque ella no había tenido dolor de cabeza. Esquizofrenia, que descartó con la velocidad de quien no quiere que esa palabra se quede demasiado tiempo en la pantalla. Disociación. Epilepsia del lóbulo temporal.

Borró la búsqueda.

Escribió: “ver cosas al tocar objetos no drogas no alcohol”.

Esta vez los resultados fueron directamente a foros de Reddit y a dos páginas que vendían cursos para desarrollar los poderes psíquicos en cuatro semanas por diecinueve euros con noventa y nueve.

Cerró la pestaña.

Se quedó mirando la pantalla un momento. Luego miró el bolígrafo que tenía junto al teclado. El bolígrafo azul, de los de toda la vida, completamente inofensivo. Lo miró con la misma

desconfianza con la que se miraría a un animal que no se sabe si muere.

No lo tocó.

Abrió el informe de Rodrigo y se puso a trabajar de verdad, con la determinación de quien decide que lo mejor que puede hacer con un problema que no entiende es ignorarlo durante el mayor tiempo posible y ver si se resuelve solo.

A las seis y cuarto empezó a recoger.

Apagó el portátil, metió las cosas en el bolso con ese sistema de caos organizado que solo ella entendía, usando los dedos con una consciencia nueva e incómoda, como si tocar las cosas con demasiado descuido pudiera activar algo que no quería activar. Se puso el abrigo con precaución. Cogió el bolso por la correa, que era de tela, no de cuero, como si eso marcara alguna diferencia que no sabía explicar.

Se despidió de los que quedaban y fue hacia el ascensor.

El ascensor tardó. Siempre tardaba a esa hora. Inés esperó con el bolso en el hombro y el móvil en la mano, leyendo por encima el audio de su madre que seguía sin escuchar, cuando las puertas se abrieron.

Dentro había dos hombres.

No eran de ninguna de las empresas del edificio, eso lo supo de inmediato. No llevaban el tipo de ropa que lleva la gente que trabaja en edificios de oficinas, no tenían esa expresión de final de jornada laboral. Uno era más mayor, entradas en el pelo y una carpeta bajo el brazo. El otro era más alto, moreno, con una barba de pocos días.

Inés entró en el ascensor.

Y el más alto levantó la vista.

No fue gran cosa. Fue un segundo, quizás menos, la duración exacta de cruzarse con alguien en un espacio pequeño y registrar que existe. Ojos oscuros. Una mirada que no era de las que resbalan sino de las que se quedan un momento más de lo necesario, sin ser maleducada, sin ser nada en particular que Inés pudiera señalar con el dedo.

Inés sostuvo esa mirada exactamente el tiempo que se sostiene la mirada de un desconocido, que es menos de un segundo pero que en ese ascensor en silencio pareció bastante más largo.

Luego apartó la vista hacia el panel de botones.

Notó, con una irritación que no tenía ninguna base razonable, que el corazón le había dado un pequeño y completamente injustificado vuelco.

Qué tontería, pensó.

El ascensor bajó en silencio.

En la planta baja las puertas se abrieron y los dos hombres salieron antes que ella, cruzaron el vestíbulo con paso rápido y se fueron hacia la salida. Inés los siguió a distancia, salió a la calle y los perdió entre la gente.

Se quedó un momento en la acera.

Policías, pensó, sin saber muy bien por qué. No lo podía demostrar. No llevaban nada que lo indicara. Era solo una lectura de la postura y la actitud que no tenía más base que la intuición. Pero era una intuición bastante firme.

Y habían estado en su edificio.

Sacudió la cabeza, llamó a un taxi y se fue a casa de Amaya.

La fiesta era pequeña y perfecta, que era exactamente como Amaya organizaba las cosas. Una docena de personas, música a volumen razonable, comida de verdad y las velas del pastel encendidas a las diez y media con todo el mundo alrededor cantando el cumpleaños en distintos tonos y distinto ritmo porque nadie se ponía de acuerdo en el tempo.

Inés sopló las velas y pidió un deseo que no era exactamente un deseo sino una pregunta: que alguien me explique qué me está pasando.

No hubo respuesta inmediata. Las velas se apagaron. Todo el mundo aplaudió.

Bebió, habló, rio. Estuvo presente en cada conversación, en cada abrazo, en cada momento de esa noche que Amaya había construido para ella con el cuidado silencioso con que Amaya construía todas las cosas importantes. Hubo un momento, cerca de la medianoche, en que miró a su alrededor y pensó que tenía suerte, genuinamente, del tipo de suerte que no viene en los cumpleaños sino de haber elegido bien a la gente.

Pero el vello de la nuca no se le bajó en toda la noche.

Y un eco en el fondo de su mente, sordo y persistente, no la dejó del todo tranquila. Era como si supiera que algo iba a ocurrir. No sabía qué, ni cuándo, ni por qué. Solo que algo se estaba moviendo,

en algún lugar que ella todavía no podía ver, y que de alguna forma, sin haberlo pedido y sin saber cómo, ya formaba parte de ello.

Treinta y ocho años.

Bienvenida a tierra de nadie, Inés.

Capítulo 3 — La planta siete

Inés llegó al trabajo a las ocho y cincuenta.

Eso no había pasado nunca.

Bueno, técnicamente había pasado una vez, en febrero, pero había sido porque el metro había salido con diez minutos de adelanto y ella lo había cogido sin darse cuenta de la hora, lo que no contaba porque no había sido intencionado. Esto era diferente. Esta mañana se había despertado a las siete, había desayunado sentada, había encontrado las llaves a la primera y había llegado al edificio con diez minutos de sobra como si fuera una persona normal con una relación sana con el tiempo.

La culpa la tenía esa sensación.

La fiesta había sido perfecta, Amaya había estado perfecta, todo el mundo había estado perfecto, y sin embargo Inés había pasado la noche dando vueltas con el vello de la nuca en alerta permanente y un eco en el fondo de la cabeza que no terminaba de callarse. Algo se estaba moviendo. No sabía qué. No sabía dónde. Solo sabía que se había despertado con la misma sensación con la que te despiertas cuando tienes algo importante al día siguiente y el cerebro no te deja descansar del todo aunque el cuerpo lo necesite.

Entró en el edificio. Saludó a Ana en recepción, que la miró con los ojos muy abiertos porque Inés llegando antes de las nueve era un evento suficientemente inusual como para merecer atención.

—Llegas pronto —dijo Ana, con el acento asturiano pronunciando cada sílaba con una sorpresa sincera.

—Ya —dijo Inés—. No se lo digas a nadie.

Fue hacia el ascensor.

Había dos, como siempre, y los dos estaban en plantas altas. Esperó. El edificio a esa hora tenía una calma distinta a la de las nueve y cuarto, menos gente, menos ruido, el tipo de silencio que tienen los sitios antes de llenarse. Llegó uno de los ascensores y entró.

Estaba sola.

Pulsó el cuatro y se apoyó en la pared del fondo con el bolso en el hombro y el móvil en la mano. El ascensor empezó a subir. Inés miró el panel de botones, el uno, el dos, y entonces lo vio.

El botón de la planta siete.

Era igual que todos los demás. Un círculo plateado con el número grabado, sin nada que lo distinguiera del tres o del cinco o del ocho. Y sin embargo Inés se quedó mirándolo con esa sensación ya conocida instalándose despacio en algún punto entre el estómago y el pecho. El mismo tirón. El mismo imán que no tenía nombre.

No, pensó, con más convicción que las veces anteriores. Hoy no. Esta mañana no.

Pasó la mano por delante del panel buscando el cuatro, que ya había pulsado, y los dedos rozaron el siete sin querer, o queriéndolo sin saberlo, que a estas alturas ya no sabía distinguir la diferencia.

El mundo se superpuso.

El mismo ascensor, vacío excepto por un chico joven, veinticinco años quizás, moreno, pelo corto, ojos oscuros, delgado, con una mochila al hombro y una expresión que no era de miedo exactamente sino de la tensión contenida de quien sabe que está haciendo algo importante y no puede permitirse el error. Tenía el dedo en el botón de la planta siete y miraba las puertas con una concentración absoluta mientras decía, en voz baja, como para sí mismo:

—Voy a conseguir las pruebas. Esta vez sí.

Luego nada.

El ascensor real. El panel. Las puertas, que todavía estaban abiertas.

Y dos hombres que entraban justo antes de que se cerraran.

Inés parpadeó. El de las entradas en el pelo con la carpeta bajo el brazo. Y el otro, más alto, moreno, barba de pocos días, que entró el segundo y pulsó el siete sin mirar el panel, con la naturalidad de quien ya sabe adónde va.

Luego sí levantó la vista.

Ojos oscuros. La mirada que registra todo sin parecer que lo está haciendo. Se posó en ella un momento, directo, sin la incomodidad de quien mira por accidente sino con la atención tranquila de quien evalúa.

—¿Está bien?

Su voz era exactamente como Inés habría esperado sin haberlo pensado nunca. Directa. Sin relleno.

—Sí —dijo Inés—. Yo bajo en el cuatro.

El hombre asintió levemente. Apartó la vista. El ascensor subió.

Inés miró al frente con la concentración de quien intenta parecer absolutamente normal en un espacio de dos metros cuadrados con dos policías que van a la misma planta que el chico de su visión. El corazón le iba a una velocidad que esperaba que no fuera audible. Notó que el más alto no volvió a mirarla, pero tampoco dejó de tenerla en el campo de visión, que no era lo mismo que no mirar pero era más difícil de señalar.

Las puertas se abrieron en el cuatro.

—Buenas —dijo Inés, y salió.

Las puertas se cerraron detrás de ella.

Se quedó en el pasillo un momento con el bolso en el hombro y la cabeza procesando a toda velocidad lo que acababa de pasar.

El chico de la visión iba a la planta siete. Los dos policías iban a la planta siete. Innova Systems Engineering, la empresa que nadie sabía muy bien qué hacía y que llevaba seis meses en el edificio sin mezclarse con nadie, estaba en la planta siete.

Voy a conseguir las pruebas. Esta vez sí.

¿Qué pruebas? ¿De qué? ¿Y los policías iban detrás de él o era otra cosa?

Empujó la puerta de cristal de Kore Consulting y entró en la oficina vacía.

Se hizo un café en la sala de descanso con la calma de quien necesita un objeto conocido y caliente entre las manos, aunque esta mañana sostuvo la taza con una precaución nueva, cogiéndola por el asa con dos dedos como si el contacto con la cerámica fuera a activar algo que no quería activar a las nueve de la mañana en una oficina vacía.

No activó nada. La taza era solo una taza.

O quizás ya había dado todo lo que tenía que dar.

Estaba sentada en su mesa con el portátil abierto y los correos de la noche procesados a medias cuando oyó la puerta y levantó la vista.

Era Víctor, con la mochila al hombro y una botella de agua en la mano, que se paró en seco al verla con la expresión de alguien que acaba de ver algo inesperado en un sitio donde no debería estar.

—¿Inés?

—Buenos días.

—Son las nueve y... —miró el móvil— cuatro minutos.

—Lo sé.

—Estás aquí.

—También lo sé.

Víctor dejó la mochila en su silla sin dejar de mirarla con esa mezcla de admiración y desconcierto genuino.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien? ¿Tienes fiebre?

—Víctor.

—Dime.

—Siéntate y trabaja.

Él se rio, ese tipo de risa corta y fácil que tenía, y se sentó. Pero siguió mirándola de reojo durante un rato, como si esperara que la explicación apareciera sola si le daba suficiente tiempo.

Sandra llegó cinco minutos después, se sentó, abrió el portátil, y luego levantó la vista hacia Inés con la misma expresión que Víctor pero multiplicada por la frialdad analítica que la caracterizaba.

—Has llegado antes que yo —dijo.

—Sí.

—Eso no había pasado nunca.

—Técnicamente una vez en febrero, pero...

—No contaba —dijo Sandra—. Tú misma lo dijiste.

Inés abrió la boca para responder y entonces Sandra añadió, sin cambiar el tono ni la expresión, como si fuera parte de la misma frase:

—¿Os habéis enterado de lo de la policía?

Víctor levantó la cabeza.

—¿Qué policía?

—Están en el edificio. —Sandra giró el portátil ligeramente hacia ellos—. Hay un empleado desaparecido. Llevan desde ayer investigando.

El estómago de Inés hizo algo que no era exactamente un vuelco sino más bien una contracción, el tipo de reacción física que tiene el cuerpo cuando una información encaja con algo que ya sabía pero no quería saber todavía.

—¿De qué empresa? —preguntó, con una neutralidad que esperaba que sonara como curiosidad normal y no como lo que era.

Sandra la miró un momento.

—Eso no lo sé todavía —dijo—. Lo estoy averiguando.

—Claro —dijo Inés.

Y volvió a mirar la pantalla aunque no leyó nada de lo que tenía delante.

La mañana se llenó de ese ruido particular que tienen las noticias cuando circulan por una oficina antes de que nadie las haya confirmado oficialmente. Alguien había visto a los policías en la tercera planta. Alguien más juraba que habían subido al sexto. Una chica del departamento de análisis dijo que había oído que el desaparecido llevaba tres días sin aparecer y que su piso estaba cerrado. Víctor preguntó en el grupo de WhatsApp del edificio, que existía y que Inés había silenciado en octubre del año anterior, y alguien respondió con un audio de cuatro minutos que nadie escuchó completo.

Inés participó en todas estas conversaciones con la normalidad suficiente y la atención dividida entre lo que decía la gente y lo que tenía en la cabeza, que era el chico del ascensor y la frase y los dos policías que iban a la planta siete.

En algún momento, entre las diez y las once, empezó a hacer lo que llevaba queriendo hacer desde que había llegado.

Fue discreto. O eso intentó.

El bolígrafo primero, el azul de siempre, que cogió con dos dedos y sostuvo un momento mirando al frente como si estuviera pensando en otra cosa. Nada. Lo dejó.

Las tijeras del cajón, que tocó con la punta de un dedo mientras buscaba algo en el escritorio. Nada.

Un post-it que había estado pegado en el lateral del monitor y que despegó con toda la naturalidad del mundo. Nada.

Pasó a objetos de compañeros con la misma metodología de quien está haciendo un experimento aunque no haya diseñado el protocolo. La taza de Víctor, que estaba en el borde de la mesa compartida y que rozó con el dorso de la mano al pasar. Nada. El cargador de Sandra, que tenía enchufado en la regleta común. Nada.

A las once y cuarto cogió el bolígrafo rojo que había en el centro de la mesa, el que nadie reclamaba como suyo pero que todo el mundo usaba, cerró los ojos con más fuerza de lo necesario para un gesto cotidiano, y esperó.

Nada.

Abrió los ojos.

Amaya estaba al otro lado de la mesa mirándola.

No con sorpresa exactamente. Con esa atención particular suya, la misma del día anterior en la sala de descanso, la de quien está observando algo que todavía no entiende pero que le parece significativo.

—¿Me tienes que contar algo? —preguntó.

—No —dijo Inés.

—Llegas antes de las nueve, llevas media mañana tocando cosas con los ojos cerrados y cada vez que alguien menciona a la policía se te pone una cara rara.

—Estoy bien.

—Estás más rara que de normal.

—Gracias, Amaya, es justo lo que necesitaba oír un miércoles por la mañana.

—De nada. —Pausa—. En serio, ¿estás bien?

—Perfectamente —dijo Inés—. Es el cumpleaños. Me ha dejado reflexiva. Ya se me pasará.

Amaya la miró un momento más con esa expresión que significaba “no me lo creo pero de momento lo acepto” y luego volvió a su pantalla. Inés exhaló despacio y decidió que lo de tocar objetos aleatorios con los ojos cerrados quizás requería un entorno con menos testigos.

A las doce menos cuarto llegaron a la planta cuatro.

Inés los vio entrar desde su mesa, primero por el movimiento en la puerta de cristal y luego porque algo en ella reconoció la forma de moverse antes de que el cerebro procesara los detalles. El de las entradas en el pelo con la carpeta. Y el otro, más alto, moreno, barba de pocos días.

Los mismos del ascensor de esa mañana.

Fueron directamente a hablar con Marcos, el director de la oficina, que los recibió en la sala grande con una expresión de quien coopera porque no le queda otra. Inés los observó a través del cristal durante exactamente el tiempo que se puede observar algo sin que parezca que lo estás observando, que no es mucho.

La mañana siguió. Inés trabajó. O hizo los movimientos de trabajar, que no era exactamente lo mismo pero era suficiente para que nadie le preguntara nada.

Cuarenta minutos después, cuando ya había asumido que los policías se habían ido o estaban en otra parte del edificio, pasó por el pasillo que llevaba a las salas pequeñas buscando la impresora.

La puerta de la sala dos estaba entornada.

No habría mirado si no hubiera oído el nombre.

—Alex era muy reservado —decía una voz de mujer dentro—. No hablaba mucho de su trabajo, pero se notaba que estaba en algo importante. Estaba nervioso las últimas semanas, más que de costumbre.

Inés ralentizó el paso sin detenerse del todo.

—¿Nervioso cómo? —dijo otra voz, masculina, tranquila. Profesional.

—Como cuando tienes algo en la cabeza que no puedes contarle a nadie. Lo conocía desde la universidad, llevábamos años siendo amigos, y había algo que no me estaba diciendo.

Inés pasó por delante de la puerta entornada.

Y la vio.

Encima de la mesa, entre unos papeles, había una fotografía. Una de esas impresiones en papel normal que se hacen cuando necesitas llevar algo físico a una reunión. Un chico joven, moreno, pelo corto, ojos oscuros, delgado. La expresión seria de las fotos de carnet o de perfil de empresa.

El mismo chico del ascensor.

El mismo que había dicho “voy a conseguir las pruebas, esta vez sí”.

Inés se paró.

No fue una decisión. Fue el cuerpo tomando el control mientras el cerebro todavía estaba procesando, los pies dejando de moverse, el aire atascándose en algún punto del camino entre la nariz y los pulmones.

Alex Duarte. El desaparecido. El empleado de Innova Systems Engineering que llevaba tres días sin aparecer y cuya ausencia había traído a la policía al edificio.

El chico al que había visto en una visión subiendo a la planta siete con la certeza de quien va a buscar algo que no debería buscar.

Hizo un sonido.

No fue voluntario. Fue pequeño, una especie de exhalación cortada, el tipo de sonido que hace el cuerpo cuando recibe información que no esperaba aunque en algún nivel ya la sabía.

Dentro de la sala, el hombre que estaba de espaldas a la puerta giró la cabeza.

Ojos oscuros. La mirada que registra todo sin parecer que lo está haciendo. La misma del ascensor de esa mañana.

Él la miró directamente. Un segundo. Dos.

Y en esos dos segundos Inés supo, con la misma certeza con la que había sabido que la taza y la cuchara eran reales, que ese hombre acababa de leer en su cara algo que ella no le había contado a nadie.

Capítulo 4 — El hombre del traje

El móvil vibró.

Inés lo miró sin moverse, todavía con la foto de Alex Duarte ocupando más espacio mental del que cabía en ese pasillo. La pantalla decía “Mamá” con un emoji de corazón que ella no había puesto pero que tampoco había quitado.

Lo cogió.

—Hola.

—Inés, cariño, que quedamos hoy a comer, ¿te acuerdas? En la cafetería de al lado de tu trabajo, que me viene bien el metro. ¿A las dos y cuarto? ¿O prefieres las dos? A mí me da igual, lo que tú digas, pero si es a las dos me tengo que ir ya porque tu padre tiene el coche y tengo que coger el metro en...

—A las dos y cuarto, mamá. Perfecto.

—¿Estás bien? Te noto rara.

—Estoy en el trabajo.

—Ya, pero te noto rara igual. ¿Has dormido? ¿Has desayunado?

—Sí a las dos.

—El otro día tu tía Carmela me dijo que...

—Mamá. A las dos y cuarto. Te veo allí.

—Bien, bien. Ah, e Inés, que tengo que contarte lo del viaje, que tu padre ha encontrado unos vuelos a Estambul que están...

—Mamá.

—Hasta luego, cariño.

Colgó.

Cuando levantó la vista él estaba a dos metros de ella en el pasillo. Solo. Su compañero había vuelto hacia la zona de trabajo y él se había quedado. De pie, con las manos en los bolsillos y esa postura que tenía, cómoda y atenta al mismo tiempo, como si esperar fuera algo que hacía bien.

La había observado acabar la llamada sin decir nada.

Luego se acercó un paso.

—Moisés Vera, inspector. —Una pausa breve—. ¿Está bien? La he visto parar delante de la sala.

La voz era directa, sin relleno, del tipo que no añade palabras que no hacen falta.

Inés guardó el móvil en el bolsillo.

—Sí, estoy bien. Me ha sorprendido ver que había gente ahí dentro, no sabía que había una reunión.

—¿Conocía a la persona de la foto?

—No. ¿Debería?

—Es el empleado desaparecido. Alex Duarte. Trabajaba en Innova Systems, séptima planta.

Inés lo miró. Tenía los ojos muy oscuros, casi negros, y esa cualidad particular de no parpadear más de lo necesario que resultaba difícil de ignorar en un espacio de pasillo.

—He oído algo esta mañana, lo que circulaba por la oficina. Pero no lo conocía.

—¿Lleva mucho tiempo en el edificio?

—Casi cuatro años.

—¿Notó algo raro últimamente? ¿Gente que no encajara, algo fuera de lugar?

—La verdad es que no. Aunque tampoco me fijo demasiado, cada uno va a lo suyo.

Él asintió levemente. No como quien acepta la respuesta sino como quien la guarda.

—Si recuerda algo. —Sacó una tarjeta del bolsillo interior de la chaqueta y se la tendió.

Inés la cogió sin pensar y luego se acordó de que coger cosas sin pensar le había causado todos los problemas de los últimos dos días. Pero era cartón liso y no pasó nada.

—Inés García —dijo ella, porque parecía lo apropiado dado que él acababa de presentarse.

Él asintió. Y en ese asentimiento había algo que Inés no habría sabido describir exactamente, no era solo cortesía, era también la nota mental de alguien que archiva un nombre para usarlo más tarde.

Se miraron un segundo más de lo estrictamente necesario. Inés no supo decir quién apartó la vista primero porque en ese momento se dio cuenta de que había estado mirando sus ojos y luego su boca y luego sus ojos otra vez sin haber tomado ninguna decisión consciente

al respecto, lo cual era una información sobre sí misma que prefería no procesar en ese pasillo en ese momento.

Dio media vuelta y volvió a su mesa.

Eran las dos menos veinte cuando recogió el bolso.

—Amaya —dijo, de paso—. Baja luego a tomar café con nosotras.

Mi madre pregunta por ti.

—¿A qué hora?

—Sobre las tres y cuarto. Ya te aviso.

—¿Cómo está María Inés?

—Como siempre. Con un viaje nuevo entre ceja y ceja.

—La quiero —dijo Amaya.

—Ya lo sé —dijo Inés, y fue hacia el ascensor.

Había dos, como siempre. Llamó al de la izquierda, que bajaba.

Las puertas se abrieron y entró.

Dentro había dos personas.

Una era Lucía, del departamento de marketing digital de la quinta planta, con la que Inés había coincidido suficientes veces en el ascensor como para reconocerse y suficientemente pocas como para no saber su apellido. Le sonrió con ese gesto de ascensor que no es exactamente una sonrisa sino una señal de que se han visto y que está bien.

El otro era un hombre.

Unos cincuenta años. Pelo entrecano peinado hacia atrás. Traje oscuro.

Inés entró.

Lo miró de reojo, como se mira a los desconocidos en espacios pequeños, con la periferia y no con la atención directa. Algo le resultaba familiar. No de verlo en el edificio, no de haberlo cruzado en el pasillo o en recepción. Era otra cosa, una familiaridad que venía de un sitio que no era la memoria normal.

Las puertas se cerraron.

—Buenas —dijo Lucía.

—Buenas —dijo Inés.

El hombre asintió levemente sin levantar la vista del móvil que tenía en la mano.

El ascensor empezó a bajar.

Inés miró al frente. Luego al hombre de reojo. Luego al frente otra vez. Pelo entrecano peinado hacia atrás. Traje oscuro. Unos

cincuenta años.

Las puertas se abrieron en la planta baja y el hombre salió el primero. Cuando giró levemente la cabeza para orientarse en el vestíbulo Inés lo vio de perfil.

Se le paró el corazón durante aproximadamente un segundo y medio.

Era él.

El hombre de la taza. El de la primera visión, de la mañana de su cumpleaños, el que sostenía esa taza con la línea azul en una sala con poca luz y decía “si alguien descubre lo que hicimos, estamos perdidos”.

En carne y hueso. En el ascensor de su edificio.

Lucía le dijo algo que Inés no procesó. Respondió algo que tampoco procesó. Caminó hacia la salida con las piernas en piloto automático mientras la cabeza hacía otra cosa completamente distinta.

El hombre cruzó el vestíbulo hablando por el móvil, con ese paso de quien tiene un sitio al que llegar. Empujó la puerta de la cafetería Origen y entró.

Inés se paró en la acera un momento.

Luego entró también.

Su madre estaba ya sentada en una mesa junto a la ventana, y se levantó en cuanto la vio con su energía de siempre, que no había cambiado en veinte años.

María Inés tenía sesenta y un años y era de esas mujeres que llevan bien el tiempo, no porque lo disimularan sino porque tenían demasiado en lo que pensar como para dedicarle atención al asunto. Tenía el pelo largo y rizado, una mezcla de rubio y caoba que se había ganado con los años y que llevaba suelto con esa despreocupación de quien sabe que le queda bien sin necesitar confirmación. Los ojos eran verdes oscuros con una mota amarilla en el centro que Inés le había envidiado de pequeña hasta que alguien le dijo que ella había sacado los mismos, lo cual era verdad pero que a Inés le seguía pareciendo imposible porque en su madre siempre eran más bonitos.

Era menuda y enérgica y tenía esa forma de mirarte que tienen las madres que te conocen de toda la vida.

—Cariño. —Dos besos—. Qué guapa. ¿Has dormido?

—Hola, mamá.

—Tienes unas ojeras...

—Estuve en la fiesta hasta tarde. Es normal.

Se sentaron. Inés pidió sin mirar la carta porque sabía lo que había y porque necesitaba los ojos libres para localizar al hombre del traje, que había entrado antes que ella y que estaba, ahí, al fondo, en la mesa del rincón, de espaldas a la sala, con el móvil en la mano.

—Estambul —dijo su madre, sin más preámbulo, con la energía de alguien que lleva guardando una noticia y ya no puede más.

—¿Qué pasa con Estambul?

—Que tu padre ha encontrado unos vuelos en octubre que están ridículos, Inés, una barbaridad lo baratos que están, y hay un hotel en Sultanahmet que tiene unas vistas al Bósforo que te mueres. — Sacó el móvil y le puso delante una foto—. Mira. Mira eso.

Inés miró. Era una terraza con vistas al agua y a la mezquita al fondo, del tipo de foto que hace que cualquiera quiera irse inmediatamente.

—Está muy bien, mamá.

—¿A que sí? Y tu padre quiere ir al Gran Bazar, claro, que siempre que vamos a sitios con mercados acaba comprando cosas que no caben en la maleta, ya sabes cómo es. Pero yo quiero ver Santa Sofía por dentro, que la última vez que fuimos a Turquía era el noventa y ocho y todavía no habían hecho todos los cambios, y dicen que ahora es completamente distinto.

—¿Habéis ido antes a Turquía?

—A Capadocia, con vosotros de pequeños, ¿no te acuerdas? Tenías ocho años, tu hermano seis. Fuisteis en globo y tu hermano lloró todo el rato pero luego en las fotos salía encantado.

—Me acuerdo del globo, no me acordaba de que era Turquía.

—Claro, con ocho años. —Su madre guardó el móvil con la satisfacción de quien ha plantado la semilla adecuada—. El año pasado fue lo de Japón, que nos salió redondo, y este queremos algo con más historia, más carga cultural. Tu padre está leyendo sobre el Imperio Otomano desde enero, ya sabes cómo se pone cuando tiene un viaje entre ceja y ceja.

Inés sonrió. Sí sabía. Su padre era de los que preparaban los viajes con la misma meticulosidad con que otros preparaban expediciones, con guías subrayadas y rutas alternativas y un conocimiento del transporte local que dejaba en evidencia a cualquier aplicación. Llevaban así toda la vida, su padre planificando

y su madre improvisando sobre el plan, y el resultado solía ser bastante bueno.

—¿Y cuándo decidís?

—Esta semana. Los vuelos los reservamos ya seguro, el hotel lo miramos. —Pausa—. ¿Tú tienes vacaciones en octubre?

—Mamá.

—Solo pregunto. Si coincide...

—Os lo pasáis bien vosotros dos solos.

Su madre la miró con esa expresión que no era exactamente de acuerdo pero que aceptaba la respuesta por el momento.

Comieron. La conversación siguió fluyendo con esa facilidad que tenían cuando no había nada urgente que resolver, hablaron del hermano de Inés que vivía en Valencia y que llamaba los domingos con una regularidad que los dos encontraban reconfortante, de un documental que su madre había visto sobre Bizancio que le había dado ganas de leer más, de si el calor de ese año había sido especialmente brutal o si ya no se acordaban bien de los veranos de antes.

El otro porcentaje de la atención de Inés lo tenía en la mesa del fondo.

Llegó Amaya a las tres y veinte.

—María Inés. —Dos besos con la familiaridad de quince años—. Estás guapísima.

—Amaya, cariño. —Su madre se iluminó de una forma que a Inés le resultaba ligeramente injusta—. Siéntate. Justamente le estaba contando a esta lo de Estambul.

—¿Estambul? —Amaya se sentó con interés genuino—. Cuéntame.

Y su madre volvió a desplegar el entusiasmo con la misma energía que la primera vez, que era una de las cosas que Inés más le admiraba aunque no siempre lo dijera.

Pablo trajo los cafés. Y con ellos una taza.

Inés la miró.

Blanca, con una línea azul en el borde.

Podía ser cualquier taza del local. Probablemente era cualquier taza del local, había doce iguales detrás de la barra. Y sin embargo la miró con esa mezcla de querer saber y no querer saber que se había convertido en su estado por defecto en los últimos días.

Su madre y Amaya hablaban de Santa Sofía.

Inés puso la mano alrededor de la taza.

Nada.

Apretó un poco más los dedos. Cerró los ojos brevemente, con el disimulo justo.

Nada.

No era la misma taza. O el don no funcionaba a voluntad. O las dos cosas.

Abrió los ojos.

Justo en ese momento alguien pasó por detrás de su silla, demasiado cerca, y algo cayó al suelo con un golpe seco. Una carpeta. Papeles desperdigándose con esa tendencia que tienen los papeles a ir exactamente donde más molestan.

—Lo siento —dijo una voz detrás de ella.

Inés ya se estaba agachando antes de pensarlo, recogiendo los papeles con ese automatismo de quien ve un desorden y lo corrige sin plantearse si debería. Juntó los papeles, recogió la carpeta del suelo, se incorporó para devolvérsela al dueño.

Y lo sintió antes de que los dedos terminaran de tocar la cubierta.

El tirón. El imán. La pregunta sin forma.

El mundo se superpuso.

Alex Duarte. Moreno, pelo corto, delgado, con esa mochila al hombro que ya le resultaba familiar. Tenía esa misma carpeta en las manos y hablaba por teléfono con la expresión de quien acaba de hacer algo importante y todavía no ha procesado del todo lo que significa.

—Creo que lo he conseguido todo —decía, en voz baja pero con una intensidad que ocupaba el espacio—. Todo lo que necesitábamos. Ahora solo hay que...

La voz se cortó. La imagen se cortó.

Inés estaba de pie en la cafetería con la carpeta en la mano extendida.

Y la persona a quien se la estaba devolviendo era el hombre del traje oscuro.

Pelo entrecano peinado hacia atrás. Unos cincuenta años. La misma cara que había visto en la taza el día de su cumpleaños.

La miraba con una expresión completamente neutra, la de alguien que recoge una carpeta que se le ha caído, sin nada que leer en ella más allá de una cortesía ordinaria.

Cogió la carpeta.

—Gracias —dijo.

Y se fue hacia la puerta.

Inés se quedó con la mano todavía extendida en el aire.

Él había entrado en la cafetería sin esa carpeta. Ella lo había visto cruzar el vestíbulo, había visto sus manos, no llevaba nada. Había estado sentado al fondo durante toda la comida con solo el móvil y la taza sobre la mesa. Y ahora tenía una carpeta que había pertenecido a Alex Duarte.

Alguien se la había dado. Aquí dentro. En esta cafetería. Mientras Inés estaba sentada a cuatro mesas de distancia hablando de Estambul y de un hotel con vistas al Bósforo.

Y ella no lo había visto.

Se sentó despacio.

—¿Estás bien? —preguntó Amaya, mirándola.

—Sí —dijo Inés—. Se me ha ido la cabeza un momento.

Su madre la miró con los ojos entrecerrados de quien acumula datos para procesarlos más tarde.

—¿Seguro que estás bien, cariño?

—Perfectamente —dijo Inés.

Y cogió el café con las dos manos y se lo bebió de un trago, porque necesitaba hacer algo completamente normal antes de que alguien se diera cuenta de que no estaba perfectamente en absoluto.

Capítulo 5 — Lo que no dice

Moisés había aprendido a leer caras antes de aprender a leer expedientes.

No era algo que hubiera estudiado ni desarrollado conscientemente. Era más bien una acumulación de años mirando a gente que mentía, que ocultaba, que tenía miedo, que sabía más de lo que decía, y que casi siempre lo hacía con la misma cara con que creía que no se notaba nada. El cerebro humano era predecible en su imprevisibilidad. La gente creía que disimulaba mejor de lo que disimulaba. Y Moisés llevaba suficiente tiempo en esto como para distinguir, casi tan claramente como el día de la noche, entre una cara que no sabe nada y una cara que sabe algo y prefiere no decirlo.

La mujer que se había parado delante de la puerta de la sala sabía algo.

No sabía decir el qué todavía. Pero había visto la foto de Alex Duarte y había hecho ese sonido, pequeño, involuntario, el tipo de sonido que no se planifica sino que escapa, y luego se había quedado con los pies clavados en el suelo durante dos segundos que eran exactamente dos segundos de más para alguien que simplemente se había sorprendido de ver gente en una sala.

Cuando giró la cabeza y la miró directamente ella sostuvo la mirada.

Eso también era información. La gente que no tiene nada que ocultar aparta la vista o pregunta qué pasa. La gente que tiene algo que ocultar y además tiene carácter se queda quieta y te devuelve la mirada como si el que tuviera que dar explicaciones fueras tú.

Esa mujer tenía carácter. Eso estaba claro.

Le sonó el móvil.

Moisés esperó. Observó cómo lo cogía, cómo su expresión pasaba de la tensión contenida a algo más cotidiano con esa facilidad de quien está acostumbrada a manejar varias cosas a la vez. La llamada era de su madre, eso lo dedujo por el tono, ese registro particular que

tiene la gente cuando habla con alguien que los conoce demasiado bien y al que no pueden mentirle del todo aunque lo intenten.

Cuando colgó él se acercó.

—Moisés Vera, inspector. —Pausa—. ¿Está bien? La he visto parar delante de la sala.

Tenía unos ojos extraños. Verdes, pero no del todo. Lo registró y lo apartó porque no era información útil. Lo que sí era útil era que lo estaba evaluando con la misma atención con que él la estaba evaluando a ella, lo cual no era lo más habitual en una testigo potencial.

—Sí, estoy bien. Me ha sorprendido ver que había gente ahí dentro, no sabía que había una reunión.

Dicho con naturalidad. Demasiada naturalidad para ser completamente espontáneo.

—¿Conocía a la persona de la foto?

—No. ¿Debería?

Buena respuesta. Devolvía la pregunta sin responderla, lo que podía ser inocente o podía ser exactamente lo contrario.

—Es el empleado desaparecido. Alex Duarte. Trabajaba en Innova Systems, séptima planta.

La observó mientras procesaba el nombre. No hubo reacción visible, lo cual también era información. La gente que oye un nombre por primera vez suele repetirlo internamente, hay un movimiento casi imperceptible. Ella no lo hizo. O controlaba muy bien su cara, o el nombre no era nuevo.

—He oído algo esta mañana, lo que circulaba por la oficina. Pero no lo conocía.

—¿Lleva mucho tiempo en el edificio?

—Casi cuatro años.

—¿Notó algo raro últimamente? ¿Gente que no encajara, algo fuera de lugar?

—La verdad es que no. Aunque tampoco me fijo demasiado, cada uno va a lo suyo.

Ahí había algo. No en lo que decía sino en el orden en que lo decía, primero la negación y luego la justificación, cuando lo natural era al revés. La gente que de verdad no se fijaba simplemente decía que no se fijaba. La que sí se fijaba añadía la excusa después.

Le tendió la tarjeta.

Ella la cogió y por un momento, brevísimo, cerró los dedos alrededor de ella con una precaución que no tenía ningún sentido para un trozo de cartón. Luego lo soltó y volvió a mirarle.

—Inés García —dijo.

Se miraron un segundo de más. Moisés no recordaría después haber decidido mirarla tanto tiempo. Simplemente había pasado, lo cual no era habitual en él y no le pareció información útil procesarlo ahí.

La vio alejarse por el pasillo de vuelta a su mesa.

Caminaba como alguien que está pensando en otra cosa y haciendo un esfuerzo razonable para que no se note. Lo cual era exactamente lo que él habría hecho en su situación, si hubiera estado en su situación, que no estaba porque él no sabía cosas que no podía saber.

Aunque ella sí parecía saberlas.

Gustavo estaba esperándole junto a la sala de reuniones con la cara de haber terminado y estar listo para irse, que era la expresión que ponía cuando llevaba más de dos horas fuera de la comisaría y empezaba a añorar su silla.

—¿Algo? —preguntó Moisés.

—La chica que conocía a Alex, Sonia, confirma lo que ya sabíamos. Nervioso las últimas semanas, reservado, en algo importante que no contaba. Ningún nombre, ningún detalle concreto. —Gustavo recogió la carpeta que tenía bajo el brazo—. ¿Y la del pasillo?

—Trabaja aquí desde hace cuatro años. Dice que no conocía a Duarte.

—¿Le crees?

Moisés consideró la pregunta durante un momento.

—Creo que no me ha mentado sobre eso —dijo—. Sobre otras cosas no estoy seguro.

Gustavo lo miró con esa expresión que ponía cuando Moisés decía algo que requería más explicación de la que iba a dar.

—¿Seguimos? —dijo Moisés.

—Sí, vámonos. Yo creo que aquí ya tenemos todo lo que hay.

Fueron hacia el ascensor. Al pasar por recepción Ana los vio y se levantó de la silla con la energía de quien lleva un rato esperando el momento adecuado.

—Oiga —dijo, con el acento asturiano redondeando la palabra—. Les estaba buscando. Me dijeron ayer que si aparecía algo para Alex Duarte que se lo guardara, ¿no?

—Así es —dijo Moisés.

—Pues ha llegado esto esta mañana. —Sacó un sobre de debajo del mostrador, sin remitente, con el nombre de Alex escrito a mano—. No sé si es importante pero pensé que mejor decírselo.

Moisés cogió el sobre con un guante que llevaba en el bolsillo, por costumbre, y lo abrió con cuidado.

Dentro había una memoria USB.

Sin nota. Sin nada más. Solo el pequeño dispositivo negro en el fondo del sobre blanco.

Gustavo arqueó una ceja.

—Interesante —dijo.

—Sí —dijo Moisés.

Le dio las gracias a Ana, que los miró irse con esa expresión de quien espera que alguien le cuente algo más y sabe que no va a pasar, y salieron al exterior.

La cafetería estaba literalmente pegada al edificio, como si el arquitecto hubiera previsto que la gente necesitaría un sitio donde procesar las cosas antes de volver al mundo. Moisés empujó la puerta y el olor a café hizo lo que se supone que tiene que hacer.

Pidieron en la barra y se sentaron en una mesa junto a la ventana. Gustavo desplegó sus notas con el método que tenía, sistemático y ligeramente excesivo, y Moisés dejó el sobre con la USB encima de la mesa y miró al local mientras el café se hacía.

Era un local pequeño. Cuatro mesas, una barra larga, el ruido de fondo de una cafetería de mediodía. Había una mesa con tres mujeres, dos de espaldas y una de frente, mayor, con el pelo largo y rizado en esa mezcla de rubio y caoba que tienen algunas mujeres que envejecen bien y lo saben sin necesitar que nadie se lo confirme.

—Escucha —dijo Gustavo, que no había levantado la vista de sus notas—, la cronología de Duarte tiene un hueco importante. El viernes por la tarde fue lo último que se sabe de él, saliendo del edificio de oficinas. Solo, sin equipaje, sin nada que indicara que iba a algún sitio en concreto.

—¿El móvil?

—Última conexión el sábado de madrugada. Después, nada. El lunes no apareció en el trabajo y saltaron las alarmas.

—¿Cuarenta y ocho horas sin que nadie lo vea antes de eso?

—Ni la chica, ni los compañeros de Innova, ni el portero del edificio. Nadie lo ubica entre el viernes por la tarde y el sábado de madrugada cuando se conecta por última vez.

Moisés procesó esto mirando al local sin mirar a nada en particular, que era su forma de pensar cuando necesitaba tener los ojos ocupados para que el cerebro pudiera hacer otra cosa.

Entonces lo vio.

En una de las mesas del fondo alguien pasó demasiado cerca de una silla y algo cayó al suelo, una carpeta, papeles dispersos. Una de las mujeres de espaldas se agachó antes de que el dueño pudiera reaccionar, recogió los papeles, cogió la carpeta, se incorporó.

Y se quedó quieta.

No mucho. Un segundo, quizás dos. Con la carpeta en la mano extendida y algo en la postura que no encajaba con el gesto de devolver un objeto caído.

Moisés frunció levemente el ceño.

Luego la mujer extendió la carpeta hacia el hombre que estaba detrás de ella, el hombre la cogió y se fue hacia la puerta, y en ese movimiento ella giró ligeramente la cabeza y Moisés la reconoció.

Inés García. En la cafetería de al lado de su edificio, lo cual era completamente lógico. Pero con la misma expresión que había tenido delante de la sala, esa fracción de segundo en que la cara registra algo antes de que la persona decida qué cara poner.

Se quedó con la mano todavía en el aire durante un momento. Luego se sentó despacio.

Moisés la observó coger el café y beberse de un trago.

Eso no ha sido normal, pensó. Y lo dejó ahí, porque Gustavo seguía hablando y el café había llegado y había cosas más urgentes en las que pensar.

—¿Me estás escuchando? —dijo Gustavo.

—Sí. El viernes última imagen, sábado de madrugada última conexión, lunes saltan las alarmas.

Gustavo lo miró con la expresión de quien sabe que le han escuchado pero no está seguro de que le hayan prestado atención, que no era lo mismo.

El móvil de Gustavo vibró. Lo cogió, escuchó, y su expresión cambió levemente hacia algo más concreto.

—Casa de Duarte —dijo, guardando el móvil—. Hay novedades.

Se levantaron. Moisés dejó el dinero en la mesa y mientras recogía el sobre con la USB miró hacia la mesa de las tres mujeres. Las tres se estaban levantando también, despidiéndose, y en ese movimiento Inés giró la cabeza.

Sus ojos se encontraron durante un momento.

Ella no apartó la vista de inmediato. Él tampoco.

Luego Gustavo abrió la puerta y Moisés salió.

El coche olía a los sándwiches que Gustavo había comido el día anterior y que seguían ahí de alguna forma que desafiaba la física, pero era un olor conocido y Moisés lo había dejado de notar hacía meses. Condujeron en silencio relativo, Gustavo revisando notas en el móvil y Moisés con la cabeza en la USB que tenía en el bolsillo.

El piso de Alex Duarte estaba en Chamberí, tercero sin ascensor, de esos edificios con portería que huelen a madera antigua y a vidas ordenadas. Cuando subieron había dos compañeros en el rellano y la puerta abierta.

—¿Qué hay? —dijo Moisés.

El compañero, Reyes, tenía esa expresión particular de quien ha encontrado algo que no sabe cómo explicar todavía.

—Mejor que lo veas tú mismo.

Entraron.

El piso estaba como lo habían dejado el día anterior. Ordenado, sin señales de registro apresurado, los libros en las estanterías, los platos apilados en el escurridor. Moisés había estado aquí hacía menos de veinticuatro horas y lo recordaba con la precisión que tenía para los espacios, cada detalle en su sitio, nada fuera de lugar.

Excepto lo que había ahora encima del escritorio.

Un portátil. Un USB al lado. Y una nota escrita a mano en un papel doblado que Reyes ya había abierto y fotografiado.

Moisés se acercó y leyó.

“Tiene un gemelo.”

Cuatro palabras. Sin firma, sin contexto, sin nada más.

Se quedó mirando la nota durante un momento. Luego miró la USB que tenía en el bolsillo, la que había llegado en el sobre sin

remitente a nombre de Alex. Luego el USB que había al lado del portátil sobre el escritorio.

El día anterior ese escritorio estaba vacío. Alguien había entrado en este piso después de que ellos lo registraran, sin forzar la cerradura según Reyes, sin que nadie en el edificio hubiera visto ni oído nada, y en lugar de llevarse algo había dejado algo. Un portátil. Un USB. Y una nota que era o un acertijo o una instrucción, dependiendo de si entendías a qué se refería el gemelo.

Moisés sacó la USB del sobre del bolsillo y la sostuvo entre los dedos.

Dos USBs. Uno llegado por correo a nombre de Alex. Otro dejado aquí por alguien que había entrado sin dejar rastro.

“Tiene un gemelo.”

El gemelo. Claro.

Levantó la vista hacia Gustavo, que lo estaba mirando a la espera.

—Son el mismo —dijo Moisés—. O son copias. Alguien quiere asegurarse de que llegue a donde tiene que llegar aunque una de las dos se pierda.

—¿Y a dónde tiene que llegar?

Moisés miró la nota otra vez.

Esa era, efectivamente, la pregunta.

Capítulo 6 — ADN electrónico

Inés llegó a casa a las siete y media.

Había sido un día raro desde las ocho y cincuenta de la mañana, que era cuando había llegado al trabajo sin que nadie se lo creyera del todo, y no había mejorado especialmente desde entonces. Había salido de la oficina con la cabeza en otro sitio, había caminado hasta el metro con el piloto automático puesto y solo había caído en la cuenta de que iba deprisa cuando ya estaba en el andén. Para ser el mismo día en que había llegado antes que Sandra al trabajo, llegar a casa a las siete y media era una ironía que no se le escapaba.

Dejó el bolso en la silla de la entrada, se quitó los zapatos y fue a la cocina a poner el hervidor con esa energía de quien tiene algo pendiente y necesita un objeto entre las manos mientras decide cómo empezar.

Se cambió de ropa. Se hizo la infusión. Se sentó en el sofá con el portátil.

Alex Duarte.

Empezó por lo más obvio. Google, nombre completo entre comillas. Salió el LinkedIn, la ficha en la web de Innova, y un artículo en una revista técnica de ingeniería de sistemas donde aparecía citado en una nota al pie como colaborador en un estudio. Nada más. Para alguien de veinticinco o veintiséis años era una presencia digital llamativamente escasa, pero tampoco imposible. Había gente así.

Fue al LinkedIn.

Foto de carnet, la misma que había visto impresa en la sala de reuniones. Formación en ingeniería biomédica con especialización en modelado computacional de sistemas biológicos, una universidad pública de Madrid. Y dos empresas: la actual, Innova Systems Engineering, con seis meses de antigüedad, y una anterior, STE Consultores, con un año de experiencia antes de eso.

Inés anotó el nombre de la empresa anterior y siguió.

Fue a Instagram. Encontró una cuenta con ese nombre, sin foto de perfil, sin publicaciones, sin ningún indicio de que hubiera estado activa en ningún momento. Podía ser de cualquiera. Podía ser suya o podía ser una cuenta creada con ese nombre por alguien que no tenía nada que ver.

Twitter, ahora X, nada.

Facebook, nada.

TikTok, nada.

Buscó la empresa anterior, STE Consultores. Tenía web, dirección en Madrid, teléfono de contacto y una lista de servicios de consultoría técnica que sonaban razonables. Llamó al número. Saltó el contestador con un mensaje genérico. Buscó reseñas. Dos en Google, las dos de hacía más de tres años, ambas de cinco estrellas y con el tipo de texto que generan las reseñas falsas.

Cerró el portátil.

Había llegado al límite de lo que podía hacer con buena voluntad y un buscador. Y ese límite era bastante más estrecho de lo que le habría gustado.

Cogió el móvil.

“Cena en mi casa. ¿Puedes?”

Sandra respondió en menos de un minuto.

“Claro. ¿A qué hora?”

“En una hora más o menos.”

“Voy.”

Inés miró el mensaje. Luego escribió:

“Trae hambre.”

Y no añadió nada más, porque Sandra siempre llevaba el portátil a todas partes y no hacía falta decírselo.

Sandra llegó a las nueve menos cuarto con la mochila al hombro y la cara de quien no necesita que le expliquen las cosas para entender que hay algo que entender.

—¿Qué pedimos? —dijo, dejando la mochila en el suelo junto al sofá.

—Chino. Lo de siempre.

—Bien.

Mientras Inés pedía por teléfono, Sandra sacó el portátil de la mochila y lo puso en la mesa baja. Luego sacó una botella de metal roja, de esas térmicas con la tapa de rosca, y la dejó al lado.

Inés colgó el teléfono y miró la botella.

El tirón llegó antes de que lo pensara.

La misma sensación de siempre, el imán, la pregunta sin forma. Alargó la mano hacia la botella con el gesto de quien hace sitio en la mesa para el portátil, que era exactamente lo que necesitaba hacer, y los dedos rozaron el metal.

El mundo se superpuso.

Sandra, con esa misma botella en la mano, en lo que parecía la cocina de la oficina o quizás un pasillo, hablando con Víctor. Víctor con esa camiseta de entrenamiento que llevaba los viernes, escuchándola con esa atención que tenía cuando algo le interesaba de verdad. Sandra decía algo sobre el fin de semana, sobre quedar para cenar, con una naturalidad que no era del todo natural, del tipo de naturalidad que construyes cuando quieres que algo parezca casual y no lo es. Y Víctor sonreía, ese tipo de sonrisa que no es de cortesía sino de algo más, y le quitaba la botella de la mano, le daba un trago, y se la devolvía.

Luego nada.

El salón. El portátil de Sandra abierto. Sandra tecleando y hablando, seguramente explicando algo, aunque Inés no había estado prestando atención a las palabras.

La miró.

Sandra tenía la vista en la pantalla y los dedos moviéndose con su velocidad de siempre. Inés sonrió despacio, sin poder evitarlo.

—¿Víctor y tú? —dijo.

Sandra se paró en seco.

La miró. Luego miró la botella. Luego volvió a mirarla con una expresión que era una mezcla perfectamente equilibrada de sorpresa y resignación.

—¿Tan evidente es? —dijo.

Inés negó con la cabeza.

—En realidad no.

—Entonces cómo...

—Intuición femenina.

Sandra la miró un momento más con esa expresión de quien sabe que no le están contando todo pero decide que de momento es suficiente. Luego volvió al portátil.

—¿Por eso le va tan bien últimamente con las redes a Víctor? —preguntó Inés.

Sandra hizo un gesto con la mano, entre admisión y quitarle importancia, y se rio en voz baja.

—Necesitaba ayuda con el algoritmo —dijo—. Y yo sé de algoritmos.

—Claro.

—¿Podemos hablar del favor que querías pedirme?

—Sí. Necesito un favor.

—Ya lo intuía.

—Y necesito que no preguntes por qué.

Sandra levantó la vista de la pantalla.

—Cuando alguien me dice eso —dijo, con su calma de siempre— es precisamente porque sí debería preguntar. Pero por ti hago lo que sea. Cuéntame o no me cuentes, da igual. ¿Qué necesitas?

Inés respiró.

—Quiero investigar a alguien. Se llama Alex Duarte.

Sandra levantó una ceja. Solo una, con esa precisión que tenía.

—¿Solo eso? —dijo—. Tranquila, que yo también tenía curiosidad. Trae el vino que llevo dos días con esto.

Inés fue a la cocina a por las copas mientras Sandra se instalaba del todo, portátil abierto, postura de quien va a estar un rato. Cuando volvió al salón Sandra ya tenía tres pestañas abiertas y estaba tecleando con esa velocidad que daba un poco de vértigo si la mirabas demasiado rato.

—Lo que has encontrado tú —dijo Sandra sin levantar la vista—, el LinkedIn y la cuenta de Instagram vacía, es todo lo que hay en superficie. Pero hay más cosas raras. —Pausa de tecleo—. El artículo de la revista técnica, sí. Unos pocos mensajes en el antiguo Twitter, todos técnicos, todos de hace más de dos años, ninguno personal. Y la empresa anterior que aparece en su LinkedIn, STE Consultores.

—La busqué. Tiene web y todo.

—Tiene web —confirmó Sandra—. Pero no existe. O existe en papel pero no en la realidad. No hay empleados verificables, no hay clientes, no hay ningún rastro de actividad real. Es una cáscara. Alguien la montó para que hubiera algo que poner en un perfil.

Inés procesó esto.

—¿Quién hace eso?

—Gente que necesita que una persona tenga un historial que en realidad no tiene. —Sandra tecleó algo más—. He investigado también a Sonia, ya que supuestamente lo conoce de antes.

—¿Y?

—Sonia existe con toda normalidad. Facebook desde los dieciséis, fotos de toda la vida, rastro digital perfectamente coherente. Y en sus fotos antiguas, de la época de la universidad, aparece Alex. De refilón, una o dos veces, no en primer plano, pero está. Lo cual significa que sí se conocen de verdad, que no es una relación construida.

Sonó el interfono. La cena.

Inés fue a abrir mientras Sandra seguía tecleando. Cuando volvió con las bolsas del chino Sandra tenía una expresión nueva, más concentrada, de quien ha encontrado algo que le parece relevante.

—A través de Sonia he podido tirar del hilo de la universidad —dijo, sin apartar los ojos de la pantalla mientras Inés repartía los envases—. Y ahí sí aparece Alex. En las listas de matriculados, en los registros académicos. Estaba en ingeniería de sistemas. Y sus notas...

Levantó la vista.

—Era un portento —dijo—. Matrícula de honor en casi todo, menciones especiales, el tipo de expediente que no se ve muy a menudo. Para lo que estudiaba, para los proyectos en los que participó, era alguien con un talento fuera de lo normal.

Inés pensó en la visión del ascensor. “Voy a conseguir las pruebas. Esta vez sí.” La certeza en la voz de alguien que sabe exactamente lo que está haciendo.

—¿Y después de la universidad?

—Nada. —Sandra cerró una pestaña y abrió otra—. Es como si ese chico brillante con ese expediente extraordinario hubiera desaparecido y en su lugar hubiera aparecido alguien con el mismo nombre y la misma cara pero sin pasado. —Pausa—. Todo esto es muy raro, Inés.

—Lo sé.

Sandra la miró un momento.

—Con lo que hay en abierto hemos llegado hasta aquí.

—¿Y ahora?

Sandra cerró una pestaña. Luego otra.

—Ahora empieza la parte que no debería hacer.

Inés dejó los palillos sobre la mesa.

—Sandra...

—No es la dark web ni nada de película. Es peor. Es gente que deja cosas donde no deberían estar y otra gente que sabe

encontrarlas.

Levantó la vista.

—Y Alex Duarte dejó demasiados huecos para alguien que existía de verdad.

Abrió una ventana nueva.

—Vamos a buscar su ADN electrónico.

Capítulo 7 — La planta restringida

Sandra ya estaba en la cafetería cuando llegó Inés.

Eso no era lo que había pasado nunca, o casi nunca, porque Sandra era de las que llegaban justas e Inés de las que llegaban tarde, y el resultado habitual era que se encontraban en el ascensor o directamente en la oficina. Pero ahí estaba, en la mesa del fondo con el portátil abierto y un café a medias, con esa postura de quien lleva un rato instalada y no tiene ninguna prisa en cambiar de sitio.

Inés entró y la miró.

Tenía increíblemente buen aspecto para ser una persona que no había dormido prácticamente nada. Eso era lo primero que pensó, con una mezcla de admiración y una irritación muy leve que no tenía nada que ver con Sandra y todo que ver con el hecho de que ella misma tenía el aspecto exacto de alguien que hacía dos días que no dormía, lo cual era cierto. Pero Sandra era así. Lo que a otra persona le pesaría como plomo, a ella parecía darle energía. Había algo en su forma de estar sentada, en cómo tenía los ojos en la pantalla, que era el aura de quien está haciendo algo que le gusta de verdad y que no necesita que nadie se lo valide.

Inés fue a la barra.

—Lo de siempre —dijo.

Pablo asintió y se giró hacia la máquina. Y cuando dejó la taza en la barra, esa taza blanca con la línea azul en el borde, Inés la miró durante un segundo antes de cogerla. Ya no podía evitarlo. La miraba siempre, con ese reflejo nuevo que se había instalado en algún sitio entre el instinto y el miedo, esa mezcla de querer saber y no querer tocar sin estar preparada.

La cogió por el asa. Nada. Solo cerámica caliente y el olor del café. Se fue a la mesa de Sandra.

—Buenos días —dijo Sandra, sin levantar la vista del portátil.

—Buenos días. Tienes muy buen aspecto para alguien que no ha dormido.

—Tú tienes exactamente el aspecto contrario.

—Gracias.

—De nada.

Inés se sentó y se bebió el primer sorbo despacio. Sandra tecleaba con su concentración de fondo, sin la urgencia de quien tiene prisa sino con la fluidez de quien está en su elemento. De vez en cuando giraba el portátil levemente hacia ella y le mostraba algo, un fragmento, una conexión, un dato que había encontrado en algún lugar que Inés no habría sabido nombrar, y le explicaba lo justo sin entrar en detalles que no podría repetir si alguien le preguntara.

No era mucho. Pero era más de lo que había la noche anterior.

Alex Duarte existía en capas. La capa visible era la que ya conocían, mínima, reciente, construida. Debajo había otra, más antigua, más difícil de encontrar, con huecos donde debería haber continuidad. Y en esos huecos había algo que Sandra todavía no podía ver del todo pero que tenía la forma de una decisión tomada por alguien con recursos y con motivos.

Estuvieron así un rato, las dos en su conspiración silenciosa, hasta que la puerta de la cafetería se abrió y entró Amaya.

Llevaba el bolso cruzado y su energía de primera hora, que no necesitaba café para existir, aunque siempre lo pedía. Fue a la barra, pidió, y cuando se giró las vio. Sonrió. Vino hacia la mesa.

Y entonces se paró.

La sonrisa no desapareció del todo pero cambió de naturaleza, de la de encontrarse con amigas a la de alguien que acaba de leer algo en el aire que no estaba ahí hace un momento.

Se sentó. Las miró a las dos, a Inés primero, luego a Sandra, luego otra vez a Inés.

—Siento que pasa algo —dijo—. Y lo sé antes que nadie.

No era una pregunta. Era una afirmación con la calma de quien está acostumbrada a tener razón en estas cosas.

Inés pensó en los ojos cerrados con fuerza sobre el bolígrafo rojo. En la cuchara. En la botella de Sandra. En el botón del ascensor. En la tarjeta de Moisés Vera que seguía en su bolsillo.

—Solo espero una explicación —añadió Amaya—. Cuando puedas darla.

Y luego cogió su café y cambió el tema con la elegancia de quien planta una semilla y sabe esperar.

Subieron a la oficina y el día empezó con esa normalidad de superficie que tienen los días en que todo está pasando por debajo. Inés abrió el portátil, respondió correos, asistió a una reunión interna que duró cuarenta minutos y de la que no recordaría nada específico en cuanto saliera por la puerta. Hizo las cosas que se supone que tenía que hacer con la parte del cerebro que funcionaba en automático mientras la otra parte hacía otra cosa completamente distinta.

En algún momento de la mañana levantó la vista y los vio.

Víctor y Sandra, en lados distintos de la isla de trabajo, que era donde siempre habían estado. Víctor le estaba diciendo algo a Sandra por encima de las pantallas, algo de trabajo probablemente, y Sandra respondía sin apartar los ojos del monitor. Nada especial. Nada que cualquiera que no supiera lo que Inés sabía habría notado.

Pero había algo en la forma en que él esperaba su respuesta. Una fracción de segundo de más. La atención particular de quien escucha no solo lo que dice la otra persona sino cómo lo dice.

Inés pensó, inevitablemente, en cuándo había sido la última vez que alguien la había escuchado así.

Hacía más de un año. Valencia. Un compañero de su hermano Raúl. Un par de fines de semana, llamadas, mensajes y después nada. No había terminado mal. Solo se había apagado. Y quizás eso era lo peor: que ni siquiera había dolido lo suficiente como para recordarlo a menudo.

Y entonces, sin buscarlo, cruzó por su mente una mirada muy oscura. La del ascensor. Los ojos que no parpadeaban más de lo necesario y que en dos segundos habían leído en su cara algo que ella no le había contado a nadie.

Volvió a la pantalla.

—Sala de descanso —dijo Sandra, a las once y cuarto, sin levantar la vista del portátil.

Inés recogió el móvil y fue.

La sala estaba casi vacía excepto por José, que estaba delante de la nevera abierta con esa expresión ya familiar de quien busca algo que sabe que no va a encontrar pero necesita comprobarlo de todas formas.

—¿Otro yogur? —dijo Inés.

José cerró la nevera con un suspiro que contenía semanas de resignación acumulada.

—Tercero esta semana.

Inés lo miró. Pensó en Ana en recepción con su jersey verde y su acento asturiano y su fe inquebrantable en el poder del hambre como estrategia romántica.

—José —dijo—, baja a la cafetería.

Él la miró.

—¿A la cafetería?

—A tomarte algo. Un café, un bocadillo, lo que sea.

José procesó esto con la expresión de quien recibe una información sencilla y la está complicando más de lo necesario.

—¿Ahora?

—Ahora.

Algo en su cara cambió. Una pequeña reorganización de prioridades que Inés reconoció como el momento exacto en que una idea que llevaba tiempo rondando por ahí fuera decide entrar.

—Igual sí —dijo.

Y se fue.

Sandra llegó a la sala en ese momento, lo vio salir, y miró a Inés con una ceja levantada.

—¿Le has dicho que baje?

—Le he sugerido que tomara algo.

Se miraron. Asintieron en silencio con la satisfacción tranquila de quienes han hecho algo bueno sin poder explicar exactamente qué.

Luego Sandra giró el portátil hacia ella.

Inés miró la pantalla. Tardó un momento en procesar lo que estaba viendo, no porque fuera difícil de entender sino porque necesitaba que el cerebro terminara de organizarlo todo. Las conexiones que Sandra había encontrado, los huecos donde no debería haberlos, el perfil de alguien que había sido construido con cuidado pero no con suficiente cuidado como para no dejar rastro si sabías dónde mirar.

Levantó la vista.

—Quiero verla —dijo.

Sandra no preguntó qué. Solo esperó.

—La planta siete —dijo Inés—. Quiero ver la planta siete.

Sandra cerró el portátil.

—Contaba con ello —dijo.

Salieron de la sala con la mirada de Amaya siguiéndolas desde su mesa, atenta y callada, sin necesidad de preguntar para registrar. Inés no se giró pero lo notó igual, esa forma que tenía Amaya de ver las cosas sin que nadie le dijera que mirara.

El ascensor tardaba más que de costumbre, o eso le pareció a Inés, que se quedó mirando los números del panel con esa impaciencia que tiene el cuerpo cuando la cabeza ya ha tomado una decisión y el resto tarda en seguirla.

Entraron cuando llegó. Inés alargó la mano hacia el panel.

El botón de la planta siete.

Cerró los ojos antes de tocarlo, con ese reflejo ya automático de quien espera algo, el tirón, el imán, la imagen superpuesta. Pero no llegó nada. El botón se iluminó y el ascensor empezó a subir en silencio e Inés abrió los ojos con una mezcla de alivio y algo que no era exactamente decepción pero que se le parecía.

Sandra no dijo nada. Miraba al frente con la calma de quien tiene toda la información que necesita y está esperando la siguiente.

Las puertas se abrieron.

La recepción estaba desierta. La silla vacía detrás del mostrador todavía giraba apenas unos milímetros, como si alguien acabara de levantarse. Desde el pasillo lateral llegaban voces y pasos lejanos.

—Cambio de turno —murmuró Sandra.

Inés miró alrededor. El pasillo que se abría más allá del mostrador tenía los cristales de las salas laterales demasiado opacos para lo que cabría esperar en unas oficinas normales, el tipo de opacidad que no es decorativa sino funcional. En la pared, un cartel discreto con el logo de Innova Systems Engineering y debajo, en letras pequeñas y sin ninguna ambigüedad: ACCESO RESTRINGIDO.

A la derecha del mostrador una puerta estaba entreabierta.

Solo unos centímetros.

Lo suficiente para ver que daba acceso al interior.

—Solo mirar —dijo Sandra.

—Solo mirar —repitió Inés.

Se acercaron al mostrador despacio, como si el silencio fuera algo que no querían romper.

Y entonces Inés la vio.

Una tarjeta. De esas de acceso, rectangular, con una banda magnética en el reverso y el logo de la empresa en el anverso. Estaba

encima del mostrador, ligeramente apartada del borde, como si alguien la hubiera dejado ahí sin darse cuenta o con demasiada prisa para recogerla.

El tirón llegó antes de que terminara de mirarla.

Familiar ya, casi reconocible, como una voz que has oído suficientes veces como para saber de quién es antes de ver la cara.

Alargó la mano. Los dedos rozaron la tarjeta.

Y el mundo se superpuso.

Pero antes de que la imagen terminara de formarse, a su espalda, el ascensor volvió a pararse en esa planta.

Y las puertas empezaron a abrirse.

Capítulo 8 — La tarjeta

No era su mano.

Eso fue lo primero que notó, con esa claridad extraña que tenían las visiones cuando llegaban de golpe sin el tirón previo como aviso. Estaba mirando sus propios dedos sobre la tarjeta y no eran sus dedos. Eran más grandes, con una cicatriz pequeña en el nudillo del índice, y sujetaban la tarjeta con la tensión de quien lleva algo que sabe que no debería llevar.

Era la mano de Alex.

Y entonces llegó la voz.

Familiar. Eso fue lo segundo que notó, antes incluso de procesar las palabras. Una voz que había oído antes, en otro contexto, en otro objeto, que resonaba en algún sitio de su memoria sin que pudiera poner cara ni nombre.

“¿No te dije que lo dejaras?”

Inés se giró hacia la imagen, hacia la voz, necesitando ver quién era, y en ese momento todo desapareció.

La tarjeta se le cayó de la mano y repicó contra el suelo del mostrador con un sonido pequeño y definitivo.

Frente a ella estaba Sandra, mirándola.

—¿Estás...?

Pero no terminó la frase porque desde el pasillo lateral llegaron pasos, alguien que volvía hacia el mostrador, y el instinto de Inés funcionó antes que el cerebro. Se agachó, cogió la tarjeta del suelo, y cuando se incorporó Sandra ya estaba dentro del ascensor con el pie bloqueando la puerta y una expresión que decía “ahora mismo” con toda la claridad del mundo.

Inés entró. Sandra pulsó el botón de recepción.

Las puertas se cerraron.

—Solo mirar —dijo Sandra.

Inés la miró. Y las dos se echaron a reír al mismo tiempo, esa risa corta y nerviosa que sale cuando el cuerpo necesita soltar algo que ha

estado conteniendo demasiado rato.

El ascensor bajaba.

Inés apoyó la espalda en la pared y cerró los ojos un momento. Esta vez había sido diferente. Más raro de lo habitual, y lo habitual ya era bastante raro. Por un momento, justo antes de que la voz llegara, había creído que todo era real y que le pasaba a ella. No que estaba viendo algo que le había pasado a otra persona, sino que era ella la que sujetaba esa tarjeta, ella la que tenía esa cicatriz en el nudillo, ella la que escuchaba esa pregunta.

No sabía qué significaba eso. No sabía si significaba algo.

Las puertas se abrieron en la planta baja.

Salieron a toda prisa, con esa energía de quien acaba de hacer algo que no debería y necesita poner distancia entre ella y el lugar del crimen, y justo cuando cruzaban el vestíbulo hacia la salida el otro ascensor llegó y sus puertas se abrieron.

Dos hombres.

Inés no podría haberlo jurado. Los vio de reojo, de perfil, en el segundo y medio que duró el cruce, y luego ya estaba empujando la puerta de la calle. Pero algo en la postura, en la forma de moverse, le resultó familiar de una manera que no tenía que ver con haberlos visto en el edificio.

Se giró.

Las puertas del ascensor se cerraban. Y en el último momento, en esa fracción de segundo antes de que el metal las separara, el más alto giró la cabeza.

Ojos oscuros. La mirada que registra todo.

Moisés.

Inés buscó instintivamente la tarjeta en el bolsillo, la que él le había dado el día anterior, la que tenía su nombre y su número y la promesa de “si recuerda algo”. Pero no estaba ahí. La había dejado en el bolso, que estaba en su mesa, en la cuarta planta.

Lo que sí estaba en su bolsillo era la tarjeta de acceso de Innova Systems Engineering.

La rozó sin querer al buscar la otra.

El tirón llegó inmediato, sin aviso.

El vestíbulo del edificio, desde el ángulo del mostrador de recepción. El hombre del traje oscuro, pelo entrecano peinado hacia atrás, con esa tarjeta en la mano, metiéndola con cuidado dentro de un sobre. Sin prisa. Con la precisión de quien sabe exactamente lo

que está haciendo. Dejaba el sobre encima del mostrador de recepción, miraba hacia la puerta un momento, y se iba.

Luego nada.

La calle. El ruido del tráfico. Sandra a su lado hablando por el móvil, que le había sonado casi en el momento en que salían del ascensor y lo había cogido con ese gesto automático suyo.

Inés se quedó parada en la acera.

La boca seca. Los pies sin responder del todo.

El hombre del traje había dejado esa tarjeta en recepción. La tarjeta que ella había cogido del mostrador de la planta siete, que supuestamente era de acceso restringido de Innova, había llegado ahí a través de él. No la había olvidado un empleado. La había dejado alguien que no era de la empresa.

¿Por qué? ¿Para quién?

Respiró el aire de la calle despacio y parpadeó varias veces para asegurarse de que lo que tenía delante era real y no otra capa superpuesta encima de la realidad.

Real. La acera, el ruido, Sandra a tres pasos con el móvil en la oreja.

Y a través del cristal de la cafetería, en una mesa junto a la ventana, José y Ana.

Inés los miró sin querer y sonrió sin poder evitarlo. Estaban hablando, o más bien Ana hablaba y José escuchaba como quien presta más atención de la que cree que está prestando. Ana tenía las manos en la mesa y el acento asturiano que se notaba incluso a través del cristal por cómo movía la boca. El jersey era verde, naturalmente.

Bien, pensó Inés. Por fin.

Y entonces lo vio.

Al fondo de la cafetería, en la mesa del rincón.

El hombre del traje oscuro.

Inés se quedó muy quieta. Parpadeó. Miró otra vez. Seguía ahí, de perfil, con una taza delante y algo encima de la mesa que no podía distinguir bien desde donde estaba.

Se aseguró de no estar tocando nada. Revisó mentalmente sus manos, el bolso, la ropa. La tarjeta estaba en el bolsillo pero no la estaba tocando. Lo que veía era real.

Lo observó durante unos segundos. Él miraba hacia la ventana del fondo con esa expresión que ya le resultaba familiar, la de alguien

que está pensando en algo que no tiene que ver con donde está.
Luego miró el móvil y se levantó.

Y antes de irse dejó algo encima de la mesa.

Inés no pudo ver qué era desde fuera.

Esperó a que cruzara el vestíbulo y saliera por la puerta lateral antes de entrar. La cafetería estaba llena a esa hora, mesa ocupada tras mesa, el ruido de conversaciones y tazas y la máquina de café de fondo. Fue hacia el rincón esquivando sillas y bolsos con más prisa de lo que era elegante.

Llegó a la mesa.

Vacía.

No del todo.

Había un círculo húmedo donde había estado la taza.

Y al lado, una marca rectangular sobre la madera, como si algo pequeño hubiera permanecido allí unos minutos antes de ser retirado.

Tarjeta.

Sobre.

Móvil.

No podía saberlo.

Inés se quedó mirando la mesa un momento. Luego miró hacia la puerta por donde había salido el hombre. Luego a Pablo, que ya estaba en otro lado limpiando otra mesa con esa eficiencia silenciosa suya.

Sandra entró detrás de ella guardando el móvil.

—¿Qué haces aquí dentro?

—Nada —dijo Inés.

Y esa era exactamente la respuesta correcta.

Porque no podía decir:

He visto al hombre que aparece en mis visiones.

Creo que dejó la tarjeta.

Y llevo una credencial restringida en el bolsillo desde hace diez minutos.

La rozó sin querer.

Seguía ahí.

Fría.

Real.

Entonces llegó el pensamiento.

Pequeño.

Silencioso.

Terrible.

Quizás el problema no era que estuviera encontrando cosas.

Quizás era que alguien quería que las encontrara.

Capítulo 9 — Patrones residuales

Moisés sostenía los dos USB en la mano.

Uno en cada palma. Idénticos en tamaño, en color, en peso. El que había llegado en el sobre sin remitente a nombre de Alex y el que alguien había dejado junto al portátil nuevo en ese escritorio que ayer estaba vacío.

Tiene un gemelo.

Lo miraba Gustavo por encima de su hombro con su gesto de esperar.

—Son el mismo —dijo Moisés—. O son copias. Alguien quiere asegurarse de que llegue a donde tiene que llegar aunque una de las dos se pierda.

—¿Y a dónde tiene que llegar?

Moisés miró la nota otra vez. Luego miró el piso.

Fue entonces cuando lo notó.

El piso de Alex Duarte olía a cerrado y a limpio. No el tipo de limpio que deja la vida cotidiana, el desorden funcional de quien vive solo y tiene sus propios sistemas, sino el limpio deliberado de quien ha pasado por ahí con intención.

Se acercó a la cama.

Perfecta. No perfecta como la de alguien ordenado, sino perfecta como la de un hotel, con esa precisión geométrica que no tiene nada de cotidiano. Las almohadas simétricas, la colcha sin una arruga, las esquinas metidas con una presión que requería práctica o intención.

Fue al baño.

Toallas dobladas. Encimera sin rastro de agua. El vaso junto al lavabo con el cepillo de dientes en su sitio, el tapón del dentífrico cerrado.

—Reyes —dijo desde el baño—, ayer cuando registrasteis. ¿La cama estaba así?

Reyes apareció en el marco de la puerta con el informe en la mano.

—Hecha, sí. Pero no así. Las esquinas. El tipo que vive aquí no hace las esquinas así.

Moisés volvió al dormitorio.

—Alguien ha estado aquí —dijo Gustavo.

—Sí.

—Y ha limpiado.

—No exactamente. —Moisés miró la cama otra vez—. Ha ordenado. Hay una diferencia. Limpiar es eliminar rastros. Esto es otra cosa.

—¿Qué cosa?

Moisés no respondió de inmediato porque no tenía todavía la respuesta, solo la sensación, ese palpito que llevaba años aprendiendo a no ignorar aunque tardara en traducirse en palabras.

Alguien había entrado en ese piso, había dejado el portátil y los USB, había escrito la nota, y luego había ordenado. No como quien borra su presencia, sino como quien cuida un espacio. Como quien conoce al que vive ahí y le tiene consideración.

—Llevamos todo —dijo Moisés—. El portátil, los USB, todo lo que hay en el escritorio. Y avisa a ciberdelitos, que quiero a alguien con nosotros esta tarde.

En el coche, de vuelta a la comisaría, Gustavo conducía y Moisés miraba por la ventana sin ver el tráfico.

—La empresa dice que Alex trabajaba en desarrollo de un compuesto para mejora cognitiva —dijo Gustavo—. Algo relacionado con la consolidación de memoria en pacientes con deterioro leve. Nada experimental, nada que justifique esto.

—¿Y los de Innova lo han confirmado?

—El director de investigación nos mandó un resumen ayer. Ensayos en fase preliminar, protocolo estándar, sin nada que salga del marco regulatorio.

Moisés pensó en la nota. Tiene un gemelo. En los dos USB. En el portátil nuevo, sin uso, dejado junto a una nota críptica en un piso que alguien había ordenado con cuidado antes de marcharse.

—Algo no cuadra —dijo.

—Todo cuadra —dijo Gustavo—. Ese es el problema.

La sala de investigación de la comisaría tenía esa luz de fluorescente que aplana todo y hace que las horas pasen de forma diferente a

como pasan fuera. Moisés la conocía bien. Había pasado muchas horas bajo esa luz, delante de pizarras con fotos y flechas y preguntas sin respuesta, y había aprendido que la incomodidad del espacio era parte del proceso, que pensar con el cuerpo incómodo a veces ayudaba al cerebro a no acomodarse demasiado pronto en una hipótesis.

La pizarra tenía ya bastante.

Foto de Alex Duarte en el centro. A la derecha, Innova Systems Engineering, con el nombre de Luis Boros, director general, y una flecha hacia la descripción oficial del proyecto. A la izquierda, la línea temporal: últimas imágenes el viernes, última conexión el sábado de madrugada, lunes sin aparecer al trabajo.

Debajo, las preguntas sin respuesta todavía: ¿dónde estaba Alex? ¿Quién había entrado en su piso? ¿Qué contenían los USB?

Iván, el agente de ciberdelitos que les habían asignado, tenía veintiséis años, el pelo un poco largo y esa concentración particular de quien vive más cómodo delante de una pantalla que en cualquier otro sitio. Llevaba dos horas con el portátil y los USB y acababa de levantar la vista.

—El portátil está limpio —dijo—. Y cuando digo limpio digo nuevo. Nunca se ha usado. Está recién sacado de la caja, con el sistema operativo de fábrica y sin ningún archivo, ninguna cuenta, nada.

—¿Nuevo como recién comprado? —dijo Gustavo.

—Nuevo como que alguien lo compró, lo desembaló, lo encendió para verificar que funcionaba y lo dejó ahí. —Pausa—. Del USB encriptado de momento nada. Es un cifrado serio, no de los que se resuelven en una tarde. Necesito más tiempo y más recursos.

—¿Y el otro?

Iván giró el portátil hacia ellos.

—Este es más interesante.

La pantalla mostraba una estructura de archivos parcialmente dañada, carpetas con nombres técnicos, documentos con fragmentos de texto y tablas de datos incompletas. Moisés se acercó y leyó despacio.

Proyecto Huella. Fase 2. Modelado de patrones residuales en tejidos expuestos a interacción prolongada.

Hipótesis central: toda interacción humana significativa genera modificaciones medibles en los objetos del entorno. Emoción. Estrés.

Contacto repetido. Decisión. La información no desaparece. Se deposita.

Objetivo médico declarado: reconstrucción de patrones cognitivos en pacientes con daño neurológico severo. Aplicaciones en Alzheimer, amnesia traumática, lesiones cerebrales.

Moisés levantó la vista.

—Esto no es lo que nos dijo la empresa.

—No exactamente —dijo Gustavo—. Nos dijeron mejora cognitiva, consolidación de memoria. Esto es otra cosa.

—Esto es reconstrucción de información a partir de objetos. — Moisés leyó otra vez el fragmento—. No están estudiando el cerebro. Están estudiando lo que queda fuera del cerebro.

Iván asintió sin levantar la vista de la pantalla.

—Hay más. Pero los archivos están dañados, faltan partes. Lo que hay aquí es suficiente para entender de qué va el proyecto pero no para saber hasta dónde habían llegado.

Moisés se separó del portátil y miró la pizarra.

Patrones residuales. La información no desaparece. Se deposita.

¿Pruebas de qué había querido conseguir Alex? ¿De qué el proyecto había derivado hacia algo que no era lo que él pensaba cuando entró?

—El portátil nuevo —dijo—. ¿Podemos saber dónde se compró?

Tardaron tres horas.

La tarjeta de regalo con la que se había pagado llevaba a una cadena de distribución, la cadena a un lote de tarjetas emitidas como incentivo para empleados de empresas cliente, y las empresas cliente a una lista de cuarenta y dos compañías entre las que estaba, sin que nadie pareciera haberlo planeado o quizás precisamente porque sí, Innova Systems Engineering.

Las cámaras de la tienda mostraban a alguien comprando el portátil dos semanas antes de la desaparición de Alex. Chico joven, gorra, sudadera oscura, la postura de quien sabe que hay cámaras y ha decidido no preocuparse demasiado por ellas o quizás sí. Las imágenes no eran suficientemente nítidas para identificarlo con certeza.

—Podría ser cualquiera —dijo Gustavo.

Moisés miraba la imagen en pausa en la pantalla. Algo en la postura, en la forma de inclinar la cabeza ligeramente hacia la

izquierda al hablar con el cajero, le resultaba vagamente familiar sin que pudiera decir por qué.

—Mira el resto de clientes del vídeo —dijo—. Los que entran y salen mientras este está en caja.

Iván avanzó la grabación unos segundos.

Cuatro chicos distintos cruzaron la tienda en ese intervalo. Gorra, sudadera, zapatillas. Gorra, sudadera, zapatillas. Capucha, mochila, zapatillas. Gorra.

—Los de ahora vais todos iguales —dijo Moisés.

—Nosotros —dijo Iván, sin levantar la vista.

—Tú también llevas gorra.

—En el gym.

—Y sudadera oscura.

—Todo el mundo lleva sudadera oscura, inspector. —Iván señaló la pantalla—. Mire al de la derecha. Y al del fondo. Y al cajero. Es un uniforme generacional, no una conspiración.

Moisés lo miró un momento.

—Eso es exactamente el problema —dijo—. Sigue con los USB.

Iván lo miró un momento más y volvió a la pantalla.

Gustavo se acercó a Moisés.

—¿Crees que...?

—No creo nada todavía —dijo Moisés—. Pero todo sigue llevando a Innova. La tarjeta, el proyecto, los USB. Y alguien que conocía el caso lo suficientemente bien como para dejar ese portátil en el piso de Alex y escribir una nota que solo tiene sentido si sabes lo que estás buscando.

—¿Volvemos?

—Volvemos.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta siete.

La recepción ya no estaba desierta. Había una chica detrás del mostrador, unos treinta años, con el pelo recogido y una expresión de concentración tranquila. Estaba mirando la superficie del mostrador, luego el cajón entreabierto, luego otra vez la superficie. No con urgencia. Con la actitud metódica de quien busca algo que debería estar en su sitio y no está, y que probablemente aparecerá en cuanto piense bien dónde lo dejó.

Levantó la vista cuando entraron.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarles?

—Inspectores Vera y Romero —dijo Moisés—. Estuvimos aquí antes, con el señor Boros.

—Sí, claro. —Cogió el teléfono sin dejar de echar un vistazo rápido, casi imperceptible, al lateral del mostrador—. Le aviso ahora mismo.

Moisés no dijo nada. Pero lo había visto.

Boros los recibió dos minutos después en la sala de reuniones. Tenía unos treinta y cinco años, moreno, con ese corte de pelo que cuesta lo que cuesta y se nota en cada centímetro, de los que van bien vestidos sin que parezca que se han esforzado porque el esfuerzo ya está tan integrado que ha dejado de serlo. Se levantó cuando entraron con la soltura de quien está acostumbrado a que las reuniones empiecen cuando él decide que empiezan.

—Inspectores. ¿Novedades sobre Alex?

—Seguimos investigando —dijo Moisés—. Tenemos algunas preguntas más.

—Por supuesto. —Se sentó, cruzó las manos sobre la mesa—. Lo que necesiten.

Respondió a todas las preguntas.

Las tarjetas de regalo, sí, era una práctica habitual, las compraban al por mayor para incentivos trimestrales, tenían los registros, se los mandarían esa tarde. El proyecto de Alex, sí, modelado cognitivo aplicado a consolidación de memoria, ensayos en fase preliminar, nada fuera del marco, también les pasaría la documentación. Alex era un buen profesional, reservado, aplicado, su desaparición era preocupante y la empresa cooperaría en todo lo que hiciera falta.

Todo correcto. Todo en su sitio.

Moisés escuchó, preguntó, anotó.

Y cuando salieron y esperaban el ascensor, le dijo a Gustavo en voz baja:

—Demasiado fácil.

—Coopera —dijo Gustavo.

—Coopera exactamente lo que tiene que cooperar. Ni más ni menos. —El ascensor llegó—. Hay algo que no está diciendo. No sé qué. Pero esta tarde tendremos la documentación y veremos si cuadra con lo que hay en el USB.

Entraron en el ascensor.

—Antes de bajar —dijo Gustavo—, podríamos pasar por la cuarta. Hablar otra vez con Sonia, la amiga de Alex. Si el proyecto era lo que nos dice Boros, igual ella lo sabía y puede confirmar detalles. Y si era otra cosa, igual también lo sabía.

—Bien —dijo Moisés, y pulsó el cuatro.

El ascensor paró. Las puertas se abrieron.

Moisés salió del ascensor.

La mujer seguía sin mirarlos.

Tenía la vista fija en la pantalla, pero no estaba leyendo.

Reconoció esa expresión. La gente la llevaba cuando estaba pensando en otra cosa y fingía que no.

Gustavo avanzó unos pasos.

Moisés no.

Ella levantó la cabeza.

Solo un instante.

Ojos verdes.

No exactamente verdes.

La misma sensación extraña que había tenido el primer día volvió sin pedir permiso.

No era reconocimiento.

Era otra cosa.

Como cuando una pieza aparece donde no esperabas encontrarla y todavía no sabes de qué puzzle viene.

—¿Vienes? —preguntó Gustavo.

Moisés tardó medio segundo más en responder.

—Sí.

Pero mientras echaba a andar siguió pensando una cosa incómoda.

Creía que aquella mujer sabía algo.

Y no estaba seguro de que ella lo supiera todavía.

Capítulo 10 — Lo que queda en la mesa

Sandra guardó el móvil.

—¿Qué haces aquí dentro?

—Nada —dijo Inés.

Y esa era exactamente la respuesta correcta.

Porque no podía decir:

He visto al hombre que aparece en mis visiones.

Creo que dejó la tarjeta.

Y llevo una credencial restringida en el bolsillo desde hace diez minutos.

La rozó sin querer.

Seguía ahí.

Fría.

Real.

Entonces llegó el pensamiento.

Pequeño.

Silencioso.

Terrible.

Quizás el problema no era que estuviera encontrando cosas.

Quizás era que alguien quería que las encontrara.

Sandra miró la mesa vacía. Luego a Inés.

—Bueno —dijo, con la practicidad que le aparecía exactamente cuando hacía falta—. En lugar de no hacer nada, ¿por qué no comemos algo? Lo necesito.

—Yo también —admitió Inés.

Se sentaron junto a la ventana y Pablo las vio instalarse con esa atención silenciosa que tenía, la de quien lleva suficiente tiempo detrás de una barra como para leer a la gente sin necesitar que le hablen. Les tomó nota sin preguntar nada más de lo necesario.

Mientras esperaban la comida Inés metió la mano despacio en el bolsillo.

La tarjeta seguía ahí.

La sacó con cuidado, sosteniéndola por el borde con dos dedos, y esperó.

El tirón no llegó.

Cerró los ojos. Contuvo el aire. Apretó levemente los dedos.

Nada.

Abrió los ojos y la puso encima de la mesa.

Sandra la miró sin tocarla.

Era una tarjeta de acceso completamente normal. Rectangular, de plástico, con una banda magnética en el reverso. Sin nombre. Sin logo. Sin número de empleado. Sin ningún texto que diera una pista de a quién pertenecía ni de qué puerta abría.

—¿Y esto? —dijo Sandra.

—Lo encontré arriba. En el mostrador de Innova.

—¿La olvidó alguien?

—No. —Pausa—. Alguien la dejó ahí a propósito.

Sandra levantó la vista.

—¿Cómo lo sabes?

Inés pensó en la visión. El hombre del traje oscuro metiendo la tarjeta en un sobre, dejando el sobre en recepción, mirando hacia la puerta antes de irse. Y luego el mismo hombre en esta misma cafetería, y la marca rectangular sobre la madera cuando ya no estaba.

—Lo sé —dijo.

Sandra la miró un momento con esa expresión de quien procesa más de lo que le están dando. Luego cogió la tarjeta y la examinó por ambos lados.

—Nada —dijo—. Sin identificación, sin nada. —Se la devolvió—. ¿Y qué hacemos con ella?

—No lo sé. Por eso te lo pregunto.

Sandra la miró.

—Déjamela a mí. Conozco a alguien que puede ayudarnos a saber más de esta tarjeta antes de decidir qué hacer con ella.

No especificó quién. Inés no preguntó.

Pablo llegó con los platos. Las dos guardaron silencio hasta que se fue.

—Cuéntame lo que encontraste anoche —dijo Inés entonces—. Lo de Alex.

Sandra dejó el tenedor.

—Lo oficial es lo que ya sabes. Trabajaba en algo relacionado con la memoria, un compuesto para mejorar la consolidación en pacientes con deterioro leve. Alzheimer en fases tempranas, ese tipo de cosas. En papel está todo muy bien documentado, muy limpio.

—¿Pero?

—Pero hay notas que no cuadran. Fragmentos que no encajan con esa descripción. —Bajó la voz levemente—. No sé qué estaba haciendo exactamente. Pero creo que había algo más que el medicamento. Algo que la empresa no tiene documentado de forma pública o al menos yo no lo he encontrado.

—¿Y su desaparición?

Sandra negó con la cabeza.

—No lo sé. No tengo suficiente para conectar las dos cosas. Solo sé que hay algo que no cuadra en su perfil digital y algo que no cuadra en su investigación. Si eso tiene que ver con que haya desaparecido... —Se encogió de hombros—. No lo sé.

Inés miró la tarjeta sobre la mesa.

—La tarjeta —dijo Sandra, guardándola en el bolsillo—. Me la llevo. Y esta noche te cuento.

Volvieron al trabajo a las dos y media.

Ana estaba en recepción con una energía diferente a la de días anteriores, algo más ligero, más propio de quien ha tenido una mañana que ha ido bien. Cuando las vio pasar les guiñó un ojo con una discreción que no era del todo discreta pero que tenía mucho encanto.

Inés y Sandra se miraron sin decir nada y subieron al ascensor.

La tarde pasó con esa normalidad de superficie que tienen los días en que todo está ocurriendo por debajo. Inés trabajó, o fingió que lo hacía, con la cabeza repartida entre lo que Sandra había dicho, la tarjeta, la voz de la visión que decía “¿no te dije que lo dejaras?” y la pregunta de a quién pertenecía esa voz que le resultaba familiar sin que pudiera ponerle cara.

En algún momento vio llegar a Moisés con Gustavo.

Los observó de reojo mientras entraban en la sala acristalada donde estaba Sonia. No quería mirar demasiado. Miró demasiado igual.

Y luego volvió a su pantalla y no volvió a levantar la vista.

Sandra y ella no volvieron a hablar en toda la tarde. Había un acuerdo tácito entre las dos de que algunas cosas se procesan mejor en silencio y en paralelo.

A las seis y cuarto Inés apagó el portátil.

Tenía muchas ganas de estar sola y pensar. O de no pensar. No estaba segura de cuál de las dos cosas necesitaba más.

Fue a la máquina del café, se sirvió uno que sabía que iba a estar regular pero que necesitaba llevar en la mano, recogió el bolso y fue hacia el ascensor.

Pulsó el botón. Las puertas se abrieron.

Moisés estaba dentro.

El estómago hizo esa cosa rara e injustificable que hacen los estómagos a veces y que ella decidió ignorar inmediatamente.

Él la miró. Sin sorpresa. Como si hubiera estado esperando que llegara alguien, aunque no necesariamente ella.

Esta vez iba sin chaqueta. Camisa remangada hasta los antebrazos. El pelo un poco peor colocado que el día anterior, como si llevara demasiadas horas despierto.

Inés entró. Las puertas se cerraron.

Silencio.

El ascensor arrancó.

Inés miró el panel luminoso como si los números fueran fascinantes.

Tres.

Dos.

Uno.

—¿Mucho trabajo? —preguntó antes de poder decidir si quería hablar o no.

Él giró la cabeza.

—Demasiado.

—Eso suele significar que algo va mal.

Lo dijo sin pensar. En cuanto salió de su boca quiso recoger la frase y guardarla otra vez.

Moisés la observó un instante.

—¿Y usted cómo sabe eso?

Inés encogió un hombro.

—Porque nadie dice mucho trabajo cuando está bien.

Hubo un silencio pequeño.

No incómodo.

Solo nuevo.

Él sonrió apenas. Muy poco. Lo justo para que cambiara la cara entera.

Vaya.

Inés decidió que aquello era información innecesaria.

—¿Conocía mucho a Alex? —preguntó él entonces.

La pregunta cayó suave. Demasiado suave.

Ella bajó la vista al café.

—No.

Y era verdad. No conocía a Alex. Conocía fragmentos. Una mano. Una voz. Una ausencia. Pero no a él.

—¿Y a Sonia?

—Solo del trabajo.

Él asintió.

Las puertas se abrieron en la planta baja.

Inés salió primero. Ya casi estaba cruzando el vestíbulo cuando él habló otra vez.

—Inés.

Se giró.

Era raro oír su nombre en su voz. No desagradable. Solo raro.

Moisés sacó una tarjeta del bolsillo. La misma. La blanca. La que ya le había dado antes.

—Si recuerda algo sobre Alex... cualquier cosa... llámeme.

Inés la cogió.

Sus dedos rozaron el borde.

Nada.

Ni visión. Ni tirón. Solo el tacto frío del papel y la sensación incómoda de que aquello debería haber significado menos de lo que significó.

—Gracias —dijo.

Él hizo un gesto con la cabeza. Luego se fue.

Inés se quedó quieta unos segundos más.

La tarjeta seguía entre sus dedos. Y por alguna razón absurda pensó que había algo extraño en él. No peligroso. No exactamente. Solo la sensación de que Moisés miraba a la gente como si estuviera esperando que dijeran algo que todavía no sabían que sabían.

Y eso, pensó mientras guardaba la tarjeta en el bolsillo, era una forma bastante inquietante de existir.

Amaya la pilló justo cuando salía a la calle.

—Ni se te ocurra decir que no —dijo, apareciendo por detrás con su energía de siempre, que no pedía permiso—. Cenas conmigo. Es jueves, es noche de pizza, y todavía te debo el cumpleaños de verdad.

Inés miró su Uber en la aplicación. Luego miró a Amaya. Luego canceló el Uber.

—Pizza —dijo.

—Pizza —confirmó Amaya.

La pizzería estaba a diez minutos andando de casa de Amaya, en una calle con adoquines y poca luz artificial, de esas que parecen haber llegado a un acuerdo con el tiempo para quedarse exactamente como estaban. Era pequeña, con mesas de madera sin mantel, una pizarra con el menú escrito a mano y el olor de algo que llevaba horas haciéndose bien.

Pidieron un carpaccio, una cuatro quesos y la especial de la casa, que llevaba pesto, champiñones y mortadela italiana, y que las dos habían declarado oficialmente la mejor pizza de Madrid en una conversación de hace tres años que nunca se había revocado formalmente.

Amaya habló. Era lo que hacía Amaya, hablar con esa energía que no agotaba sino que alimentaba, sobre una exposición que quería ver, sobre un libro que le había prestado alguien del trabajo, sobre una meditación que había hecho esa mañana que la había dejado con una sensación rara que todavía no había terminado de procesar.

Inés escuchaba. Era lo que necesitaba, escuchar sin tener que pensar, dejar que la voz de Amaya ocupara el espacio que llevaba días lleno de otras cosas.

En algún momento miró hacia el fondo del restaurante.

Tres hombres sentados en una mesa, con esa actitud de quien lleva un día largo y ha encontrado por fin un sitio donde bajarlo todo. Uno de ellos era Moisés.

Estaba más relajado que en el edificio. Sin la chaqueta, con el codo apoyado en la mesa, escuchando a uno de los otros con la atención callada que no necesitaba gestos para existir. Parecía otra versión del mismo hombre, o quizás la misma versión en un contexto distinto, lo cual al final era lo mismo.

Inés lo observó un momento sin que él la viera.

Pensó en Alex. En lo que Sandra había dicho sobre las notas que no cuadran. En la tarjeta sin identificación. En la voz de la visión que le resultaba familiar sin que pudiera ponerle cara.

Pensó que si lo que ella sabía, o lo que creía saber, pudiera ayudar de alguna forma... pero no sabía si podía. No sabía ni siquiera qué era lo que sabía exactamente. Fragmentos. Imágenes. Voces de objetos que no debería poder escuchar.

¿Cómo se le cuenta eso a un policía?

¿Cómo se le cuenta eso a nadie?

—Inés.

Volvió a la mesa. Amaya la miraba con esa atención particular suya, la que no juzgaba sino que simplemente veía.

—Llevas días en algo —dijo Amaya—. Y yo llevo días soñando contigo. No sé si tiene que ver. Pero lo noto.

Inés cogió la copa de vino.

Si no sabía cómo contárselo a sí misma, ¿cómo se lo contaba a otra persona? ¿Cómo le decía a Amaya, que creía en los cristales y en el chakra del corazón y en los sueños que avisan, que ella estaba viendo cosas al tocar objetos y que un chico había desaparecido y que había un hombre del traje que seguía apareciendo en sus visiones y que un inspector de policía la miraba como si supiera que ella sabía algo aunque no supiera qué?

—Estoy bien —dijo.

Amaya la miró un momento más. Luego sonrió, ese tipo de sonrisa que no era de acuerdo sino de paciencia, y cambió el tema con la gracia de quien sabe perfectamente que ha llegado a algún sitio aunque no haya sido al que buscaba.

O quizás sí había llegado. Porque Inés, con la copa en la mano y la pizza delante y la voz de Amaya llenando el espacio, se dio cuenta de que estaba pensando en contárselo. No esta noche. Pero pronto.

Amaya siempre sabía algo.

Se despidieron en la puerta del restaurante con un abrazo largo.

—Mejor —dijo Amaya al oído.

—Mejor —admitió Inés.

Sacó el móvil y abrió la aplicación de Uber mientras caminaba hacia la esquina. El coche estaba a cuatro minutos.

No miraba por dónde iba.

Casi chocó con alguien.

Los dos se apartaron al mismo tiempo.

—Perdón.

La voz llegó antes que la cara.

Inés levantó la vista.

Moisés.

Él tenía el móvil en una mano y una expresión de cansancio que reconoció enseguida. No el cansancio de sueño. El otro.

El de demasiadas horas pensando.

Hubo un segundo raro.

No incómodo.

Solo inesperado.

—Inspector.

Él sonrió apenas.

—Empiezo a pensar que Madrid es bastante más pequeña de lo que decía la gente.

Inés miró hacia la pizzería.

—O que todos tenemos poca imaginación para elegir sitio.

Moisés siguió la mirada.

—La especial de la casa.

Ella parpadeó.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque es la única pizza que pide todo el mundo cuando viene por primera vez.

—Yo vengo a menudo.

—Entonces tiene buen criterio.

Eso la hizo sonreír.

Silencio.

La calle seguía moviéndose alrededor.

Un coche pasó despacio. Alguien salió del restaurante riéndose.

La puerta volvió a cerrarse.

Moisés miró el móvil un momento.

—Debería irme.

—Yo también.

Ninguno se movió inmediatamente.

Solo un segundo.

Pequeño.

Él hizo un gesto con la cabeza.

—Buenas noches, Inés.

Era raro oír su nombre así.

Todavía.

—Buenas noches.

Él se alejó primero.

Inés lo observó unos segundos antes de volver a mirar la pantalla del móvil.

No había pasado nada.

Literalmente nada.

Y aun así tenía la sensación incómoda de que algo había cambiado un poco.

Muy poco.

Lo suficiente.

Capítulo 11 — Un viernes cualquiera

Era viernes y los viernes solo trabajaba hasta las dos.

El plan era no pensar. Que pasaran las horas, entregar el informe final para la empresa de Toledo, y desaparecer hasta el lunes. Esa era la versión optimista.

La versión realista incluía averiguar si Sandra sabía algo ya de la tarjeta, mirar si ella misma podía averiguar algo de la tarjeta, ensayar frente al espejo cómo contarle a alguien lo que le estaba pasando sin que pensarán que necesitaba ayuda profesional de otro tipo. Lo típico de un viernes cualquiera.

Así fue el tercer día consecutivo que llegó pronto al trabajo.

Víctor la vio entrar y se quedó mirándola con una expresión de preocupación exagerada que no era del todo exagerada.

—¿Estás bien? —dijo—. ¿Tienes fiebre otra vez?

—No tenía fiebre la primera vez.

—Llevas tres días llegando antes que yo. Eso no es normal. Eso es síntoma de algo.

—Es síntoma de que soy una profesional.

—Eres una profesional que normalmente llega con nueve minutos de retraso. —Pausa—. ¿Seguro que estás bien?

—Siéntate y trabaja, Víctor.

Él se sentó. Pero siguió mirándola de reojo con esa mezcla de humor y algo que quizás era preocupación real, aunque ninguno de los dos iba a nombrarlo.

La reunión fue a primera hora. El director de operaciones de Toledo, Rodrigo, con su acento castellano cerrado y su costumbre de responder preguntas con preguntas, escuchó el informe final con más atención de lo que Inés esperaba y al terminar dijo que era exactamente lo que necesitaban. Sin más. Sin rodeos.

Era agradable saber que seguía siendo la mejor aunque todo lo demás estuviera patas arriba.

Al salir fue a la sala de descanso a por su café.

Y notó dos cosas al entrar.

La primera: el microondas, después de tres meses, por primera vez no olía a curry.

La segunda: Sonia estaba sentada frente a un café mirando por el ventanuco que daba al patio interior, con esa postura de quien está mirando sin ver nada en particular.

No se conocían mucho. Existían en la misma planta, se cruzaban, se saludaban. No eran más que eso. Pero Inés se acordó de la sala de reuniones, de la voz de Sonia hablando de Alex con esa mezcla de preocupación y algo que no había sabido identificar, y no pudo evitar sentir algo parecido a la lástima.

La policía había hablado con ella varias veces. Tenía que ser duro pasar por eso. Por la desaparición de alguien cercano.

¿Eran amigos? ¿Eran algo más?

Inés no lo sabía y no sabía si debía preguntar.

Se sirvió el café y se sentó al otro lado de la mesa.

Sonia no la miró de inmediato. Siguió con los ojos en el ventanuco durante un momento más, y luego giró la cabeza despacio, como si volver al presente requiriera cierto esfuerzo.

—¿Cómo estás? —dijo Inés.

Sonia la miró. Una mirada larga, del tipo que evalúa antes de responder.

Luego asintió con la cabeza.

Un gesto pequeño. Sin palabras. Pero con algo dentro que Inés no supo leer del todo, no exactamente preocupación, no exactamente tristeza, algo más complicado que las dos cosas juntas.

Se quedaron en silencio un momento. No incómodo. Solo compartido.

Inés se terminó el café y volvió a su mesa sin haber dicho nada más. Algunas conversaciones no necesitan más que eso.

Sandra apareció junto a su mesa a la una menos cuarto.

—¿Comemos?

Inés lo interpretó correctamente como que tenía información. Sandra no proponía comer por hambre, proponía comer cuando tenía algo que decir en un sitio donde nadie pudiera oírla.

Bajaron a la cafetería.

Pablo las vio entrar y ya estaba girándose hacia la máquina. Inés pensó, no por primera vez, que ese hombre tenía un don también,

aunque el suyo era bastante más útil en el día a día.

Cuando se sentaron Sandra sacó la tarjeta del bolsillo y la dejó sobre la mesa.

—No he sacado gran cosa —dijo—. La persona que me ayudó solo pudo determinar una cosa con lo que tiene.

—¿Qué cosa?

—Es una llave maestra. No da acceso a una sola puerta o a una sola zona. Da acceso a todo.

Inés miró la tarjeta.

—¿A toda la planta siete?

—Presumiblemente. —Sandra la miró—. Lo cual es mucho acceso para una tarjeta que alguien dejó olvidada en un mostrador.

—No la olvidaron.

—Ya. —Pausa—. ¿Y ahora qué?

Inés no respondió de inmediato porque estaba mirando la tarjeta con esa mezcla ya conocida de querer y no querer tocarla. Notaba el tirón incluso desde la distancia, o quizás era solo que su cuerpo ya había aprendido a anticiparlo.

Alargó la mano.

El tirón llegó en cuanto los dedos rozaron el plástico. Lo soltó inmediatamente, antes de que llegara ninguna imagen.

Sandra seguía hablando. No había notado nada.

Inés la miró hablar durante un momento sin escuchar del todo lo que decía. Miraba la tarjeta. Tenía ganas de tocarla, pero no ahí. Necesitaba tiempo. Tranquilidad. Quería abandonarse a la visión, saber hasta dónde podía llegar si lo intentaba de verdad.

La cogió rápidamente y la metió en el bolso casi sin tocarla. La mano le hormigueó igual. Era como si la tarjeta tuviera prisa por enseñarle algo.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Sandra.

Pablo llegó con los cafés. La taza blanca con la línea azul, igual que siempre. Inés la miró con algo que ya no era exactamente aprensión sino algo más cercano al reconocimiento. Empezaba a tenerle aprecio a esas tazas. Quizás le pediría a Pablo una de regalo para casa.

Se rio de su propio pensamiento.

—¿Qué? —dijo Sandra.

—Nada. —Cogió la taza—. Me voy a casa.

Y eso hizo.

Llegó a casa a las dos y media.

Dejó el bolso encima de la mesa del salón y lo vació con cuidado, poniendo cada cosa en su sitio, consciente de dónde estaba la tarjeta en todo momento para no rozarla sin querer. Apareció casi escondida dentro de un paquete de toallitas a medio cerrar.

Miró el bolso vaciado.

Quizás debería ordenarlo más. Cuidar esos detalles igual que cuidaba los procesos de sus clientes. Igual que optimizaba los flujos de trabajo de empresas que no funcionaban bien. Igual que llegaba antes que nadie a las reuniones y entregaba los informes antes de la fecha límite.

Mientras su bolso era un ecosistema de caos autónomo.

En fin.

Cogió la tarjeta.

El tirón llegó de inmediato, familiar ya, casi reconocible, como el primer sorbo de un café al que te has acostumbrado. Pero esta vez Inés no se dejó llevar sin más. Esta vez lo esperaba. Parpadeó. Respiró hondo. Y cogió la tarjeta con más fuerza, de forma deliberada, sin rozarla de lado sino sujetándola, buscando algo en lugar de simplemente recibirlo.

La imagen llegó más lenta. Más controlada.

La cicatriz en el nudillo del índice. La mano de Alex.

Esta vez Inés no se sorprendió. Observó.

Alex estaba sentado frente a un ordenador. La tarjeta estaba sobre la mesa junto a él. En la pantalla había una barra de progreso, lenta, copiando algo a un USB que sobresalía del lateral. En la esquina superior de la pantalla, antes de que la imagen se moviera, Inés creyó leer dos palabras.

Proyecto Huella.

Alex miraba la puerta. Luego la pantalla. Luego la puerta otra vez, con esa tensión de quien sabe que el tiempo se acaba y no puede hacer nada para que vaya más rápido. El móvil que estaba junto a la tarjeta vibró. Él lo miró. Un mensaje. Inés no pudo leer el texto completo pero vio suficiente para entender que alguien le avisaba de que en cinco minutos no estaría solo.

La barra de progreso seguía avanzando despacio.

Alex miraba la puerta.

Y entonces alguien entró.

Inés intentó ver quién era, girar con él, seguir la imagen hacia la puerta, pero en ese momento todo desapareció.

La mesa. El salón. La tarjeta en su mano.

Respiró.

Volvió a concentrarse. Cogió la tarjeta otra vez. El tirón llegó. La imagen llegó.

Alex mirándose hacia la puerta.

Siempre la misma fracción de segundo. Siempre antes de que apareciera la cara.

Lo intentó cuatro veces más. Siempre el mismo resultado. La misma escena hasta el mismo punto y luego nada.

Dejó la tarjeta en la mesa.

¿Cada objeto tenía un número limitado de cosas que mostrar? ¿O era ella la que todavía no sabía cómo buscar más allá de lo que el objeto quería dar?

Miró la mesa.

Junto a la tarjeta de Innova estaba la otra. La blanca. La de Moisés Vera, inspector, con un número de teléfono y sin nada más.

Lo que ella había visto, ¿le ayudaría a él? El USB copiando. Las palabras en la pantalla. El mensaje de aviso. Alguien que entraba justo cuando Alex estaba haciendo algo que no debería.

¿Podría contárselo?

¿Y qué le iba a decir exactamente?

Cogió el móvil. Abrió los contactos. Memorizó el número de la tarjeta y lo guardó antes de dejarla sobre la mesa.

Luego miró la tarjeta de Innova.

Una llave maestra de la planta siete. Y eran casi las nueve de la noche de un viernes. A esta hora no había casi nadie en el edificio.

Cogió el bolso.

Necesitaría una excusa por si alguien la veía.

Inés se animó mentalmente y dejó de pensar. Si lo pensaba mucho no iría. Y ella iba a hacerlo. Quería saber.

Capítulo 12 — La llave maestra

Las 21:15 no era demasiado tarde, se dijo Inés mientras caminaba hacia el edificio.

Podía haber olvidado algo en la oficina. Trabajaba ahí. No pasaba nada por estar ahí a esas horas. Aunque nunca estuviera ahí a esas horas. Pero eso no era relevante. No era para nada sospechoso.

Antes de entrar se fijó en la cafetería.

Estaba cerrando. Tenía sentido, era una cafetería pegada a un edificio de oficinas, su misión era atender a la gente del edificio de al lado y la verdad es que la cumplía muy bien. Dentro un chico limpiaba las mesas con esa energía de final de turno de quien solo piensa en llegar a casa. Inés pensó que se lo había ganado.

Entró al edificio.

El chico de seguridad de la entrada la saludó con un gesto y ella correspondió con naturalidad, con esa actitud de quien está exactamente donde tiene que estar, que era la actitud que había decidido llevar puesta toda la noche.

Ana no estaba a esas horas, claro. Solo quedaba el personal de seguridad, esos chicos que siempre estaban por ahí y en los que Inés raramente reparaba más allá de un saludo. Mientras se dirigía hacia los ascensores miró de reojo hacia la pequeña oficina que había dentro de recepción.

Dos hombres de espaldas mirando unos monitores.

Cámaras.

El pánico llegó frío y concreto.

Había cámaras en el edificio. ¿Cómo no había caído en eso? Aunque según tenía entendido solo había en la entrada, no en las plantas. Pero ¿y si no era así? ¿Por qué no lo había pensado antes? ¿Qué podía hacer ahora?

No se paró.

Pararse habría sido peor.

Siguió caminando hacia el ascensor con la misma naturalidad de antes, que ahora requería bastante más esfuerzo, y mientras esperaba tuvo una pequeña conversación interna que fue más o menos así: darse la vuelta e irse a casa sin más no era una opción llegados hasta aquí. Sería rápido. Entraba, miraba, comprobaba si la tarjeta funcionaba y se iba. No iba a entrar más allá de la primera puerta. Igual la tarjeta no era de ahí. Igual la habían olvidado y era de otro sitio. Igual no se estaba volviendo loca y veía imágenes en las cosas.

Se metió en el ascensor.

Tragó saliva.

Cerró los ojos y tocó el botón de la planta siete.

Esta vez no vio nada. Un simple botón frío y redondo. Lo de siempre.

Cuando se abrieron las puertas salió despacio y miró en todas direcciones buscando cámaras. No vio ninguna. Lo cual no significaba que no las hubiera, pero decidió creer que era exactamente lo que significaba. Si no lo veía no existía. Como cuando te autoengañas cuando tu novio llega tarde oliendo a perfume ajeno y con una excusa nueva cada vez.

La recepción estaba en orden. La silla en su sitio. Nada sobre el mostrador. El cartel con el nombre de la empresa y la frase de acceso restringido en letras pequeñas, anodino y silencioso.

Inés metió la mano en el bolsillo.

Vamos a ver si es verdad y me abres todas las puertas.

Se acercó al pasillo. Vio el lector junto a la puerta. Respiró hondo y pasó la tarjeta.

Un segundo.

La luz pasó de roja a verde con un pitido casi imperceptible.

Empujó la puerta con cuidado.

Nada más entrar había un despacho grande, bien iluminado, con el rótulo de Luis Boros en la puerta. El manda más de la empresa, supuso. La verdad es que no recordaba haber oído nunca ese nombre y mucho menos haberse cruzado con él.

Siguió adelante.

Al fondo había otra puerta. La empujó. No se abrió.

Inés, no seas tonta. Para algo está el lector.

Pasó la tarjeta. La luz verde. El pitido.

Entró.

Era un laboratorio.

Nunca había estado en uno así, así que tampoco sabía muy bien qué esperar. Había unas neveras pequeñas zumbando suavemente, varios ordenadores apagados, aparatos que no habría sabido nombrar, probetas y tubitos que solo había visto en películas. Supuso que todo eso era normal en un laboratorio. Estuvo fisgando por ahí sin saber muy bien qué estaba buscando, mirando sin tocar, con esa mezcla de curiosidad y la certeza de que no debería estar ahí.

Cuando se cansó pasó al siguiente despacho.

Este no tenía lector. La puerta estaba entreabierta.

Entró.

Y se paró.

Olía a café.

Y encima del escritorio había una taza blanca con una línea azul en el borde, a medio beber, con el café todavía reciente.

El corazón se le encogió.

No había visto a nadie. Pero alguien estaba ahí. O acababa de estar. O estaba a punto de volver.

Se giró para marcharse.

Y las luces se encendieron de golpe.

Inés se quedó quieta.

En la puerta del despacho, mirándola, estaba Moisés.

Hubo un segundo en el que ninguno de los dos dijo nada.

Luego él habló.

—Me pareció verla subir —dijo—. Pero pensaba que iría a su planta.

Pausa.

—¿Qué hace aquí, Inés?

Ella sonrió. Una sonrisa tímida, de las que aparecen cuando no hay ninguna otra opción razonable.

—¿Si te digo que me he perdido me creerías?

Moisés levantó una ceja. Y esperó.

Inés consideró sus opciones durante aproximadamente dos segundos. Luego optó por la verdad. Media verdad. O por lo menos no una mentira entera.

—Sentía curiosidad —dijo—. Y ya está.

Lo miró fijamente.

Él asintió despacio.

—Sigues diciendo que no conocías a Alex.

—No lo conocía.

Y era verdad. A fin de cuentas eso era verdad.

—Entonces ¿de qué sentías curiosidad?

—Nadie sabe muy bien a qué se dedica esta empresa. Con todo lo que se comentaba en la oficina me había hecho ideas muy raras sobre ellos y... —Hizo un gesto vago hacia el laboratorio—. Bueno. Aquí estoy.

Pausa.

—¿Me vas a detener?

—No —dijo Moisés—. Pero vamos a tener una conversación fuera de aquí.

Y entonces todo se apagó.

De golpe. Todo. Las luces del despacho, las del pasillo, la pequeña luz verde del lector de la puerta. Oscuridad completa.

Y en el silencio que siguió, el sonido inconfundible del ascensor parando en esa planta.

Moisés se movió sin pensarlo. Un paso adelante, instintivo, interponiéndose entre Inés y la puerta, acorralándola contra el escritorio en la oscuridad. Ella tuvo que apoyarse en la superficie para no perder el equilibrio.

Y la mano encontró la taza.

La maldita taza blanca con la línea azul.

El mundo se superpuso.

El hombre del traje oscuro. En este mismo despacho, con la luz encendida, dejando la taza sobre el escritorio con una precisión cuidada. Luego se agachaba. Abría el primer cajón del escritorio y metía los dedos en el fondo, buscando algo que Inés no había visto antes. Un panel, una rendija, algo que cedía con un clic apenas audible. Un falso fondo. Metía una carpeta dentro con cuidado y luego dejaba caer de malas maneras unos bolígrafos y material de oficina encima, como quien desordena a propósito para que parezca un cajón normal. Sacaba el móvil. Decía a alguien, en voz baja, que estaba listo.

Y luego se giraba hacia el pasillo.

Y la veía.

A ella. A Inés. Sola, asomándose desde la puerta del laboratorio, mirando hacia ese despacho exactamente como lo había hecho hacía cinco minutos.

Volvió a la realidad con el corazón disparado y la mano todavía sobre la taza.

La oscuridad. El calor de Moisés cerca, muy cerca. El silencio tras el ascensor que ya no se movía.

Eso acababa de ocurrir hacía minutos. El hombre del traje había estado en ese despacho mientras ella fisgaba por el laboratorio. La había visto. Sabía que estaba ahí.

Y si no hubiera aparecido Moisés, ¿qué habría pasado cuando se girara y lo encontrara delante?

Pero por otro lado.

¿Qué hacía Moisés ahí?

Y si la carpeta estaba en el falso fondo del cajón, significaba que seguía ahí. Que nadie la había recogido todavía.

Inés retiró la mano de la taza despacio, en la oscuridad, sin hacer ruido.

Y miró hacia donde sabía que estaba el escritorio.

Capítulo 13 — La carpeta

Las luces de emergencia se encendieron con ese tono anaranjado y tenue que tienen las luces de emergencia, suficiente para ver las siluetas pero no los detalles.

Moisés ya se estaba moviendo.

—Espera aquí —dijo.

Y salió hacia el pasillo con una mano en la chaqueta, donde Inés supuso que llevaba algo que ella prefería no visualizar demasiado.

Se quedó sola en el despacho.

Durante aproximadamente dos segundos.

Luego rodeó el escritorio, abrió el primer cajón y metió la mano hasta el fondo. Bolígrafos. Clips. Un bloc de notas. El desorden de quien ha tirado cosas encima a propósito. Los dedos buscaron más allá, hasta el borde de algo que cedía. Un panel. Una rendija.

El clic.

Sacó la carpeta.

—¿Cómo sabías que estaba ahí?

Inés se giró.

Moisés estaba en la puerta del despacho mirándola como quien ha visto muchas cosas en su vida pero reconoce cuando está viendo algo nuevo.

Ella sostuvo la carpeta contra el pecho.

—Si te digo que lo he visto —dijo—, ¿con eso es suficiente de momento?

Una pausa.

Moisés la miró un segundo más. Luego asintió, no como quien acepta una respuesta sino como quien decide que hay preguntas que pueden esperar.

—Por ahora —dijo.

Y entonces llegó el ruido.

Sordo. Difícil de identificar. Algo al fondo del pasillo, detrás de la puerta del laboratorio.

Moisés sacó el arma.

—Quédate aquí —dijo, y esta vez lo dijo de una forma que no era una sugerencia.

Desapareció por el pasillo.

Inés se quedó quieta en el despacho en penumbra con la carpeta en las manos y el corazón a ciento cuarenta, escuchando. Pasos. Una puerta. Silencio. Más silencio. Luego la voz de Moisés, baja pero clara, hablando con alguien. No con ella.

Con un teléfono.

—Reyes. Planta siete. Sube.

Tardó tres minutos en volver. A Inés le parecieron quince.

—Nada —dijo cuando entró—. Pero salgamos de aquí.

Abajo, en la pequeña oficina de seguridad de recepción, Reyes estaba frente a los monitores cuando bajaron. Inés lo reconoció de inmediato, era uno de los dos hombres de espaldas que había visto al entrar, los que miraban las cámaras y que le habían dado el pánico. Así que eso era lo que hacían Moisés y Reyes en el edificio a esas horas. Mirando cámaras. Investigando.

Lo cual explicaba muchas cosas y generaba preguntas nuevas al mismo tiempo.

Reyes ya estaba avisando a central cuando llegaron, con esa eficiencia de quien tiene un protocolo y lo sigue, mientras Moisés se colocaba frente a los monitores y revisaba las grabaciones de los últimos veinte minutos.

Inés. Entrando a las 21:18, saludando al guardia, dirigiéndose a los ascensores. Todo perfectamente visible.

Tragó saliva.

Luego apareció él.

Un hombre con traje oscuro, saliendo por la puerta lateral del edificio a las 21:31. La cámara lo cogía de espaldas, en el ángulo menos útil posible. Nadie en la sala había reparado en él mientras salía.

—¿Lo conoces? —dijo Moisés.

Inés estudió la silueta. La postura. La forma de moverse.

Había algo familiar. Pero también algo que no cuadraba del todo. El hombre del traje de sus visiones tenía unos cincuenta años. Este parecía más joven. ¿O era el ángulo? ¿O era ella, que llevaba días viendo al mismo hombre en todas partes?

—No —dijo.

Y luego, porque era Moisés y porque la pregunta merecía una respuesta más honesta:

—No estoy segura. Podría ser más joven que el que... que alguien que he visto antes. No se le ve la cara.

Moisés asintió sin pedir más explicación.

—Vamos a comisaría —dijo.

El coche olía a café frío y a algo que Inés decidió no investigar más. Moisés conducía con una concentración que no necesitaba gestos, y durante los primeros minutos ninguno de los dos habló.

Inés miraba por la ventana con la carpeta en el regazo y la cabeza haciendo cuatro cosas a la vez. Pensaba en el cajón. En el falso fondo. En el hombre de la pantalla. Pensaba en qué iba a decir cuando llegaran a comisaría. Pensaba en cómo no parecer completamente loca mientras lo hacía.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —dijo Moisés.

—¿El qué?

—Meterte donde no te llaman.

Inés lo miró de reojo.

—Es una habilidad que he ido desarrollando con los años.

Él no sonrió exactamente, pero algo cambió levemente en su expresión.

—¿Cuántos años?

—Los suficientes.

—¿Treinta y ocho?

—Treinta y ocho —confirmó Inés—. Y oye, ¿podemos tutearnos? Me hace sentir vieja eso del usted.

Moisés la miró un segundo.

—No pareces vieja.

Lo dijo de forma completamente neutral. Como un dato. Sin inflexión, sin intención aparente.

Inés lo miró.

Él tenía los ojos en la carretera.

Ella decidió que ese comentario era información que procesaría más tarde, cuando tuviera menos cosas en la cabeza, que era probablemente nunca.

Lo observó de reojo durante un momento sin que él se diera cuenta, o eso esperaba. La línea de la mandíbula. La forma en que

sostenía el volante con esa calma que tenía para todo. Había algo en él que iba más allá de lo evidente, una presencia, la sensación de que cuando Moisés Vera estaba en una habitación la habitación lo sabía sin necesitar que nadie se lo dijera.

Volvió a mirar por la ventana.

Eso también era información para más tarde.

La comisaría a esas horas tenía esa energía particular de los sitios que nunca duermen del todo. Moisés la llevó a una sala pequeña, le trajo un café que era considerablemente peor que el de Pablo pero que agradeció igual, y dejó la carpeta sobre la mesa entre los dos.

—Cuéntame qué pasó —dijo.

E Inés contó. Lo que podía contar. La curiosidad sobre Innova, la tarjeta que había encontrado en el mostrador días atrás, la decisión de volver esa noche a comprobar si funcionaba.

Moisés escuchaba sin interrumpir, sin anotar, con una atención que hacía que cada palabra quedara registrada en algún sitio aunque no hubiera papel de por medio.

—Ábrela —dijo cuando ella terminó, señalando la carpeta.

Las primeras páginas eran el proyecto oficial. El lenguaje limpio y razonable de siempre. Luego venía otra cosa.

Resultados de pruebas. Tablas. Una terminología que mezclaba lo neurológico con algo que sonaba más a genética.

—El fármaco no crea nada nuevo —dijo Moisés, señalando un párrafo—. Potencia algo que ya existe.

Inés leyó en voz baja.

—Resultados preliminares sugieren que el compuesto actúa como amplificador de capacidades latentes de base genética. No genera habilidades inexistentes. Identifica y potencia patrones ya presentes en el sujeto.

—Habilidades que ya están —dijo.

—De forma genética —confirmó Moisés.

Siguieron pasando páginas.

Y entonces encontraron las que faltaban. Páginas arrancadas, con el borde dentado todavía visible. La segunda capa, lo que explicaba para qué servía todo en realidad, estaba incompleta.

Al final de lo que quedaba había una lista.

Nombres. Doce en total, con fechas y referencias numéricas.

Inés los recorrió con la vista.

El séptimo nombre.

Amaya Ruiz. Ref. 0047-B.

El mundo se redujo durante un segundo a ese nombre en esa página.

Amaya. Con sus cristales y sus sueños que avisaban. Amaya que había soñado con luz alrededor de las manos de Inés la noche antes de que todo empezara. Amaya que notaba las cosas antes de que nadie se las dijera.

Amaya que también tenía ese toque.

Inés no dijo nada. No pudo.

Moisés levantó la vista y la miró. No preguntó qué había visto. Simplemente desplazó la carpeta ligeramente hacia ella y dejó que el silencio hiciera lo que el silencio sabe hacer cuando alguien necesita un momento.

La puerta se abrió.

Un compañero asomó la cabeza.

—Las imágenes del portátil. Iván dice que hay ángulo nuevo, más nítido. Y Boros está aquí, lo hemos llamado por lo de esta noche.

Moisés se levantó.

—Las imágenes en cinco minutos. Primero Boros.

Salió.

Inés se quedó sola con la carpeta y el nombre de Amaya mirándola desde la página.

Moisés entró y salió de la sala varias veces durante la siguiente hora.

La primera, para decirle que Boros estaba siendo atendido y que en un momento verían las imágenes. La miró un segundo antes de salir, con esa mirada que registraba sin preguntar.

La segunda, para decirle que Boros negaba que hubiera pasado nada, que según él todo estaba en orden cuando llegaron sus empleados, que no entendía a qué venía tanto revuelo. Otro segundo de mirada antes de salir.

La tercera, para decirle que Reyes había subido a la planta siete y que no había encontrado nada fuera de sitio. Sin taza. Sin nada. Como si nadie hubiera estado ahí.

Inés pensó en el café a medio beber. En el olor cuando entró. En la certeza de que alguien había estado ahí hacía minutos.

Alguien había recogido la taza antes de que llegara nadie.

La cuarta vez que Moisés entró no dijo nada de inmediato.

La miró.

Inés tenía las manos sobre la mesa y miraba la carpeta sin verla. No sabía exactamente qué cara tenía en ese momento pero sí sabía que llevaba un rato sin poder controlarla del todo, que el nombre de Amaya en esa lista seguía ocupando demasiado espacio en su cabeza, que la adrenalina de las últimas horas empezaba a dejar paso a algo más pesado.

—Te llevo a casa —dijo Moisés.

El coche de vuelta olía igual que antes.

—Amaya es amiga tuya —dijo Moisés.

—Desde la universidad.

—¿Sabe algo de todo esto?

—No. —Pausa—. Todavía no.

—No la llames esta noche.

—¿Por qué?

—Porque necesito saber más de esa lista antes de que nadie haga nada con esa información. —Pausa—. Y porque son las doce de la noche de un viernes y si la llamas ahora va a asustarse antes de que haya nada concreto que contarle.

Inés miró por la ventana.

Tenía razón. Las dos cosas.

—¿Crees que está en peligro?

—Creo que hay cosas que no sabemos todavía —dijo—. Y que es mejor saberlas antes de actuar.

No era tranquilizador. Pero era honesto.

Silencio durante un par de minutos. Solo el ruido del coche y las luces de la ciudad pasando.

—Moisés.

—Dime.

Inés miró sus manos en el regazo.

—Llevo unos días... —Empezó y paró. Lo intentó de otra forma—. No sé si es estrés. No sé si me estoy volviendo loca. Probablemente las dos cosas. Pero sé cosas que no debería saber. Y cuando las compruebo resulta que son verdad. —Pausa—. Y no sé qué hacer con eso. Pero necesito ayudar. Y necesito respuestas. Y no sé cómo pedir ninguna de las dos cosas sin parecer que necesito otro tipo de ayuda.

Moisés no respondió de inmediato.

El coche siguió moviéndose.

—¿Y si no necesitas explicarlo todavía? —dijo—. ¿Y si por ahora es suficiente con que yo sepa que ves cosas?

Inés lo miró.

—¿Me crees?

Una pausa pequeña.

—Creo que sabías que la carpeta estaba en ese cajón —dijo—. Y que eso no tiene una explicación que yo sepa dar todavía. —Pausa—. Así que sí.

Inés asintió despacio.

El coche paró frente a su edificio.

Ella no se movió de inmediato. Miraba la fachada con esa sensación de que el piso de arriba era el mismo de siempre y sin embargo algo había cambiado en las últimas horas de una forma que todavía no sabía cómo medir.

Abrió la puerta.

—Buenas noches, Moisés.

—Buenas noches.

Se bajó. Cerró la puerta. Caminó hacia el portal sin girarse.

Y cuando llegó al ascensor y las puertas se cerraron se dio cuenta de que llevaba la tarjeta de Moisés en la mano sin recordar haberla sacado del bolsillo.

La miró.

Moisés Vera. Inspector.

No estaba en ninguna lista.

Pero estaba en su cabeza de una forma que empezaba a ser difícil de ignorar.

Capítulo 14 — Tortitas en Tía Mel

Inés no durmió.

No fue una decisión, fue el resultado inevitable de tener la mente haciendo inventario a las tres de la mañana, a las cuatro, a las cinco, pasando por los mismos puntos una y otra vez como quien da vueltas a una habitación esperando encontrar una puerta que no estaba antes.

La carpeta. La lista. Los doce nombres.

Y el séptimo.

Había hecho la foto en uno de los momentos en que Moisés había salido de la sala, con el móvil rápido y sin flash, y desde entonces había vuelto a ella más veces de las que podía contar. Se paraba en cada nombre. Intentaba leerlos como datos y no como personas. Intentaba recordar si alguno le resultaba familiar más allá de Amaya.

Siempre acababa volviendo al séptimo.

Amaya Ruiz. Ref. 0047-B.

Podría ser otra Amaya Ruiz. Era un nombre razonablemente común. No era descabellado pensar que en una lista de doce personas hubiera una Amaya Ruiz que no fuera su Amaya Ruiz. Las probabilidades no eran cero.

No se lo creía. Pero rezaba para que fuera así.

A las ocho de la mañana cogió el móvil.

—¿Te he despertado?

—Estaba haciendo yoga —dijo Amaya al otro lado, con esa voz que sonaba igual a las ocho de la mañana que a las ocho de la tarde, como si el cansancio fuera un concepto que no le aplicaba del todo.

—¿Te apetecen unas tortitas en Tía Mel?

Pausa de medio segundo.

—Nunca he rechazado unas tortitas —dijo Amaya—. ¿A las nueve y media?

—A las nueve y media.

Inés colgó, se duchó y se arregló con más cuidado del que un sábado por la mañana de tortitas requería estrictamente. Se dio cuenta a mitad de proceso y decidió que no era el momento de analizar eso.

Llegó antes que Amaya.

Definitivamente la semana más rara de su vida, y no por las visiones. Era que estaba llegando pronto a todas partes. Tres veces al trabajo. Antes que Sandra a la cafetería. Y ahora a Tía Mel con diez minutos de antelación un sábado. Eso era un indicador claro de que algo raro estaba pasando en su vida, más claro incluso que ver imágenes al tocar objetos.

Amaya llegó nueve minutos después con el pelo suelto y la energía de quien ha hecho yoga y ha ganado algo con ello que el resto de los mortales no tiene antes del café.

La vio sentada y sonrió.

—Madre mía —dijo—. Los treinta y ocho te han hecho puntual.

Se rio. Se dieron un abrazo largo. Se sentaron.

Pidieron las tortitas, las de siempre, con arándanos y sirope de arce, y durante los primeros minutos hablaron de cosas que no eran lo que Inés había ido a hablar. La exposición que Amaya quería ver. Un podcast que había empezado. El tiempo, que ese fin de semana por fin parecía de abril de verdad.

Inés escuchaba y participaba y esperaba el momento adecuado que no terminaba de llegar porque no había momento adecuado para lo que quería decir.

Pero entonces Amaya mencionó la semana.

Y claro, esa semana había sido rara. Y en el edificio estaban pasando cosas raras. Y el tema se abrió solo ante ella como esas puertas que no buscas y que aparecen de todas formas.

Hablaron de la policía. De Alex Duarte, del que Amaya solo sabía lo que circulaba por los pasillos. Y entonces Amaya dijo, con su naturalidad para soltar las cosas importantes entre las normales:

—Ese inspector tan guapo que ha estado rondando por la planta esta semana. ¿Sabes algo de él?

Inés sonrió.

—Moisés —dijo.

Amaya levantó una ceja.

—Moisés. ¿Y tú cómo sabes su nombre?

Inés se encogió de hombros con una ambigüedad que esperaba que fuera suficiente.

Amaya la miró un segundo más con la atención de siempre, que no necesitaba preguntas, luego sonrió y siguió.

Hablaron de Innova. De lo opaca que era la empresa, de los cristales demasiado oscuros, del cartel de acceso restringido. Y entonces Inés dijo, con cuidado, tanteando el terreno:

—¿Tú sabes algo de lo que hacen ahí arriba? ¿De sus estudios?

Amaya frunció levemente el ceño.

—¿Estudios?

—Médicos. Parece que hacen algo relacionado con la memoria, con investigación cognitiva.

—Ah. —Amaya cogió su taza—. La verdad es que no. Aunque... — Pausa—. En la universidad participé en algo parecido. Un estudio, no sé de qué empresa era. Me pagaron cien euros. —Se rio—. No recuerdo muy bien para qué era.

Inés dejó de respirar durante un segundo.

—¿Cuándo fue eso?

—No sé. Segundo o tercero de carrera. —Amaya pinchó un trozo de tortita—. Te pedí que vinieras, ¿no te acuerdas? Pero no quisiste.

Y entonces Inés sí lo recordó. Vagamente. Un mensaje de Amaya diciéndole algo de un estudio, de que pagaban bien, de que era solo unos cuestionarios. Ella había dicho que no por alguna razón que ahora no recordaba.

—¿Y qué hacían exactamente?

—Cuestionarios, algunas pruebas. Algo sobre la memoria, creo. — Amaya se rio—. Cosa que no debió de funcionar muy bien porque no recuerdo prácticamente nada de aquello.

—Lo raro es que recuerdo haber ido más de una vez.

Inés levantó la vista.

—¿Más de una?

—Creo que sí. No estoy segura. —Amaya se quedó pensativa un momento, con la taza en la mano—. Recuerdo la primera cita. Pero después todo está como borroso. Como si alguien hubiera mezclado varios recuerdos y hubiera tirado la mitad.

Lo dijo sin darle más importancia. Como quien menciona que no recuerda bien una película que vio hace años.

Inés miró su café.

Por debajo de la mesa, sin que Amaya lo viera, sacó el móvil y abrió la foto de la lista.

Las fechas estaban ahí. Junto al nombre de Amaya, junto a la referencia 0047-B.

Coincidían.

Guardó el móvil.

Amaya ya estaba hablando de la exposición y de que el martes era perfecto si Inés no tenía nada. Inés dijo que el martes era perfecto y prometió ir aunque en ese momento no habría sabido decir de qué exposición se trataba.

Se despidieron en la puerta.

Se abrazaron.

Amaya tardó un segundo más de lo normal en soltarla.

—¿Qué? —dijo Inés.

—Nada.

Frunció ligeramente el ceño.

—Tengo una sensación rara.

—¿Qué tipo de sensación?

Amaya frunció el ceño levemente, como quien intenta atrapar algo que se escapa.

—No sé. Como si estuviera olvidando algo. O como si algo fuera a pasar. —Pausa—. No sé cómo explicarlo.

Sonrió.

—Ya sabes cómo soy.

La vio alejarse por la calle con su energía de sábado por la mañana y pensó que había algo cruel en saber cosas de la gente que quieres que ellos no saben de sí mismos.

Decidió caminar para aclarar la cabeza.

No funcionó del todo, pero el aire fresco de abril ayudó lo suficiente como para que cuando llegó al parque al final de la calle supiera lo que iba a hacer antes de sacar el móvil.

Lo llamó sin pensarlo más.

Contestó al tercer tono.

—He hablado con Amaya —dijo Inés, sin preámbulo.

—¿Le has contado algo?

—No. Nada. Solo hablamos de la semana, de Innova, de lo que se comentaba por el edificio. —Pausa—. Y entonces ella sola mencionó un estudio en el que participó en la universidad. Cuestionarios,

pruebas de memoria. Cien euros. Y dice que no recuerda bien cuántas veces fue. Que tiene los recuerdos borrosos.

Silencio al otro lado.

—Las fechas coinciden con la lista —dijo Inés.

—No eres la única persona que ha hablado con alguien de esa lista hoy.

Inés se paró en mitad de la acera.

—¿Has encontrado algo?

—He encontrado algunas coincidencias.

—¿Qué tipo de coincidencias?

—Todos participaron en estudios parecidos en distintos momentos. —Pausa—. Hay más cosas, pero necesito contrastar antes de decirte nada.

Inés procesó esto caminando despacio.

—¿Café? —dijo Moisés.

—¿Ahora?

—Si tienes tiempo.

Tenía tiempo. Tenía todo el sábado y una cabeza que necesitaba a alguien con quien pensar en voz alta.

—Dime dónde.

La cafetería que eligió Moisés no era Origen. Era un sitio más pequeño, más alejado del edificio, de los que tienen tres mesas y una barra y el ruido justo para que una conversación no llegue a los oídos de nadie.

Llegaron casi a la vez.

Pidieron. Se sentaron. Y durante un momento ninguno dijo nada, que con Moisés ya empezaba a resultar cómodo de una forma que Inés no había esperado.

—Ha estado en esa lista desde el principio —dijo Inés—. Y ella no lo sabe.

—No lo sabe —confirmó Moisés.

—¿Está en peligro?

—No lo creo. Todavía. —Pausa—. Pero necesito hablar con ella.

Oficialmente.

Inés miró su café.

—Ella va a asustarse.

—Sí.

—¿Y no hay forma de...?

—No —dijo Moisés, con esa calma que no era frialdad sino precisión—. Necesito saber lo que recuerda de ese estudio. Lo que le hicieron. Si ha notado algo diferente desde entonces.

Inés pensó en Amaya y sus cristales y sus sueños y su chakra del corazón y la forma en que siempre sabía las cosas antes de que nadie se las dijera.

—Ella siempre ha sido así —dijo—. Desde que la conozco. Esa percepción que tiene, esa forma de notar las cosas.

—¿Desde antes del estudio?

Inés lo miró.

No lo sabía. No podía saberlo. Amaya era Amaya desde siempre en su memoria, sin un antes y un después que pudiera identificar.

—No lo sé —dijo.

Moisés asintió. No como quien acepta la respuesta sino como quien la guarda.

Estuvieron un rato más hablando, con esa mezcla de información y silencios que empezaba a ser su forma natural de estar en el mismo sitio. Inés contó más detalles del desayuno. Moisés escuchaba y de vez en cuando decía algo concreto, lo justo para que ella supiera que estaba procesando sin revelar más de lo que quería revelar.

Había algo cómodo en eso. En no tener que explicar demasiado. En que el otro ya tuviera parte del contexto.

El móvil de Inés sonó.

Amaya.

Lo miró. Luego a Moisés. Luego contestó.

—Oye —dijo Amaya, y había algo diferente en su voz, algo más quieto que de costumbre—. Sé que acabo de dejarte hace un rato pero ha pasado una cosa rara.

—¿Qué ha pasado?

—Después de hablar contigo me acordé de aquello de la universidad. Me dio curiosidad. He bajado una caja de apuntes del trastero a ver si había algo. —Pausa—. Y he encontrado una carpeta. Con unos papeles que no recordaba tener.

Inés se quedó muy quieta.

—¿Qué tipo de papeles?

—Consentimientos. Formularios. Resultados de algo, no sé muy bien de qué. No entiendo la mitad. Pero arriba pone algo de un proyecto y hay una referencia que... Inés, la referencia es la misma

que el número que aparecía en una cosa que firmé entonces. Lo tengo porque guardo todo, ya sabes cómo soy.

—Amaya.

—¿Puedes venir?

Inés miró a Moisés.

—Voy ahora —dijo—. No toques nada más.

Colgó.

—Era Amaya.

—Lo he oído.

—Ha encontrado algo. Una carpeta con papeles del estudio.

Consentimientos, resultados, una referencia que coincide.

Moisés ya estaba recogiendo.

Fueron en el coche de Moisés. Inés le fue contando lo que Amaya había dicho por el camino. Cuando llegaron al portal, Moisés se paró.

—Entro yo sola primero —dijo Inés.

Él la miró.

—Cinco minutos —dijo.

Inés subió. Amaya abrió la puerta antes de que llamara, con esa carpeta en la mano. Más delgada que la de Innova pero con el mismo tipo de papeles, el mismo lenguaje a medias técnico a medias médico. Consentimientos firmados. Formularios con fechas. Resultados de pruebas con terminología que Inés no entendía del todo.

Y arriba, en la primera página, en letras pequeñas y sin dramatismo ninguno:

Proyecto Huella. Ref. 0047-B.

Amaya la miraba.

—¿Sabes lo que es esto? —dijo.

Inés miró la carpeta. Luego a Amaya.

—Creo que sí —dijo—. Y creo que hay alguien que necesita verlo.

—Sacó el móvil y escribió un mensaje—. No te asustes. Es de confianza.

Amaya sostuvo la carpeta contra el pecho.

Sonó el timbre.

Por primera vez desde que había llegado, Amaya parecía realmente asustada.

Volvió a sonar el timbre.

Inés se acercó a la puerta.

Miró una vez más a Amaya.

Y abrió.

Capítulo 15 — Ref. 0047-B

Amaya sostuvo la carpeta contra el pecho.

La puerta se abrió.

Moisés estaba en el marco con el abrigo puesto y una postura que ocupaba el espacio sin necesitar más del que le correspondía. Miró a Amaya. Luego a Inés. Luego otra vez a Amaya.

—Amaya —dijo Inés—, este es Moisés Vera. Inspector de la Policía Nacional.

Amaya lo miró.

Luego miró a Inés.

—Es policía —dijo.

—Inspector —dijo Moisés.

—Inspector. —Amaya asintió despacio—. Un inspector de policía está en mi puerta un sábado.

—¿Puedo pasar? —dijo Moisés.

Amaya se apartó sin decir nada más y los tres entraron al salón.

Se sentaron. Amaya en el sofá con la carpeta todavía en el regazo, Inés a su lado, Moisés en la silla de enfrente con la actitud de quien está cómodo en cualquier sitio aunque no lo parezca.

—¿Qué está pasando exactamente? —dijo Amaya.

Inés respiró.

—Alex Duarte, el chico que desapareció del edificio, estaba trabajando en algo relacionado con la empresa de la séptima planta. Hemos encontrado documentos de una investigación. Y en esos documentos apareció una lista con nombres. —Pausa—. Tu nombre estaba en esa lista.

Silencio.

Amaya se quedó muy quieta.

—¿Mi nombre?

—Sí.

—¿En una lista relacionada con la desaparición de alguien?

—En una lista relacionada con una investigación que ese alguien estaba haciendo —dijo Inés, eligiendo las palabras con cuidado—. No sabemos exactamente qué significa todavía. Por eso está aquí Moisés. Necesitamos entender qué tiene que ver esa carpeta que has encontrado con todo lo demás.

Amaya miró la carpeta en su regazo.

Una cosa era tener un recuerdo borroso de un estudio universitario. Otra era que un inspector de policía apareciera en tu casa un sábado por la mañana con esa información.

—Está bien —dijo, con una voz que intentaba ser más tranquila de lo que era—. Está bien. Mírala.

La carpeta tenía más páginas de lo que parecía desde fuera.

Moisés las fue pasando despacio, sin tocar más de lo necesario. Inés miraba desde su lado. Amaya desde el otro, con los brazos cruzados y esa postura de quien está intentando no asustarse más de lo que ya está.

Consentimiento informado. Fechas. Un protocolo de evaluación con terminología que mezclaba lo psicológico con algo más técnico. Resultados de pruebas que no decían claramente qué habían medido ni qué habían encontrado.

Y entonces Moisés paró.

—¿Qué es esto?

Era una hoja diferente. Una evaluación. Preguntas en columnas con casillas de respuesta, del tipo de los formularios que parecen inocuos hasta que te fijas en lo que preguntan.

Amaya se inclinó para leer.

¿Ha experimentado sueños que luego se verifican total o parcialmente?

¿Percibe el estado emocional de otras personas sin información previa?

¿Tiene intuiciones frecuentes sobre eventos futuros que luego resultan correctas?

¿Ha tenido la sensación de saber algo sin poder explicar cómo lo sabe?

Amaya dejó de leer.

Se quedó mirando la hoja durante un momento que se alargó más de lo esperado.

—Esas preguntas.

—¿Las recuerdas? —dijo Moisés.

—No. —Pausa—. Pero las describen. —Levantó la vista—. Describen exactamente lo que me pasa. Lo que siempre me ha pasado.

Inés no dijo nada.

Moisés siguió pasando páginas hasta que se paró en una columna lateral con letra pequeña que no encajaba con el resto del documento.

—Aquí hay otro nombre —dijo—. Ref. 0081-C. Diego Herrera.

Amaya frunció el ceño.

—Diego Herrera. —Lo repitió despacio, como si estuviera buscando algo dentro—. No me suena.

Moisés anotó el nombre sin comentario.

—¿Segura? —dijo Inés.

—Segura. Diego Herrera no... —Y entonces se paró.

Se quedó con la boca ligeramente abierta durante un segundo.

—Ostras —dijo—. Claro. Yago.

—¿Yago? —dijo Moisés.

—Diego nadie le llamaba así. Era Yago. Yago Herrera. Íbamos juntos a Economía. —Amaya se incorporó ligeramente en el sofá—. Nos apuntamos al estudio juntos. Lo vimos en un cartel en la facultad, pagaban cien euros por unos cuestionarios y probar unas pastillas, algo de estudiar la memoria. Yago quería el dinero para un concierto. —Se rio sola—. Por eso no lo había ubicado. Diego. Claro que es él.

Inés lo recordaba vagamente ahora que Amaya lo decía. Un nombre, una cara sin demasiado contexto, alguien de la órbita de Amaya en aquella época.

—¿Mantienes el contacto con él? —dijo Moisés—. ¿Sería fácil localizarlo?

Amaya lo miró. Y luego sonrió de una forma que no era exactamente la situación más apropiada pero que era completamente Amaya.

—Difícil es Yago Erre... —empezó.

Moisés la miró extrañado.

Amaya reaccionó.

—¿El influencer? —dijo Moisés.

Inés abrió la boca.

—¿El influencer de las inversiones basadas en numerología?

Amaya asintió con esa expresión divertida de quien lleva años conviviendo con una información que los demás encuentran absurda.

—Éramos almas gemelas —dijo.

Moisés la miró un momento. Luego miró sus notas. Luego volvió a mirarla.

—Trescientos mil seguidores —dijo, más para sí mismo que para nadie.

—Trescientos veinte —corrigió Amaya—. Ha crecido mucho este año.

Inés se mordió el labio para no sonreír. Había algo en la expresión de Moisés procesando que tenía que ir a hablar con un influencer místico de las finanzas que era difícil de ignorar.

Pero entonces Amaya cambió el semblante.

La diversión desapareció y en su lugar quedó algo más quieto, más serio, del tipo de seriedad que aparece cuando alguien para de bromear porque se da cuenta de que la situación lo requiere.

—¿Qué significa todo esto? —dijo—. En serio. ¿Qué tiene que ver un estudio de hace quince años con que alguien haya desaparecido?

Nadie respondió de inmediato.

—Eso es lo que estamos intentando entender —dijo Moisés.

Amaya los miró a los dos. Luego se levantó.

—Voy a por agua —dijo.

El salón se quedó en silencio.

Inés miró la carpeta abierta sobre la mesa. La cogió y empezó a repasar despacio, pasando el dedo por los encabezados, por las fechas, por los nombres de los apartados, buscando algo que todavía no sabía exactamente qué era.

Y entonces llegó el tirón.

Conocido ya. Casi familiar. Pero esta vez más suave, como si la carpeta tuviera algo que mostrar pero no tuviera prisa en hacerlo.

Cerró los ojos un segundo.

El mundo se superpuso.

Amaya. Más joven, con el pelo recogido de otra forma, en una sala que Inés no reconocía. Hablaba con alguien fuera del campo de visión, con su energía de siempre pero más nerviosa, más contenida. Decía que ya lo había cumplimentado todo. Cerraba una carpeta, se la metía debajo del brazo. Y luego recogía algo de la mesa, un bote

pequeño, de esos de plástico con tapa naranja, con pastillas dentro. Azules. Pequeñas. Del tipo que podría ser cualquier cosa, ibuprofeno, anticonceptivos, algo para la migraña. Lo metía en el bolso sin mirarlo demasiado.

Y luego se iba.

Luego nada.

La carpeta en sus manos. El salón de Amaya.

—¿Estás bien?

La voz de Moisés, cerca. Inés levantó la vista. Él estaba a su lado mirándola con una atención que no era intrusiva pero tampoco era fácil de ignorar.

—Parece como si te hubieras ido —dijo.

Inés asintió despacio.

—Estoy bien —dijo—. Solo... estaba pensando.

Moisés la miró un momento más. No dijo nada más. Pero tampoco apartó la vista de inmediato, y en ese segundo de más había algo que era más pregunta que observación.

Inés dejó la carpeta sobre la mesa.

—Luego te cuento —dijo, en voz baja.

Él asintió.

Y en ese momento volvió Amaya con tres vasos de agua.

Se sentó. Miró la carpeta cerrada sobre la mesa. Luego a Moisés. Luego a Inés.

—¿Y ya está? —preguntó.

Moisés apoyó una mano sobre la tapa.

—No.

—¿Entonces?

—Ahora sabemos que no eras la única —dijo Moisés—. Hay más personas que participaron en estudios parecidos. Más personas que aparecen relacionadas con la investigación de Alex.

—¿Y qué significa eso?

—Todavía no lo sé.

Amaya lo miró durante un momento largo.

—¿Estoy en peligro?

Moisés no respondió de inmediato. Y eso, en sí mismo, era una respuesta.

—De momento lo más importante es que no comentes esto con nadie —dijo—. Y que si recuerdas algo más, cualquier detalle del

estudio, cualquier cosa que te parezca rara aunque no sepas por qué, me lo dices.

Le dejó su tarjeta sobre la mesa.

Amaya la miró. Luego miró a Inés.

Inés le sostuvo la mirada sin decir nada.

Amaya asintió despacio.

Y por primera vez desde que habían llegado, el salón se quedó en un silencio que no era de procesamiento sino de algo más pesado. El tipo de silencio que se instala cuando las preguntas ya están todas encima de la mesa y las respuestas todavía no han llegado.

Capítulo 16 — Mansión

Moisés dejó a Inés con Amaya.

No fue una decisión difícil. Esas dos mujeres tenían un vínculo que iba más allá de la amistad, de esos que se forjan durante años de conocerse y acaban siendo más parecidos a la familia que a cualquier otra cosa. Amaya necesitaba a Inés más que a él en ese momento, y él necesitaba pensar.

Bajó al coche.

Arrancó sin ir a ningún sitio todavía, con las manos en el volante y la cabeza empezando a repasar todo lo que tenía. La lista. La carpeta de Amaya. Las pastillas azules que Inés había visto en aquella visión que no había explicado del todo pero que él había archivado sin presionar. El nombre de Yago Erre en un contexto que nadie habría anticipado.

Cogió el móvil.

Llamó a Gustavo.

—Mansión —dijo.

Silencio de dos segundos.

—Quince minutos —dijo Gustavo.

Moisés colgó y puso rumbo a casa a por la bolsa de deporte.

Mansión era un gimnasio de boxeo en un bajo de Lavapiés que no tenía ningún aspecto de mansión y que llevaba ese nombre desde los años ochenta por razones que nadie recordaba del todo. Moisés llevaba yendo años, desde que Gustavo lo había llevado por primera vez recién incorporado a la policía, con esa forma que tenía de presentar las cosas como si fueran sugerencias cuando en realidad eran instrucciones.

Pasaba dos veces por semana. Más cuando el caso lo requería.

Había descubierto con el tiempo que dejar de pensar era la única forma en que todo empezaba a encajar. El cerebro necesitaba un momento de no hacer nada con la información para organizarla solo, sin que nadie le dijera cómo hacerlo. El boxeo era bueno para eso

porque requería una atención física tan completa que no quedaba espacio para nada más.

Gustavo ya estaba allí cuando llegó, con los guantes puestos y la cara de quien está calentando pero tiene algo que decir.

—¿Novedades? —dijo cuando lo vio.

—Luego —dijo Moisés.

Gustavo asintió y no preguntó más.

Estuvieron más de una hora. Comba primero, luego el saco, luego un combate técnico entre los dos que era más de intercambio de golpes controlados que de rabia, del tipo que necesitas cuando lo que quieres no es descargar sino pensar con el cuerpo mientras la cabeza hace otra cosa.

Cuando salieron de la ducha Moisés ya sabía qué pregunta quería responder a continuación, que era exactamente para qué servía Mansión.

El chino al lado del gimnasio se llamaba Dragón de Oro y tenía esa combinación particular de mesas de plástico y comida buena que hacía que uno no necesitara más. Se sentaron, pidieron, y mientras esperaban Gustavo desplegó sus notas sobre la mesa con su método sistemático y ligeramente excesivo.

—Iván avanza con el USB —dijo—. No ha podido abrirlo todavía pero dice que está cerca.

—¿Cuánto es cerca?

—No lo sabe. Pero cerca.

Moisés comió un momento en silencio.

—La lista —dijo—. He estado revisando los perfiles que hemos reunido. Hay un patrón claro. Todos participaron en estudios parecidos, todos tienen recuerdos borrosos de esa época, todos describen algún tipo de percepción o intuición que atribuyen a su forma de ser.

—¿Y los asteriscos?

—Tres nombres marcados. Amaya Ruiz, Diego Herrera y María Parra. —Pausa—. Creo que Alex los marcó porque fueron los únicos que mostraron algún tipo de resultado al fármaco. Los demás son más de lo mismo, participaron, tomaron las pastillas, no pasó nada especial o nada que ellos recuerden.

Gustavo lo miró.

—¿Y los otros de la lista?

—Que Reyes los investigue por si acaso. Pero creo que no van a dar nada que no tengamos ya.

Siguieron comiendo. Intercambiaron lo que tenían, lo que faltaba, lo que tenía sentido y lo que todavía no. A las once decidieron que ya era demasiado tarde para seguir y se fueron a dormir.

El domingo lo pasó en casa.

Aislado, pero trabajando. Con el portátil y los archivos y su capacidad de estar físicamente quieto mientras la cabeza se movía. Leyó todo lo que tenían sobre el estudio original, sobre Innova, sobre Alex. Buscó conexiones que todavía no veía. Encontró algunas que quizás significaban algo y otras que probablemente no significaban nada pero que anotó de todas formas porque nunca se sabía.

No llamó a nadie.

No pensó en nada que no fuera el caso, o eso se dijo.

El lunes fue de los primeros en llegar.

Se encerró en la sala de la pizarra con el café y los archivos y la lista, que a estas alturas empezaba a tener el aspecto de algo que había sido revisado muchas veces y que guardaba todavía más de lo que mostraba.

Había reunido con Gustavo perfiles de casi todos los nombres. Los cuestionarios de la carpeta de Amaya habían dado una plantilla clara de lo que habían evaluado, los sueños, las percepciones, las intuiciones, y ese patrón se repetía en todos los que habían podido contactar. Todos lo describían como algo que siempre habían tenido, sin un antes y un después claro, sin poder decir si el estudio había cambiado algo o si simplemente habían sido seleccionados precisamente por eso.

Los tres asteriscos seguían siendo la clave.

Amaya, sí. Yago Erre, en proceso pero complicado. Y María Parra, con quien todavía no habían podido hablar.

La localizaron entrada la tarde.

Vivía en Röttingen, un pueblo pequeño en el sur de Alemania, con su marido alemán y una vida que desde fuera parecía completamente ordinaria. Cuando Reyes la llamó accedió a una videollamada sin demasiados problemas, con esa actitud de quien no tiene nada que esconder aunque tampoco entiende del todo por qué la policía española la llama un lunes por la tarde.

Moisés llevó la conversación.

Lo mismo que los demás. Los cuestionarios, las pastillas, el estudio universitario que no recordaba con demasiada claridad. Y luego, casi de pasada, como si fuera una anécdota:

—Siempre he tenido mucha intuición con la gente. Sé quién va a llamar antes de que suene el teléfono. Sé cómo está alguien en cuanto entra en una habitación. Mi marido lleva veinte años diciéndome que doy miedo.

Lo dijo riéndose.

Moisés anotó y agradeció y colgó.

Se quedó mirando la pizarra.

Personas seleccionadas por algo que compartían.

Estudiadas durante meses.

Y tres de ellas señaladas años después por Alex.

Reyes entró.

—La última de la lista —dijo—. Igual que los otros. No encaja con los asteriscos. El influencer sigue siendo misión imposible, representante, abogado y una lista de intermediarios antes de llegar a él.

—Ya —dijo Moisés.

Moisés volvió a mirar la lista.

Doce nombres.

Tres asteriscos.

Alex había pasado meses investigando aquello.

Y sin embargo, de todas las personas marcadas, la única que trabajaba en el mismo edificio que él era Amaya Ruiz.

Esa coincidencia seguía sin gustarle.

Sonó el móvil.

Un audio. De Amaya.

Lo escuchó.

La voz de Amaya, con su energía intacta incluso en un mensaje de voz, diciéndole que había hablado con Yago, que los vería al día siguiente. Y luego, casi al final, con total naturalidad:

—A las ocho y ocho de la mañana. Dice que es hora espejo y que las energías están alineadas para conversaciones importantes. No sé, es Yago, ya lo conoceréis.

Moisés bajó el móvil.

Miró a Reyes.

Reyes lo miraba de vuelta con esa expresión de quien está esperando una reacción y no sabe cuál va a ser.

—Mañana a las ocho y ocho —dijo Moisés.

—¿Por qué a las ocho y ocho?

—Horas espejo.

Pausa.

—¿Qué es una hora espejo?

—No lo sé —dijo Moisés—. Pero supongo que mañana nos lo explican.

Capítulo 17 — Hora espejo

La dirección los llevó a Salamanca.

No al barrio en general sino a una de esas calles donde los portales tienen conserjería y los coches aparcados delante cuestan más que un piso en otros barrios de Madrid. Moisés aparcó y los dos se quedaron un momento mirando el edificio.

—¿Seguro que es aquí? —dijo Gustavo.

—Es la dirección que mandó Amaya.

—El influencer de la numerología vive en Salamanca.

—Aparentemente.

Gustavo miró el edificio un momento más.

—Bien —dijo, y abrió la puerta del coche.

El portero los anunció. Subieron al tercero. El ascensor era de esos silenciosos y rápidos que solo tienen los edificios que no necesitan presumir de nada porque ya lo dicen todo solos. Llamaron al timbre.

Nadie abrió.

Moisés miró el reloj. Las 8:03.

—¿Nos han dado plantón? —dijo Gustavo.

—Nos dijo las ocho y ocho.

—Son las ocho y tres.

—Ya lo sé.

Gustavo miró la puerta. Luego a Moisés.

—¿Y eso por qué?

—Por las horas espejo —dijo Moisés.

—¿Qué es una hora espejo?

—No lo sé todavía.

Esperaron.

A las 8:07 se oyeron pasos al otro lado. A las 8:08, con una puntualidad que no tenía nada de casual, la puerta se abrió.

Yago Erre tenía treinta y siete años, vaqueros oscuros de corte perfecto, una camisa hawaiana con flores tropicales en azul y verde

sobre fondo blanco completamente abierta sobre una camiseta básica, y unas gafas con cristal ligeramente amarillo que no eran de sol sino de filtro de luz azul. La ropa era cara de esa manera en que la ropa cara no necesita etiquetas visibles para serlo. El pelo, castaño y algo largo, recogido de cualquier manera que había costado tiempo conseguir que pareciera de cualquier manera.

Sonrió cuando los vio.

—Inspectores. Pasen.

El piso era lo que el edificio prometía y algo más. Techos altos, paredes blancas, muebles escasos y elegantes. Nada de más. El tipo de decoración que no es vacía sino que ha decidido conscientemente qué merece estar y qué no. Había plantas en las esquinas colocadas con una lógica que Moisés no entendía pero que tenía sentido visual. Una pizarra grande en la pared del fondo, llena de números, flechas, fechas y secuencias que a primera vista parecían caóticas y que a segunda vista tenían demasiada estructura para serlo.

Gustavo la miró.

Moisés la miró.

—Feng shui —dijo Yago, señalando las plantas—. No porque lo crea a pies juntillas, sino porque hay estudios sobre cómo afecta la disposición del espacio a la concentración. Y la concentración me importa. —Señaló la pizarra—. Eso es otra cosa.

—¿Qué es? —dijo Gustavo.

—Patrones. —Yago lo dijo con la misma naturalidad con que otro habría dicho el tiempo—. ¿Café?

—Sí —dijeron los dos.

Fueron a la cocina, que era blanca y ordenada con la misma filosofía que el resto. Yago preparó el café con una cafetera italiana de las buenas sin decir nada más, y cuando lo sirvió se sentaron los tres en una mesa de madera clara junto a la ventana.

—Las ocho y ocho —dijo Gustavo—. ¿Por qué exactamente?

Yago lo miró con esa atención directa que tenía.

—¿No saben lo que es una hora espejo?

—No —dijo Moisés.

—Son las horas en que los dígitos se repiten. Las once once, las doce doce, las ocho ocho. —Pausa—. Hay culturas que las consideran momentos de alineación. El universo diciéndote que estás donde tienes que estar. Yo no soy tan esotérico como parezco, pero sí creo

en los patrones. Y fijo mis reuniones importantes en horas espejo desde hace doce años.

—¿Y funciona? —dijo Gustavo.

—Doce años sin una reunión importante que haya salido mal. — Yago cogió su taza—. Correlación no es causalidad, ya lo sé. Mi contable me dice que soy imbécil por hacer esto. Tiene razón en teoría. Pero lleva doce años viéndome ganar dinero y ya no discute tanto.

—¿Cuánto dinero? —dijo Gustavo.

Yago lo miró por encima de las gafas de cristal amarillo.

—Lo suficiente para que Hacienda me preste mucha atención. — Sonrió—. Y para que mi contable cobre muy bien a pesar de pensar que soy imbécil.

Moisés miró las gafas.

—¿Son para la luz azul?

—Sí. Las pantallas, el móvil, la luz artificial. Filtra el espectro que más cansa la vista. La gente cree que son decorativas. —Pausa—. Funcionan. Duermo mejor, me concentro más y además nadie olvida quién soy, que en mi negocio no está mal.

Gustavo anotó algo en su libreta. Moisés no supo qué.

—Señor Herrera —dijo Moisés.

Yago lo miró.

—Ya no soy ese.

—Su nombre legal es Diego Herrera.

—Era mi nombre legal. —Pausa—. ¿No sabe que se puede cambiar el nombre de forma legal? Debería saberlo, es inspector de policía. — Se encogió de hombros—. De todas maneras nadie me llamaba Diego. Siempre fui Yago. Y cuando empecé en las redes, Yago Erre vendía más que Diego Herrera. El mercado habló.

—¿Cuántos años tiene? —dijo Gustavo.

—Treinta y siete.

—Yago, entonces —dijo Moisés.

—Yago —confirmó él—. ¿Por dónde empezamos?

—Por el estudio —dijo Moisés—. Universidad Complutense. Hace aproximadamente quince años.

Yago asintió.

—Lo recuerdo.

—¿Lo recuerda bien?

—Mejor que la mayoría, creo. Aunque hay partes con borrones. Como cuando intentas recordar un sueño por la tarde. —Pausa—. ¿Quieren que les cuente lo que recuerdo o lo que sé?

Moisés lo miró.

—¿Hay diferencia?

—Siempre hay diferencia entre lo que uno recuerda y lo que sabe.

—Los dos —dijo Moisés.

Yago cruzó los brazos sobre la mesa.

—Éramos de distintas carreras. Nos juntaron a través de carteles en las facultades. Cuestionarios, preguntas sobre intuiciones, sueños, percepciones. Cien euros. —Pausa—. El que llevaba el proyecto era un hombre joven, treinta y pocos quizás, muy simpático. Con aspecto de haber trabajado en algo serio antes de aquello. Médico, investigador, no sé exactamente. Pero no era académico de carrera, eso se notaba. Tenía otra forma de moverse.

—¿Recuerda su nombre?

—No. Pero recuerdo que nos trataba muy bien. Con mucho cuidado. Como si fuéramos importantes, no como sujetos de estudio sino como... no sé. Gente a la que no quería molestar más de lo necesario. Tenía esa manera de entrar en una sala y hacer que todo pareciera más tranquilo.

—¿Cuánto duró el estudio?

—Dos meses, aproximadamente. Al principio éramos diez o doce. Luego fuimos quedando tres o cuatro. El resto fue desapareciendo, supongo que porque no daban los resultados que buscaban.

—¿Y usted? —dijo Gustavo—. ¿Por qué se quedó?

Yago los miró a los dos.

—Supongo que daba los resultados que buscaban.

Moisés sacó la lista. La puso sobre la mesa sin decir nada.

Yago la miró. La recorrió con la vista despacio, con una atención distinta a la de la mayoría de la gente. Se paró en los asteriscos.

—Estos tres —dijo.

—¿Qué ve?

—Que alguien los marcó por alguna razón. —Pausa—. ¿Puedo? —Señaló el papel.

Moisés asintió.

Yago lo cogió. Lo giró ligeramente. Lo miró como si los nombres fueran números y los números tuvieran algo que decir.

—El 0047 es un patrón de cuatro, siete. Cuatro es estructura, siete es búsqueda. Alguien que construye y busca al mismo tiempo. —Miró a Moisés—. ¿Es una mujer?

Moisés no respondió.

—Es una mujer —dijo Yago, con seguridad—. El patrón lo dice.

Gustavo levantó la vista de la libreta.

—El 0081. Cero, ocho, uno. Inicio, infinito, unidad. Alguien que empieza cosas y las termina de formas que otros no anticipan. —

Pausa—. Probablemente hombre. Seguramente con mucho carisma del tipo que no necesita demostrarse.

—¿Y el 0112? —dijo Moisés.

Yago miró el tercer número.

—Este es distinto. Uno, uno, dos. Duplicidad. Reflejo. Alguien que ve lo que otros no ven porque mira desde otro ángulo. —Se encogió de hombros—. O alguien que simplemente tiene suerte. Los números no son perfectos.

—¿Qué buscaban exactamente en el estudio? —dijo Moisés—. En su opinión.

Yago dejó la lista sobre la mesa.

—Cualidades —dijo—. No habilidades aprendidas sino cosas que ya estaban. La intuición, los patrones, la percepción. —Pausa—. Recuerdo que en algún momento alguien preguntó si alguno de nosotros había tenido la sensación de saber algo sobre un objeto. No sobre una persona ni sobre el futuro, sobre un objeto concreto.

Moisés y Gustavo se miraron brevemente.

—¿Y? —dijo Moisés.

—Nadie respondió que sí. O al menos nadie en mi grupo. —Yago cogió su taza—. Yo leo números. Siempre lo he hecho, desde pequeño, mucho antes del estudio. El estudio lo hizo más nítido, eso sí lo noté. Pero la base era mía. —Pausa—. Supongo que buscaban gente que ya tuviera algo y querían ver qué podían hacer con ello.

—¿Tomó pastillas?

—Sí. Azules. Para la concentración, dijeron. No pregunté más. —Pausa—. Aunque luego pensé que igual eran un placebo. El caso es que dos semanas después metí todos mis ahorros de estudiante, cuatrocientos euros, en una combinación de fechas que me pareció perfecta. Era el año fiscal número siete de una empresa cuyo nombre sumaba once. —Se recostó en la silla—. Mi contable todavía habla de eso. Dice que fue pura suerte.

—¿Y usted qué dice? —dijo Gustavo.

—Que duplicamos el análisis en cinco operaciones seguidas. Y en la sexta. Y en la décima. —Yago cogió su taza—. En algún punto dejé de llamarlo suerte porque la palabra ya no tenía sentido estadístico.

—¿Cuánto ganó? —dijo Gustavo, con la expresión de quien pregunta por curiosidad profesional pero en realidad quiere saber.

—Los cuatrocientos se convirtieron en cuatro mil en seis meses. Que luego se convirtieron en cuarenta mil. Que luego... —Hizo un gesto vago—. Mi contable tiene el número exacto. Yo tengo el método. Hacienda tiene una opinión muy formada sobre los dos.

—¿Tiene algo de aquella época? Documentos, consentimientos.

—Guardo todo. Soy caótico con el papel pero no tiro nada. —Pausa—. ¿Por qué me pregunta un inspector de policía por un estudio de hace quince años?

—Porque hay una persona desaparecida que lo estaba investigando —dijo Moisés—. Y su nombre aparece en documentos relacionados.

Silencio.

Yago procesó esto con la calma de quien coloca una pieza en un sitio donde ya había un hueco esperando.

—Lo sabía —dijo.

—¿Qué sabía?

—Que aquello iba a volver. No como un dato. Como una sensación. —Pausa—. Hay cosas que dejan una huella aunque no recuerdes haberlas vivido.

—¿Está en contacto con alguien del estudio?

—No. —Pausa—. Bueno. Amaya. Pero ya lo saben.

—Busque esas cajas —dijo Moisés—. Si encuentra algo mándemelo. Y de momento no comente esto con nadie.

—Por supuesto. —Pausa—. ¿Estoy en peligro?

—No lo creo.

—¿Pero no lo sabe?

—Todavía no.

Yago asintió. Luego miró a los dos con esas gafas de cristal amarillo y esa atención que tenía de leer cosas donde otros no leían nada.

—Ustedes dos —dijo.

—¿Nosotros? —dijo Gustavo.

—Tienen patrones interesantes. El suyo —miró a Gustavo— es muy estable. Mucho cuatro, mucho seis. Estructura y armonía. De los que hacen las cosas bien y no necesitan que se lo reconozcan.

Gustavo lo miró.

—Y el suyo —dijo Yago, mirando a Moisés— es todo siete y dos. Búsqueda y dualidad. —Pausa—. De los que encuentran lo que buscan pero no siempre saben qué hacer con ello cuando lo encuentran.

Silencio.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo Moisés.

—Puede intentarlo.

—¿Cree en las coincidencias?

Yago recogió su taza.

—En mi trabajo no.

—En el mío tampoco —dijo Moisés.

Yago sonrió.

—Entonces nos entendemos.

En el coche, de vuelta a comisaría, Gustavo condujo en silencio durante casi cinco minutos.

—Estructura y armonía —dijo finalmente.

—Sí —dijo Moisés.

—No está mal.

—No.

Otro silencio.

—Lo de leer personas en números —dijo Gustavo—. ¿Crees que funciona de verdad?

Moisés miró por la ventana.

—Creo que Yago Erre vive en un piso de trescientos metros en Salamanca vendiendo exactamente eso —dijo—. Así que algo funciona.

—Correlación no es causalidad —dijo Gustavo.

—Ya —dijo Moisés—. Pero tampoco voy a cambiar el método.

Gustavo lo miró.

Moisés tenía los ojos en la carretera.

—Lo de leer objetos —dijo Gustavo—. Dijo que lo preguntaron en el estudio y que nadie respondió que sí.

—Sí.

—¿Crees que alguien podría tener eso de verdad?

Moisés no respondió de inmediato.

—Creo que Yago Erre gana dinero leyendo patrones que otros no ven —dijo—. Y que Amaya sueña cosas que luego pasan. —Pausa—. Así que no descarto nada.

Gustavo asintió despacio.

—El hombre que llevaba el estudio —dijo—. Joven, simpático, con aspecto de investigador serio. Hay que encontrarlo.

—Sí —dijo Moisés.

Y mientras Gustavo conducía, Moisés pensó en esa descripción. Treinta y pocos años hace quince. Lo que significaba que ahora tendría unos cuarenta y cinco, cincuenta. Un hombre que había estudiado habilidades latentes en sujetos jóvenes, que los había tratado con cuidado, que había desaparecido sin dejar rastro oficial cuando el estudio terminó.

Y que quizás no había desaparecido del todo.

Pensó también en lo que Yago había dicho. Que preguntaron si alguien había tenido la sensación de saber cosas sobre objetos. Que nadie respondió que sí.

Miró por la ventana.

Nadie en el estudio. Pero quizás alguien que no estuvo en el estudio.

Capítulo 18 — Las pastillas azules

Moisés se fue a las seis de la tarde.

Inés lo vio bajar en el ascensor desde el marco de la puerta de Amaya con esa sensación extraña de que algo había cambiado en las últimas horas de una forma que todavía no sabía cómo medir exactamente. Luego cerró la puerta y volvió al salón donde Amaya estaba recogiendo los vasos con su eficiencia de siempre.

—Bien —dijo Amaya, sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

—Bien qué.

—Bien nada. Solo bien. —Pausa—. ¿Confías en él?

Inés se sentó en el sofá.

—Sí —dijo.

—¿Por qué?

Inés lo pensó un momento.

—No lo sé exactamente. Pero sí.

Amaya la miró entonces, con toda su atención, que no necesitaba preguntas para seguir.

—Te mira de una forma rara —dijo.

—¿Rara cómo?

—Como si ya supiera algo de ti que tú todavía no le has contado.

Inés no respondió a eso porque no tenía una respuesta que no fuera confirmar lo que Amaya acababa de decir.

—¿Y lo del estudio? —dijo Amaya, sentándose frente a ella—. Lo de la lista. ¿Crees que es malo?

—No lo sé.

—Porque una cosa es participar en un estudio universitario hace quince años y otra es que tu nombre aparezca en documentos relacionados con alguien que ha desaparecido. —Amaya se abrazó las rodillas—. Eso da miedo, Inés.

—Lo sé.

—¿Y Moisés cree que estoy en peligro?

—Dice que todavía no lo sabe.

—Eso no es tranquilizador.

—No —admitió Inés—. Pero es honesto.

Amaya la miró un momento más. Luego asintió, con esa forma que tenía de aceptar las cosas que no le gustan porque no le queda otra.

—¿Y Yago? —dijo Inés, cambiando el ángulo—. ¿Crees que Moisés podrá hablar con él?

Amaya se rio.

—Yago tiene representante, abogado y una lista de intermediarios antes de llegar a él. Lo dudo. —Pausa—. Aunque a mí siempre me responde. Lo llamaré para ayudar a Moisés si hace falta. Yago con lo famoso que se ha hecho no se le ha subido a la cabeza. De aquella época lo conservo a él y a ti como amigos, y eso dice mucho.

—¿Cómo era en la universidad?

—Excéntrico y brillante, igual que ahora pero sin el dinero. — Amaya sonrió—. Era de esa gente que ves y piensas que va a hacer algo raro con su vida pero que va a funcionar.

—¿Y lo del estudio? ¿Recuerdas más cosas de las que has dicho antes?

Amaya frunció el ceño levemente.

—Cuestionarios, preguntas raras. Lo de los sueños, las intuiciones. Y las pastillas esas azules que nos daban, que supuestamente eran para la concentración o la memoria. —Pausa—. En universitarios eso tiene lógica, la verdad. Estudios de ese tipo los hay.

Inés la miró.

—Nunca me hablaste del estudio.

Amaya frunció ligeramente el ceño.

—Supongo que porque nunca me pareció importante. Fueron un par de meses hace quince años y después seguí con mi vida.

—Sigue.

Y Amaya siguió, contando lo poco que recordaba con esa mezcla de borrones y detalles sueltos que ya habían establecido que era el patrón de todos los que habían pasado por aquello, mientras Inés escuchaba y pensaba en lo que había visto al tocar la carpeta. Amaya guardando las pastillas. Azules. En un bote normal.

El domingo Amaya se levantó antes que ella, como siempre, y cuando Inés apareció en la cocina con el pelo revuelto y la expresión de quien no ha dormido suficiente, el café ya estaba hecho y había fruta cortada sobre la encimera.

—Me duele la cabeza —dijo Inés.

—¿Mucho?

—Bastante. No sé si es el estrés, que no he dormido bien, o las dos cosas.

—En el baño tengo Antalgin —dijo Amaya, vertiendo el café—. Pero primero desayuna. Con el estómago vacío no.

Inés asintió y fue al baño.

El armario del espejo tenía ese orden particular de Amaya, cada cosa en su sitio con una lógica que no era aleatoria. Inés buscó el Antalgin y en su lugar encontró un bote de pastillas sin marca visible, de los de farmacia genérica, con la tapa naranja de rosca.

Lo cogió.

Y antes de que los dedos terminaran de cerrarse alrededor del plástico llegó el tirón.

Conocido ya. Casi familiar. Pero esta vez con algo diferente, como un eco de algo que ya había visto antes.

El mundo se superpuso.

Amaya, más joven, en una sala que no era su casa. Con esa misma carpeta bajo el brazo, diciéndole a alguien que ya había completado todo. Recogiendo un bote del mismo tipo de una mesa. Metiéndoselo en el bolso sin mirarlo demasiado.

Luego nada.

El baño de Amaya. El bote en su mano.

Inés salió al pasillo con el bote y entró en la cocina.

—Esto no es Antalgin —dijo.

Amaya levantó la vista del café que estaba sirviendo y la miró.

—¿Qué?

Inés le puso el bote sobre la encimera.

Amaya lo miró. Lo cogió. Lo giró. Leyó lo que ponía, o lo que no ponía, con esa expresión de quien está procesando algo que no esperaba.

—Sí es —dijo—. Creo. —Pausa—. Es que estaban en un bolso viejo que no usaba hace tiempo. Las encontré y las dejé aquí. —Volvió a mirar el bote. Luego a Inés—. Pero no es ibuprofeno, ¿verdad?

Inés no respondió de inmediato.

Pensó en otro día, hacía unos meses, cuando le había dolido la cabeza en casa de Amaya y había hecho exactamente lo mismo: ir al baño a por una pastilla y coger lo que había. Sin mirar bien. Sin pensar.

—Amaya —dijo—. Tengo que contarte algo.

Amaya dejó el bote sobre la encimera con una calma que no era indiferencia sino la calma de quien lleva días esperando que llegue ese momento.

—Ya era hora —dijo—. Llevo días notando que algo pasa. —Pausa—. Mis sueños llevan semanas siendo raros. Más de lo habitual.

—¿Cómo de raros?

—Del tipo que cuando me despierto sé que han pasado cosas importantes aunque no recuerde los detalles. —Amaya se sentó.

Inés la miró.

Luego, con la curiosidad de quien conoce a alguien de toda la vida pero nunca se ha parado a preguntarle cómo funciona algo que siempre había dado por hecho, le preguntó por los sueños.

—¿Cómo son? Los que luego pasan.

Amaya pensó un momento.

—No veo cosas concretas. No sueño que el martes va a llover o que alguien va a llamar a las tres. Es más como... me levanto con una sensación. Como si durante la noche algo se hubiera asentado. Y cuando pasa, sea lo que sea, lo reconozco. Sé que era eso.

—¿Y siempre aciertas?

—Casi siempre. —Pausa—. El que tuve de ti la semana antes de tu cumpleaños. Que encontrabas algo y que te brillaban las manos. —Miró a Inés—. No supe lo que significaba hasta que te vi esa semana y noté que algo había cambiado.

Inés la miró en silencio un momento. Amaya siempre había sido así, desde que la conocía. Esa percepción suya, esa forma de notar las cosas antes de que nadie se las dijera. Era parte de ella, tan suya como el pelo rizado o la forma de reírse, e Inés nunca le había preguntado cómo funcionaba porque simplemente era Amaya.

Inés respiró.

Y lo contó.

No todo de golpe, sino de la forma en que se cuentan las cosas que llevas tiempo cargando sola: por partes, empezando por el principio, que era la taza de la cafetería el día de su cumpleaños, y

siguiendo por la cuchara, la botella de Sandra, el botón del ascensor, la tarjeta de Innova, la carpeta en la oscuridad de la planta siete.

Amaya escuchó sin interrumpir, con una atención que no necesitaba gestos para ser completa.

Cuando Inés llegó a la parte de Sandra y Víctor, Amaya no pudo evitarlo.

—¿Sandra y Víctor? —dijo.

—Sandra y Víctor.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé exactamente. Pero ella me lo confirmó.

—¿Y cómo lo descubriste?

—Toqué la botella térmica de Sandra sin querer y los vi en la cocina.

—¿Haciendo qué?

—Mirándose.

—¿Solo mirándose?

—Te sorprendería lo mucho que se puede decir solo mirando.

Amaya se quedó mirándola durante un momento.

—Eso es lo más romántico que he oído en semanas —dijo.

—No fue solo eso.

—¿No?

—Si te fijas en ellos se nota. En cómo se miran. En cómo se buscan cuando creen que nadie los está viendo.

Amaya arqueó una ceja.

—Tú ves recuerdos escondidos en objetos y aun así has tardado semanas en darte cuenta.

Inés le sacó la lengua.

—No estaba investigando romances.

—Claramente.

Inés siguió. Y cuando llegó a la parte de por qué confiaba en Moisés, Amaya la miró con esa expresión de quien ya lo había sospechado pero necesitaba oírlo.

—Cuando me vio salir de aquella planta con la carpeta en la mano no me preguntó qué hacía allí. No me acusó. No intentó asustarme. Simplemente asumió que tendría una razón —dijo Inés—. No le he contado nada de las visiones, nada de nada. Pero actúa como si confiara en mí de todas formas. Como si supiera que hay algo más sin necesitar que se lo explique.

—O simplemente le gustas y eso nubla el juicio —dijo Amaya.

—Amaya.
—Es una hipótesis válida.
—La hipótesis válida es que confía en mí sin razón aparente y eso me parece relevante en el contexto de todo lo que está pasando.
—Y también le gustas —dijo Amaya.
Inés no respondió.
Lo cual era, en sí mismo, una respuesta.
Luego Inés cogió el bote de pastillas de la encimera y lo miró.
—He tomado estas pastillas en tu casa antes —dijo—. Pensando que eran para el dolor de cabeza.
Amaya la miró.
—Espera.
Amaya volvió a coger el bote.
—Si esto son las pastillas del estudio...
Inés no dijo nada.
—Y yo las tenía guardadas en un bolso desde entonces...
—Sí.
—Y tú has tomado alguna pensando que era ibuprofeno.
—Sí.
Amaya la miró.
—Entonces las dos hemos tomado estas cosas.
Silencio.
—¿Cuántas veces?
—Una vez. Quizás dos.
Amaya miró el bote. Luego a Inés. Luego el bote otra vez.
—Creo que las dos estamos metidas en esto. Si las dos hemos tomado esas pastillas y las dos sabemos cosas que no sabemos explicar, ya no me parece una coincidencia. —Pausa—. ¿Crees que estamos en peligro?
—Todavía no lo sé.
Se miraron. Y luego, porque era lo único que les quedaba hacer con toda esa información encima de la mesa, se echaron a reír.
No una risa de alivio ni de nervios exactamente. Esa risa particular que sale cuando la situación es demasiado absurda para abordarla de otra forma.
—Tenemos superpoderes —dijo Amaya.
—Yo veo cosas al tocar objetos y tú sueñas el futuro —dijo Inés—. Básicamente sí.
—Vamos a montar una liga de la justicia.

—Con sede en esta cocina.

—Y uniformes a medida.

—Habla por ti.

Se rieron otra vez, y esa vez fue más larga y más necesaria, y cuando terminaron las dos estaban un poco menos asustadas que antes.

—Necesitamos saber cómo funciona —dijo Inés—. Lo nuestro. Si podemos aprenderlo, controlarlo.

—Yo llevo años sin intentar controlarlo porque pensaba que era solo mi forma de ser —dijo Amaya.

—Y yo llevo semanas intentando entenderlo sin saber qué es.

—Entonces empezamos desde cero las dos.

—Desde cero las dos —confirmó Inés.

Y desayunaron, que era lo más sensato que podían hacer.

El lunes llegaron juntas al trabajo antes que nadie.

Entraron en la cafetería con esa energía de quien necesita café antes de enfrentarse al día y a todo lo que el día podía traer. Eran las ocho y cuarto y el local estaba casi vacío, con la luz de primera hora y el olor a café recién hecho.

—Quiero una taza blanca con la línea azul —dijo Inés.

Pablo las miró desde la barra.

—Café —dijo Inés.

Pablo asintió y empezó a prepararlo.

Inés miró las tazas que sacó. Azules con línea blanca. Las otras que tenían, perfectamente válidas para tomar café, completamente inútiles para lo que Inés tenía en mente.

Se sentaron a esperar. Inés miró las mesas alrededor. En la mesa de al lado había dos personas terminando su café con prisa de lunes. Dos tazas blancas con línea azul.

Las personas se levantaron, recogieron sus cosas y se fueron.

Las tazas se quedaron.

Inés se levantó despacio, fue hasta la mesa y puso la mano sobre una de ellas.

Cerró los ojos.

Nada.

Tocó la otra.

Nada.

Abrió los ojos.

Pablo estaba a dos metros con una bandeja en la mano mirándola fijamente con esa expresión de quien ha visto muchas cosas en muchos años detrás de una barra pero esto era nuevo.

—Si pretendes quitarme trabajo —dijo— tengo una bandeja para ti.

Inés sonrió.

—Solo miraba —dijo.

—Claro —dijo Pablo, con el tono de quien no se cree nada pero tampoco tiene tiempo para esto.

Volvió a la mesa de Amaya, que lo había observado todo con su atención de siempre.

—Creo que Pablo cree que estás loca —dijo Amaya—. Te miraba sin pestañear.

—Igual tiene razón —dijo Inés—. Me estoy volviendo loca.

Se rieron de esa forma incómoda pero necesaria que a veces ayuda más que cualquier otra cosa.

Cuando estaban a punto de irse la puerta de la cafetería se abrió y entraron Ana y José. Juntos. Con esa energía particular de dos personas que todavía están en esa fase en que todo lo que comparten parece nuevo aunque sea solo el café de los lunes.

Inés los miró. Sonrió.

—¿Recuerdas el incidente del yogur? —le dijo a Amaya en voz baja.

—El de Ana y los yogures de José.

—Creo que me tienen que dar las gracias.

Le guiñó un ojo.

Amaya la miró.

—¿Qué hiciste?

—Le dije a José que bajara a la cafetería un día que no tenía almuerzo.

Amaya la miró un momento más.

—Eres la celestina más accidental de Madrid —dijo.

Subieron.

El día fue raro pero normal, que era la combinación que Inés estaba aprendiendo a manejar. Trabajo real, correos, una llamada con un cliente de Valencia que tenía preguntas sobre el informe. Y en paralelo, la mano rozando objetos de vez en cuando, casi sin querer, esperando el tirón que no llegaba.

El bolígrafo. El teclado. El vaso de agua. El archivador del cajón.
Nada.

Empezaba a frustrarse con una intensidad que no esperaba, como cuando buscas algo que sabes que tienes y no aparece.

A media mañana Sandra se acercó a su mesa con el aire de quien tiene una pregunta pendiente.

—La tarjeta —dijo—. La de Innova. ¿Qué hiciste con ella?

—La tiene la policía —dijo Inés.

Sandra asintió despacio.

—¿Voluntariamente?

—Más o menos.

—¿Más o menos cómo?

—Larga historia.

Sandra la miró con esa expresión de quien acumula datos para procesarlos después y luego volvió a su mesa.

Inés estaba a punto de volver a la pantalla cuando Amaya apareció en la entrada de la isla con el móvil en la mano y esa expresión de quien trae información.

—Hablando de policía —dijo—. He hablado con Yago.

Sandra levantó la vista.

Inés esperó.

—Mañana los recibirá —dijo Amaya—. A las ocho y ocho.

Capítulo 19 — Las 21:21

El ascensor de la planta cuatro olía a fin de jornada.

Inés, Amaya y Sandra bajaron las tres juntas con esa energía particular de final de lunes que no es exactamente alivio sino más bien la rendición ordenada de quien ha llegado al límite razonable del día. Eran las seis en punto y el edificio empezaba a vaciarse con esa eficiencia silenciosa de los lunes que se acaban.

—¿Tomamos algo? —dijo Sandra, antes de que las puertas del ascensor terminaran de abrirse.

—Sí —dijeron Inés y Amaya a la vez.

Cruzaron el vestíbulo, saludaron a la seguridad y salieron a la calle.

La cafetería Origen estaba cerrada.

Las tres se pararon delante un momento mirando la persiana a medio bajar y la silla volcada encima de la primera mesa, que era la señal universal de que el día había terminado para ese local.

—Qué raro —dijo Amaya—. Nunca está cerrada a esta hora.

—Tienen horario de edificio de oficinas —dijo Inés—. Igual han cerrado antes hoy.

—O igual ha pasado algo —dijo Sandra, con su forma de no dramatizar pero tampoco descartar nada.

Se miraron las tres durante un segundo. Luego Inés sacudió la cabeza.

—El bar de la calle Hermosilla —dijo—. Los calamares.

—Los calamares —confirmó Amaya.

Sandra ya estaba caminando.

El bar se llamaba La Tasca del Nueve y tenía esa combinación de luz cálida, mesas pequeñas y ruido de fondo que hacía que las conversaciones importantes sonaran más manejables que en otros sitios. Pidieron tres cañas y una ración de calamares y se instalaron en el rincón del fondo con esa actitud de quien tiene cosas que decir y necesita espacio para decirlas.

Sandra esperó exactamente el tiempo que tardó en llegar la primera caña.

—La tarjeta —dijo, mirando a Inés—. La de Innova. Me dijiste que la tiene la policía. ¿Qué pasó exactamente?

Inés le contó.

No todo de golpe sino con el orden que tenía la historia, que era el de alguien que ha ido descubriendo cosas sin plan previo y que ahora las ve con más perspectiva de la que tenía mientras pasaban. La planta siete. La visión del cajón. Moisés apareciendo en la oscuridad. La carpeta con la lista. El nombre de Amaya en el séptimo puesto.

Sandra escuchó con la atención de quien procesa en tiempo real y va archivando cada dato en el sitio que le corresponde.

Amaya escuchó también, aunque partes de la historia ya las conocía, con esa expresión de quien las oye en voz alta por primera vez y entiende que suenan distintas así.

Cuando Inés terminó Sandra cogió un calamar y lo miró antes de comérselo.

—¿Y lo del estudio universitario de Amaya? —dijo.

—Eso te lo cuento yo —dijo Amaya.

Y lo contó. Los cuestionarios, las pastillas azules, los recuerdos borrosos. La carpeta que había encontrado en la caja del trastero. El nombre de Yago. La referencia 0047-B.

Sandra escuchó todo sin interrumpir.

Llegó la segunda ronda de cañas.

—Hay algo más —dijo Inés.

Las dos la miraron.

Inés cogió su caña. La dejó. La volvió a coger.

—Amaya y yo tenemos superpoderes —dijo.

Silencio de dos segundos.

—Yo veo cosas al tocar objetos —dijo Inés—. Recuerdos, momentos, fragmentos de lo que ha pasado. Y Amaya sueña cosas que luego pasan.

Sandra las miró a las dos.

—Ya —dijo.

—No nos estamos volviendo locas —dijo Amaya.

—No he dicho que os estuvierais volviendo locas —dijo Sandra.

—Tu cara decía algo —dijo Inés.

—Mi cara estaba procesando. —Pausa—. ¿Y si os dijera que tengo algo que contaros también?

Inés y Amaya se miraron.

—Como tú tienes lo tuyo con los ordenadores —dijo Inés—, podrías unirte a la liga de la justicia.

Sandra no sonrió exactamente. Pero algo cambió en su expresión.

—Venid a mi casa —dijo.

El piso de Sandra estaba en Lavapiés, en un tercero sin ascensor que olía a café y a algo que podría ser electrónica recalentada. El salón tenía los muebles justos y necesarios y una habitación al fondo con la puerta entreabierta que Inés no había visto nunca porque Sandra nunca la abría cuando había gente.

Esta vez la abrió.

Entraron las tres.

Era un despacho.

No el tipo de despacho que tiene la gente que trabaja desde casa, con una mesa y un portátil y quizás una estantería. Era otra cosa. Tres monitores en disposición de arco sobre una mesa que ocupaba casi toda la pared del fondo. Aparatos que Inés no habría sabido nombrar con luces parpadeando en varios colores. Y en la pared de la izquierda, un panel, del tipo que Inés solo había visto en series de policías, con fotos, nombres, fechas y flechas conectando unas cosas con otras en una lógica que era densa pero claramente tenía estructura.

En el centro del panel, una foto de Alex Duarte.

Inés y Amaya se quedaron en la puerta mirando sin decir nada durante un momento que se alargó más de lo esperado.

—Sandra —dijo Inés finalmente.

—Sí.

—¿Esto qué es?

Sandra entró al despacho con la naturalidad de quien está en su territorio y se sentó en la silla frente a los monitores.

—La desaparición de Alex me llamó mucho la atención desde el principio —dijo—. Cuando tú y yo empezamos a investigar por curiosidad encontré cosas que no tenían ningún sentido. Así que fui un paso más allá.

—¿Cuántos pasos más allá? —dijo Amaya, mirando el panel.

—Los suficientes para que un compañero de la facultad que ahora trabaja en ciberdelitos de la Policía Nacional me pidiera que le ayudara de forma no oficial. Se llama Iván. —Pausa—. No es la

primera vez que lo hago. De vez en cuando trabajo como asesora externa para ellos.

Inés la miró sin decir nada.

Sandra giró levemente la silla hacia el panel.

—He investigado por mi cuenta todo lo que he podido encontrar sobre Innova y sobre Alex. —Señaló una sección del panel—. Parte de lo que hay aquí lo viste tú cuando subimos a la planta siete. Pero he ido más lejos. El estudio universitario de hace quince años era la fase inicial de algo más grande. Buscaban personas que tuvieran de forma natural rasgos cognitivos desarrollados. No inventados, no inducidos. Ya presentes.

—Las pastillas —dijo Amaya.

—Las pastillas eran un potenciador experimental. No para crear nada nuevo sino para amplificar lo que ya estaba. Atención, consolidación de memoria, reconocimiento de patrones, sensibilidad a estímulos. —Pausa—. La aplicación médica declarada era recuperar recuerdos perdidos, ayudar a pacientes con daño neurológico. Pero según lo que he podido reconstruir, en la mayoría de los participantes no pasó gran cosa. Solo en tres de ellos sí ocurrió algo distinto. Y esos tres son los que tienen asterisco en la lista que encontrasteis.

Amaya miró a Inés.

Inés miró el panel.

Las dos ya sabían quiénes eran esos tres.

—No sé qué me parece más asombroso —dijo Inés finalmente—. Lo que acabas de contar o que en tu tiempo libre seas investigadora de la policía.

—Las dos cosas son igualmente razonables —dijo Sandra, con toda la seriedad del mundo.

Estuvieron en el despacho un rato más, las tres haciendo hipótesis sobre lo que significaba todo aquello, sobre qué implicaba para Amaya, sobre si el fármaco había tenido algo que ver con lo que le pasaba a Inés aunque ella no hubiera participado en el estudio oficial. Sobre las pastillas azules que Inés había tomado en casa de Amaya sin saberlo. Sobre si Alex había encontrado lo mismo que Sandra o algo más.

—¿Todo esto lo sabe la policía? —dijo Inés.

—Si yo he podido llegar hasta aquí —dijo Sandra—, Iván ya habrá informado de lo mismo. Probablemente tiene más información que

yo.

Inés cogió el móvil.

Le mandó un mensaje a Moisés. Solo eso: Llámame cuando puedas.

No era urgente. O sí lo era pero no de esa forma. Era más bien la necesidad de que alguien con quien hablar de esto supiera que ella seguía pensando.

La noche llegó. El efecto de las cervezas se fue diluyendo con la conversación y con el tiempo, y cuando Inés llegó a casa era tarde y tenía la cabeza llena de demasiadas cosas para ordenarlas todas esa noche.

Se fue a dormir sin respuesta de Moisés.

El martes por la mañana no tenía reuniones urgentes.

Llamó a Marcos a las nueve y le dijo que teletrabajaría. Marcos no puso ninguna pega, a veces lo hacía y siempre tenía todo listo cuando hacía falta, así que era un sistema que funcionaba para los dos.

La verdad era que no quería ver a nadie.

No quería pensar en el Proyecto Huella ni en las pastillas azules ni en la lista ni en lo que significaba que Alex hubiera marcado con un asterisco exactamente a tres personas. Quería pasar un día normal. Comida basura y una serie que no le hiciera pensar. Era absurdo querer esconderse en una situación así, pero lo necesitaba, y llevar cuatro años siendo consultora senior le había enseñado que ignorar lo que el cuerpo pide tiene un coste mayor que atenderlo.

Mandó un par de emails del trabajo mientras se tomaba el café. Contestó con un emoji de palomitas a los mensajes de Sandra y Amaya, que preguntaban cómo estaba.

A las once sonó el móvil.

Moisés.

—Hola —dijo ella.

—Vi tu mensaje anoche. ¿Estás bien?

—Sí. —Pausa—. Más o menos.

—Voy hacia comisaría pero si te apetece un café me acerco al trabajo.

—Estoy en casa —dijo—. Teletrabajando.

—Paso cerca de camino. ¿Diez minutos?

Inés miró el piso en pijama, el portátil abierto en la mesa del salón, el desayuno a medias.

—Sí —dijo.

Se sentaron en la cafetería de la esquina a las 11:11.

Inés lo notó al mirar el reloj y pensó que Yago sin duda tendría una explicación muy concreta para eso.

Pidieron. O más bien Moisés fue a la barra a pedir antes de que Inés pudiera decir nada. Volvió dos minutos después, dejó el café delante de ella y dijo:

—Bebida de avena y azúcar moreno. ¿Verdad?

Inés lo miró. Solo habían tomado café juntos una vez.

Asintió.

—Gracias —dijo.

—Yago Erre —dijo Moisés, sin más preámbulo.

—¿Cómo fue?

—Inesperado. —Pausa—. Interesante.

Le hizo un resumen de lo que podía contar, que no era todo pero era suficiente para que Inés entendiera el cuadro general. Y luego Inés le contó lo de Sandra, sin dar su nombre, sin dar detalles que pudieran meterla en un lío, solo el marco: que alguien de confianza había llegado a información similar por otro camino.

Moisés la escuchó.

—Iván —dijo cuando ella terminó.

—No he dicho ningún nombre.

—No hace falta. —Pausa—. Iván ya nos había dado esa información desde el principio.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Moisés la miró.

—Es una investigación en curso —dijo—. Pero me alegra que tú también lo compartas conmigo.

Inés lo miró. Había algo en esa frase que era más de lo que parecía, no un reproche sino algo más cercano al reconocimiento, del tipo que no necesita elaborarse para que los dos entiendan lo que significa.

La conversación derivó, como derivaban las conversaciones con él, hacia otros sitios. Inés acabó confesando que había llamado a Marcos para teletrabajar porque necesitaba un día normal, comida basura y una serie sin pensar.

—¿Tiene sentido eso? —dijo, más para sí misma que para él.

—Sí —dijo Moisés.

Lo dijo con una simplicidad que no necesitaba más palabras. Y lo curioso era que parecía que lo entendía de verdad, no como quien dice lo que toca decir sino como quien reconoce algo que él también habría hecho.

Se quedaron un momento en silencio mirando por la ventana. No era un silencio incómodo. Era el tipo de silencio que se construye cuando dos personas están en el mismo sitio y no necesitan llenarlo todo.

Luego sonó el móvil de Moisés.

Lo miró.

—Hora de volver —dijo.

Se levantó, dejó el dinero en la mesa antes de que ella pudiera decir nada, y con ese gesto con la cabeza que ya le resultaba familiar se fue.

Inés se quedó con el café a medias y la ventana delante.

Pensó en él caminando hacia comisaría. En la forma en que había dicho me alegra que tú también lo compartas conmigo sin darle más importancia de la que tenía. En el silencio que habían compartido mirando por la ventana como si fuera lo más natural del mundo.

Acabó el café.

Volvió a casa.

Trabajó más de lo que había planeado, porque resultó que mantenerse ocupada ayudaba más que cualquier serie, y cuando llegó la tarde sin haberse dado cuenta había resuelto tres cosas pendientes y respondido todos los correos atrasados.

A las 21:21 estaba mirando la nevera en busca de algo de comer, evaluando las posibilidades con el mismo entusiasmo con que se evalúa una propuesta de reforma estructural sin presupuesto, cuando llamaron a la puerta.

Fue a abrir.

Y ahí estaba.

Con una bolsa de comida china en una mano y una bolsa de espaguetis de pica pica en la otra.

Capítulo 20 — Lo de siempre

Inés sonrió de forma genuina, con esa energía de cuando de verdad te alegra la persona que tienes delante.

—¿Me vas a dejar entrar o qué? —dijo Amaya—. Que esto se enfía.

Inés se apartó y la dejó pasar hacia la cocina. Luego la abrazó con fuerza, de las que duran un segundo más de lo habitual y dicen algo sin palabras.

Había querido pasar el día sola. No se había dado cuenta de las ganas que tenía en realidad de tener compañía.

—Sabía que me necesitabas —dijo Amaya, con su sonrisa amplia y sin pretensiones.

—No digas nada —dijo Inés.

—No digo nada.

Se pusieron a cenar en la isla de la cocina, sentadas en los taburetes altos con los envases de comida china entre las dos y esa calma particular que tienen las noches de entre semana cuando no hay nada urgente que resolver. Hablaron del día sin entrar en detalles de otro tipo, de cosas de trabajo, de una serie que Amaya había empezado, de los planes que su madre tenía para Estambul que seguían evolucionando con cada llamada.

Era una cena más de las que tantas veces habían compartido. Y eso era exactamente lo que Inés necesitaba.

Estaban las dos con esa calma que precede a una tempestad cuando Amaya dejó los palillos sobre el envase y la miró.

—Yago me llamó —dijo.

Inés levantó la vista.

—Me contó la visita. —Amaya sonrió—. Me contó lo de la reunión, lo de la hora espejo, lo de los inspectores. Y luego me hizo la lectura numerológica de los dos.

—¿De los inspectores?

—De Moisés. —Amaya arqueó una ceja—. Sietes y doses, me dijo. Búsqueda y dualidad. De los que encuentran lo que buscan pero no siempre saben qué hacer con ello cuando lo encuentran.

Inés la miró.

—¿Y?

—Que cuanto más lo pienso más me gusta. —Amaya cogió un rollito—. Para ti, digo. No en general.

Las dos se rieron, de esa forma en que se ríen las amigas de toda la vida cuando una de las dos dice exactamente lo que la otra estaba pensando pero no iba a decir.

—Me gustaría conocer a Yago —dijo Inés cuando se le pasó la risa.

—En la universidad coincidisteis.

—Lo recuerdo vagamente. Pero no mucho.

Amaya la miró con cara de quien tiene un plan.

—Bueno, pues habrá que arreglarlo.

Pusieron Mamma Mia en la tele y así pasaron el resto de la noche, sin hacerle demasiado caso ni a la película ni al mundo exterior, que últimamente se estaba poniendo bastante raro.

El miércoles por la mañana se habría vuelto a quedar en casa, pero tenía una reunión de verdad, de las que venía el cliente en persona, y no podía ser.

Llegó a las nueve.

Parecía que su reloj interno de puntualidad estilo Inés estaba volviendo a la normalidad. Para rematar su ya conocida trayectoria entró en Origen a por el café, que si no llegaría tarde incluso para ella.

Esperó en la barra. Pablo estaba atendiendo una mesa del fondo y tardó unos minutos en aparecer. Cuando llegó empezó a preparar el café sin que Inés dijera nada.

—Lo de siempre —dijo Pablo—. Por cierto, hoy hay donuts de canela.

Inés abrió los ojos.

—No debería.

—Pero sí —dijo Pablo, con la serenidad de quien sabe que ha ganado.

—Pero sí —confirmó Inés.

Pablo se rio y siguió con el pedido.

Inés se giró hacia la sala esperando y entonces lo vio.

El hombre del traje oscuro. Sentado en la mesa del fondo, la misma desde la que había venido Pablo, concentrado en el móvil con el gesto de quien piensa en algo que no tiene que ver con donde está.

A Inés le dio un vuelco el corazón.

Ese hombre últimamente estaba en todas partes. Recordó la visión, cómo él se giraba hacia el pasillo y la veía a ella. Sabía que ella existía. Sabía que había estado en la planta siete.

Pablo le dijo el precio. Inés tardó un momento en reaccionar, pagó, cogió el café y el donut, y justo cuando estaba a punto de darse la vuelta para salir paró.

—Pablo —dijo, en voz baja.

—Dime.

—El señor de la mesa del fondo. El que acabas de atender. ¿Lo conoces? ¿Viene mucho? ¿Sabes si trabaja por aquí?

Pablo pareció contrariado. Miró de reojo al hombre, un gesto tan breve que Inés no lo captó, y luego volvió a ella con una expresión más neutra de lo habitual.

—Viene de vez en cuando —dijo—. Pide café solo y galletas de chocolate. Yo en realidad no me fijo mucho en la gente, solo en lo que piden. —Pausa—. ¿Por qué? ¿Tiene interés?

Inés cayó en que ahora podía ser ella la interrogada.

—No, nada —dijo—. Es que lo he visto varias veces últimamente y pensé que igual habían abierto alguna empresa nueva en el edificio. Como no lo conocía de antes.

Pablo asintió sin añadir nada más.

Inés salió a la calle con el café en la mano y la sensación de que había algo que se le escapaba. Algo en la reacción de Pablo que no era exactamente normal pero que no sabía cómo nombrar.

Entró al edificio. Saludó a Ana. Se metió en el ascensor.

Cuando llegó a su mesa Víctor levantó la vista, miró la hora con expresión teatral y dijo:

—Por fin. Se te ha pasado la gripe. Me alegra que vuelvas a ser tú. Y le guiñó un ojo.

Inés no pudo evitar reírse.

La reunión fue bien. El cliente de Toledo, Rodrigo, con su acento castellano y sus preguntas respondidas con preguntas, quedó satisfecho y eso era lo que importaba.

Cuando salió fue a la sala de descanso a por un café de máquina que no iba a ser tan bueno como el de Pablo pero que era lo que había.

José estaba sentado en una mesa comiéndose un yogur y mirando el móvil con cara de tonto, del tipo específico de cara de tonto que pone la gente cuando está leyendo algo que le ha mandado alguien que le gusta.

Sonia entró detrás de Inés, hablando con Amaya.

Inés las observó un momento mientras esperaba que el café terminara de salir de la máquina. Pensó que Sonia debería estar preocupada por su amigo, pero aun así no había faltado ningún día al trabajo. Llevaría unos cuatro meses trabajando allí y no es que tuvieran trato, solo el necesario, el de dos personas que comparten planta y se saludan al cruzarse. Pero con Amaya era diferente. Las había visto hablar muchas veces, incluso habían quedado fuera del trabajo. Tenía sentido, Sonia era de las que también creían en las energías y en esas cosas que a Amaya tanto le gustaban, y Amaya estaba encantada de tener a alguien que no le dijera que el esternón no era un chakra.

Aunque siempre parecía que era Amaya la que hablaba.

Cogió el café y las saludó con la mano al salir.

El resto del día pasó entre trabajo y charlas de oficina con esa normalidad que a Inés le seguía pareciendo rara aunque fuera exactamente lo que había pedido el día anterior. A media tarde le llegó un audio de su madre anunciando que le llevaría unas lentes por la noche porque sabía que le encantaban y que ella no cocinaba nunca.

Inés se rio sola delante de la pantalla.

El mundo seguía siendo igual mientras ella tocaba objetos con la esperanza de ver la solución a algo que no sabía ni lo que era.

A las seis en punto se metió en el ascensor.

Estaba sola.

Sin pensarlo demasiado pasó los dedos por el panel de botones, despacio, como quien comprueba algo sin querer admitir que lo está comprobando.

El tirón llegó en el botón de la planta siete.

Cerró los ojos.

No era su mano. Era una mano grande, de hombre, de unos cincuenta años, señalando hacia algo fuera del campo de visión mientras hablaba con alguien. Una voz que reconoció antes de ver la cara.

Gustavo.

—Hay cosas que el señor Boros no nos está contando —decía la mano, que era Gustavo, dirigiéndose a alguien que estaba fuera del encuadre.

Y entonces la imagen se movía y aparecía Moisés. De pie, con la misma postura de siempre, mirando algo que Inés no podía ver.

—La documentación está en regla —decía Moisés.

—Después de lo que encontró Iván —decía Gustavo— esa información no es del todo cierta.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta siete.

Inés abrió los ojos. Pulsó la planta baja.

Las puertas se cerraron.

Mientras el ascensor bajaba una duda recorrió su mente con más claridad que nunca. Debería contarle a Moisés lo que le pasaba con los objetos. Había investigado a Amaya, a Yago, sabía lo del estudio. Parecía que confiaba en ella sin necesitar explicaciones. Parecía que no la juzgaba.

Quizás era el momento. Dejar de quedarse esa parte para ella sola. Contar con alguien más.

Salió del edificio y sacó el móvil.

Y entonces le llegó un mensaje.

Solo una línea.

Solo quería saber cómo te fue con la comida basura.

Inés miró el mensaje durante un momento.

Y supo que sí. Que debería contarle todo. Aunque no la creyera.

Capítulo 21 — Taco francés

Inés tenía el móvil en la mano con el mensaje de Moisés en pantalla.

Lo leyó dos veces. Luego escribió:

La comida basura siempre está bien. Pero creo que aún necesito más. ¿Te apetece un taco francés?

Lo envió antes de pensarlo demasiado.

Y en el momento exacto en que el mensaje aparecía como enviado se arrepintió.

¿Y si no contestaba? ¿Y si decía que no? ¿Y si decía que sí? No había pensado bien lo que acababa de hacer ni las posibles consecuencias de ninguno de los escenarios posibles, que eran varios y todos igual de complicados a su manera.

Se quedó un rato mirando la pantalla.

Nada.

Guardó el móvil en el bolso y empezó a caminar hacia el metro.

Pasó por delante de Origen, que seguía cerrada, y no le dio más vueltas porque tenía otras cosas en las que no pensar. Justo cuando llegaba a la altura de la puerta un chico salió del portal de al lado, sudadera oscura, capucha puesta, mochila al hombro. Empezó a andar delante de ella.

Inés lo observó un momento. Le resultaba vagamente familiar, pero la verdad es que últimamente todos los chicos entre dieciséis y treinta iban exactamente igual. Era un uniforme generacional.

Estaba a punto de adelantarle cuando el móvil le sonó dentro del bolso.

Se paró para buscarlo. Tardó más de lo que debería porque el bolso era lo que era. Cuando lo encontró era Moisés.

Tragó saliva antes de contestar.

—Hola.

—Hola. —Pausa—. Estoy saliendo de Mansión.

Inés dudó un segundo.

—¿Debería preguntar?

—Es un gimnasio de boxeo.

—Vale, vale. Si tú lo dices.

Notó que sonreía al otro lado del teléfono.

—Tengo que serte sincero —dijo él—. Nunca he probado el taco francés.

—¿En serio?

—En serio.

—Pues no debes pasar un día más sin hacerlo.

—Me has convencido.

Le dio la dirección de un sitio que resultó estar cerca de casa de Moisés, aunque ella no lo sabía. Colgó y abrió la aplicación del Uber.

Fue entonces cuando lo vio.

En el suelo, junto a la acera, un USB. Pequeño, negro, del tipo que podría ser de cualquiera. Pero algo en su mente lo había registrado al pasar el chico de la mochila, que la llevaba abierta.

Inés lo miró durante un segundo.

Luego lo cogió.

El tirón llegó antes de que terminara de cerrar los dedos.

Dos hombres. Uno más mayor, sosteniendo una taza blanca con una línea azul en la mano derecha. Otro más joven, con el USB en la mano, diciéndole al mayor que ahí estaba todo lo que había reunido. El mayor respondía en voz baja, con esa seriedad de quien dice algo importante:

Si alguien averigua lo que hemos hecho estamos perdidos. Tenemos que tener cuidado. Tú tienes que tener cuidado.

Y luego nada.

El Uber paró junto a la acera.

Inés se subió con el USB en la mano y parpadeó varias veces intentando procesar lo que acababa de ver. Esa visión ya la había tenido. El día de su cumpleaños, al tocar la taza de la cafetería. El hombre mayor era el mismo, el del traje oscuro. Pero esta vez había visto también al más joven. Al que sostenía el USB. Y no había llegado a verle la cara, había estado demasiado en el shock de reconocer la misma escena desde otro ángulo.

¿Quién era el chico de la mochila?

¿Y qué estaba haciendo ese USB en el suelo?

Llegó al bar con más preguntas de las que había salido de la oficina, lo cual era decir bastante.

Moisés ya estaba en la puerta.

Inés se armó de valor mientras bajaba del coche. Quizás era cada vez más necesario contarle lo que le pasaba. Ella no sabía qué significaban muchas de las cosas que veía. Quizás él sí.

—No entiendo por qué en estos sitios nunca tienen vasos con hielo —dijo Moisés en cuanto se sentaron.

Inés se echó a reír porque era exactamente lo mismo que le decía siempre a Amaya.

—Verdad que sí —dijo—. Tienen algo en contra del agua congelada.

Y ahí desapareció la tensión que había acumulado desde que había enviado el mensaje.

Pidieron en la barra. Moisés miró el menú con la atención de quien evalúa cualquier cosa que se le pone delante, eligió, y cuando llegaron los tacos los analizó con una seriedad que no era exagerada sino simplemente la que él ponía en todo.

—Bien —dijo, después del primero.

—¿Solo bien?

—Bien es mucho en mi vocabulario.

—En el mío también —dijo Inés.

Comieron con una conversación ligera, con esa comodidad que se instala entre dos personas cuando ya han pasado suficientes cosas juntos como para no necesitar llenar todos los silencios. En algún momento Moisés dio un veredicto definitivo sobre los tacos franceses que era favorable aunque no entusiasta, lo cual Inés anotó mentalmente como progreso.

Salieron a la calle después de cenar.

—¿Te apetece pasear? —dijo ella.

—Sí.

Caminaron. Y entonces Inés se armó de valor y empezó a hablar.

Empezó por Amaya. Por sus intuiciones, por los sueños que se cumplían, por esa percepción que siempre había sido parte de ella sin que nadie le prestara demasiada atención. Le preguntó qué pensaba él al respecto.

—Hay gente que suele acertar —dijo Moisés—. Normalmente es porque se fijan en las cosas más de lo que creen.

Vale, por ahí no es, pensó Inés.

Tiró por Yago. Por su forma de leer patrones, por los resultados que tenía, por esa manera de ver el mundo que no encajaba en

ninguna categoría conocida pero que claramente funcionaba.

—Yago es más empresario que místico —dijo Moisés—. No es una crítica. Es una observación. Sabe ver cosas que otros no ven aunque use un lenguaje distinto para describirlas. Sus resultados son reales.

Inés asintió.

Y entonces dio el paso.

Le habló del día que la encontró en la planta siete. Pero empezó por las pastillas, por los resultados que según la investigación decían que podían tener, por el bote que había encontrado en casa de Amaya y lo que había visto al tocarlo. Le dijo que igual se estaba volviendo loca.

Moisés no se alteró.

—Sabes cosas —dijo—. Y no sabes cómo. —Pausa—. Si estás loca o no es pronto para determinarlo.

No parecía que la creyera del todo. Pero tampoco que la pusiera en duda. Era una tensión cómoda, del tipo que se instala cuando dos personas están procesando algo juntas sin saber todavía adónde va a llevarlas.

Y entonces Inés se acordó de la visión del ascensor.

La describió con todo el detalle que recordaba. Gustavo señalando hacia algo fuera del encuadre. La voz diciendo que había cosas que Boros no les estaba contando. Moisés respondiendo que la documentación estaba en regla. Gustavo diciéndole que después de lo que había encontrado Iván esa información no era del todo cierta.

Moisés se paró.

No del todo, siguió caminando, pero algo cambió en su postura. Inés reconoció el momento en que su cara pasó de la escucha atenta a algo más, el momento en que un investigador empieza a hacer preguntas porque ya no puede no hacerlas.

—¿Cómo sabes eso? —dijo.

—Te lo acabo de decir.

—Nadie más estaba en ese ascensor.

—Lo sé.

—Y yo no te lo he contado.

—También lo sé.

Moisés la miró.

Inés le sostuvo la mirada.

—¿Podrías describir al hombre mayor? —dijo él—. ¿Con suficiente detalle para un dibujante?

Inés asintió.

Y supo en ese momento que la creía.

Siguieron caminando. Un silencio distinto al de antes, más denso, del tipo que se instala cuando dos personas acaban de cruzar un umbral sin anunciarlo.

Fue Moisés quien habló primero.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo Inés—. Creo que sí.

Y en ese momento él la cogió de la mano.

No fue un gesto elaborado. Fue simplemente eso, coger su mano mientras caminaban, con la misma naturalidad con que había dejado el dinero en la mesa antes de que ella pudiera decir nada. Como algo que tenía sentido hacer y por eso lo hacía.

Inés miró hacia delante.

A esa distancia notó el olor de su colonia, algo discreto y limpio que no había registrado antes, o quizás sí pero no de esta forma. Se fijó en su perfil, en que sus ojos eran aún más oscuros de lo que parecían a distancia, en esa postura de alguien que sabe sin necesidad de demostrarlo.

Se quedó unos segundos observando cómo respiraba.

Quizás unos segundos más de la cuenta.

Y entonces lo besó.

Se acercó a sus labios con la respiración entrecortada, poniéndose un poco de puntillas porque de otra manera no llegaba a su altura. La mano que él había cogido se deshizo de sus dedos y se aferró a su pelo mientras cerraba los ojos. Él le devolvió el beso con la misma calma con que había escuchado sus relatos, agachándose ligeramente para estar a su altura, atrayéndola hacia él con una mano en su espalda.

Era un beso que se sentía natural. Su cuerpo reconociendo a otro cuerpo con el que podía no fingir.

Él hizo el beso más intenso y ella se agarró a las trabillas de sus vaqueros.

Cuando se separaron apenas unos centímetros, Inés tardó un momento en volver a respirar con normalidad.

Moisés sonrió.

—¿Qué?

Ella negó con la cabeza.

—Nada.

Pero no era verdad.
Porque algo acababa de cruzar por su mente.
El USB.
La conversación.
La taza blanca con la línea azul.
La sensación de que había pasado por alto algo importante.
Se quedó quieta.
—¿Qué pasa? —preguntó Moisés.
Inés abrió el bolso sin responder.
—Inés.
Buscó entre las llaves y la cartera hasta encontrar el USB.
Lo sostuvo unos segundos entre los dedos.
Y volvió a tocarlo.
El tirón llegó de inmediato.
La habitación.
El hombre del traje oscuro.
La taza.
La advertencia.
Tú tienes que tener cuidado.
Y el joven frente a él.
Esta vez la imagen no se rompió enseguida.
Pudo verlo mejor.
La forma de moverse.
La postura.
La mano sujetando el USB.
La cicatriz en el nudillo.
Inés sintió un vuelco en el estómago.
Ya había visto esa mano.
Ya había visto esa cicatriz.
Y entonces el joven levantó la cabeza.
La visión desapareció.
Inés abrió los ojos de golpe.
Durante unos segundos se quedó inmóvil.
Moisés la observaba sin decir nada.
—Inés.
Ella levantó la vista.
Todavía sujetaba el USB entre los dedos.
—Es él.
—¿Quién?

Inés sintió un escalofrío.
—Alex Duarte.

Capítulo 22 — El gemelo

Moisés estaba contrariado.

Hacía un momento se estaban besando. Y ahora Inés tenía un USB entre los dedos y decía que alguien era Alex Duarte.

Había visto el cambio. La había visto buscar frenéticamente en el bolso hasta sacar algo pequeño, apretarlo entre los dedos y quedarse como ausente durante unos segundos antes de volver en sí con esa expresión.

—Espera —dijo—. Inés, ¿qué pasa? Cuéntame. No entiendo.

Era una persona analítica. Calmada. Sabía leer personas y emociones mejor que nadie que conociera. Pero este cambio le había dejado descolocado de una forma que no esperaba.

Escuchó cómo Inés le relataba la visión. Despacio, con los ojos todavía un poco ausentes, como quien está describiendo algo que acaba de ver y no ha terminado de procesar. Y cuando terminó le puso el USB en la mano.

Moisés lo miró.

Era un USB estándar. Negro. Pequeño. Idéntico a los que tenían en comisaría siendo investigados por el caso de Alex Duarte.

Si lo que Inés decía era cierto, Alex había tenido este USB en las manos diciéndole al hombre del traje que ahí estaba todo lo que había reunido.

Hacía menos de una hora ella misma le había descrito una conversación entre él y Gustavo que no podría saber de ninguna otra forma. Una conversación que había ocurrido en un ascensor donde no había nadie más.

Se lo guardó en el bolsillo.

—¿De dónde ha salido esto? Cuéntame.

Inés le contó. El chico que había salido del portal de al lado de la cafetería, sudadera oscura, capucha, mochila abierta. Había andado delante de ella y cuando colgó el teléfono de hablar con él lo vio en el suelo. No sabía cómo, pero estaba segura de que era de ese chico.

Lo describió.

Y a Moisés le vino a la mente la grabación de la tienda. El comprador del portátil. El chico con gorra y sudadera del que no se veía bien la cara. La descripción encajaba, pero en aquella grabación había cinco chicos exactamente iguales en ese momento.

Malditas modas, pensó.

Y entonces le vino a la mente algo más. Gustavo diciéndole que había otras grabaciones de otro ángulo, que creía que en alguna se le veía mejor. No las había visto. Había estado tan ocupado con otras cosas que se le había pasado por completo.

Miró la hora.

Se había hecho tarde.

Dudó.

—Inés, te voy a llevar a casa. Yo tengo que hacer unas llamadas y el USB me lo quedo. Mañana no vayas a trabajar, te recogeré por la mañana e iremos a comisaría para que describas al chico de la sudadera y al hombre del traje. El USB se lo llevo a Iván esta noche para salir de dudas.

Ella asintió. Su rostro parecía preocupado y decidido al mismo tiempo. Luego lo miró de una forma que él no supo exactamente cómo clasificar.

—No quiero estar sola. Estoy...

—Preocupada —dijo él.

—Asimilando —dijo ella.

—¿Quieres que te deje en casa de Amaya?

Negó con la cabeza.

—¿Te quedas tú conmigo? Sé que has dicho que tenías que hacer unas cosas y estarás muy ocupado, además después de lo que acaba de pasar y de lo que acabo de hacer igual tienes una idea equivocada de lo que quiero en este momento, o madre mía te he besado, ¿por qué he sido yo? Vale que no te has resistido pero ha sido cosa mía, no puedo creerme lo que acabo de hacer, tú también estás flipando, y después de lo que te he dicho que encima igual piensas que estoy loca, claro que igual sí lo estoy...

Moisés la miraba entre divertido y genuinamente curioso.

Madre mía lo que hablaba esa mujer.

—Inés.

Siguió.

—Inés.

—...porque en realidad no sé si...

—Inés.

Ella paró.

—Tranquila. No voy a pensar ni a no pensar nada. —Pausa—. En realidad vivo aquí al lado. Si quieres podemos subir y tomar un café mientras decidimos qué vamos a hacer y hago unas llamadas. Bueno, para ti una tila.

Inés se rio soltando todo el aire de golpe, como si lo hubiera estado aguantando dentro.

—Te he asustado, ¿verdad? A veces cuando me pongo nerviosa las palabras salen disparadas de mi boca sin control.

—Ya veo —dijo él.

Y sonrió con los ojos.

Fueron paseando en silencio hasta el edificio de Moisés, que resultó estar en la calle de al lado del taco francés.

—Vaya —dijo Inés—. Que sí que estabas al lado.

—Te lo dije. Esta es mi zona. Salgo a correr por el parque por donde paseábamos.

—Boxeo, running... haces de todo.

Moisés se puso muy serio y dijo con voz solemne:

—Algunos malos corren demasiado.

Eso sí que hizo reír a Inés de verdad, de esas risas genuinas que salen de dentro con un pequeño ruidito al final.

Subieron al piso riéndose.

Era un edificio bonito y viejo, pero al abrir la puerta todo hacía contraste. Moderno, simple, ordenado. Más o menos igual que Moisés. La reforma la habían hecho sus padres poco antes de irse a vivir a Málaga, así que el piso era heredado. Lo único que había puesto él era la ducha, estilo lluvia con hidromasaje, que era lo más parecido a un lujo personal que se había permitido.

Dejó pasar a Inés delante y la observó dentro de su espacio. Le dijo que se sentara y le enseñó dónde estaba el baño. Recogió la mochila del gimnasio que había abandonado en la entrada para ir a cenar, se fue a la cocina a hacer café y la oyó salir a la terraza.

—Bonito, ¿verdad? —dijo cuando salió detrás.

—Mucho.

—Pero hace frío. Vamos dentro.

Se sentaron en el sofá con el café e Inés empezó a contarle. Esta vez desde el principio. Desde el día de su cumpleaños. La taza de la cafetería, la cuchara, la botella de Sandra, el botón del ascensor, la carpeta, la planta siete. Todo.

Moisés escuchaba y tomaba notas mentales, evaluando qué necesitaría después, qué podía contrastar, qué tenía sentido en el contexto de lo que ya sabían.

Le sonó el móvil. Le había mandado un mensaje a Gustavo para que le llamara cuando estaba haciendo el café.

Se levantó.

—¿Qué pasa?

—Las grabaciones del chico del portátil —dijo Moisés—. Las nuevas. ¿Las llegaste a ver?

—La verdad que no. Se me pasó por completo.

—Pues hay algo nuevo. Mañana hay que ponerse con ellas. Y tengo un USB para Iván.

—Madre mía, va a estar encantado.

Colgaron.

Cuando volvió al salón Inés estaba dormida en el sofá.

Moisés la miró un momento. Luego fue al dormitorio a por un par de mantas, le echó una por encima con cuidado y se tumbó en el chaiselongue con la otra. Se quedó dormido mientras repasaba datos, que era básicamente su forma de descansar.

Se despertó a las seis y media. Su cuerpo lo hacía de forma automática, eran años de disciplina.

Inés seguía dormida.

Se levantó, se metió en la ducha y cuando salió ya vestido pero con el pelo todavía húmedo se encontró a Inés en la cocina peleándose con la cafetera con una expresión de concentración que no auguraba nada bueno.

—Por dios, Inés. Quiero mucho esa cafetera.

Ella levantó las manos en señal de rendición.

—De acuerdo. Haz el café tú.

Él suspiró e hizo el café.

—Voy a llamar al trabajo para decir que la policía me va a interrogar —dijo Inés—. A ver si da pena. —Pausa—. ¿Puedo pasar por casa antes de ir a comisaría? Necesito cambiarme.

—Claro.

Fueron en coche. Ella subió y él se quedó esperando. A los quince minutos bajó oliendo a ducha, a algo que era pera o algo parecido. Lo anotó mentalmente sin saber exactamente por qué.

Al subirse al coche le apretó la pierna de forma inconsciente antes de arrancar.

La comisaría estaba a tope de actividad.

Dejó a Inés con Rober, que era el dibujante, y fue a buscar a Iván. Gustavo ya estaba allí.

—Llegaste —dijo Gustavo levantando los brazos—. Yo tenía razón. Lo que decía Boros no cuadraba.

—Eso es que hemos tenido suerte con el USB —dijo Moisés, dirigiéndose a Iván.

Iván sonrió con aire de victoria. Pero antes de que pudiera explicarse Moisés dejó el segundo USB sobre el teclado.

Iván lo miró. Luego miró a Moisés. Luego otra vez el USB.

—¿Por qué me odia, inspector?

Moisés se encogió de hombros.

Iván cogió el USB y empezó a inspeccionarlo dejando a los dos inspectores sin explicación durante un momento que Gustavo aprovechó para mirar a Moisés con su habitual paciencia calculada.

—Vale —dijo Iván finalmente—. Este sí es el gemelo del encriptado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gustavo.

—Que tiene el mismo cifrado que el otro. Ahora que ya tengo el otro libre, este es pan comido. Me apuesto lo que queráis a que es exactamente lo mismo.

—Hablando de eso —dijo Moisés—. ¿No ibas a contarnos algo?

—Cierto.

Y entonces Iván les contó lo que había en el USB original. La investigación completa de Alex. El Proyecto Huella en su segunda fase, lo que Innova pretendía hacer realmente con los resultados del estudio universitario. Cómo lo que Alex había creído que era investigación médica para recuperar memoria en pacientes con daño neurológico había derivado hacia algo mucho más específico y mucho menos altruista. Sistemas de reconocimiento. Extracción de información. Aplicaciones que en manos equivocadas no tenían nada de médico.

—Todo empieza siendo muy bueno —dijo Iván cuando terminó—. Siempre hay alguien que encuentra otros fines.

—Entonces si Alex creía que era para una cosa y luego descubrió que no era tan inocente... —empezó Moisés.

—O desapareció —dijo Gustavo— o alguien hizo que desapareciera.

Se quedaron conjeturando durante un momento.

—Pero alguien nos dejó los USB en un portátil nuevo para asegurarse de que los encontráramos —dijo Moisés—. Por cierto, este segundo USB salió de la mochila de un chico con la misma descripción que nuestro comprador de portátil. ¿Dónde están las imágenes de la tienda?

Iván las pasó al monitor que había al lado de la pizarra de pruebas. Empezaron el visionado buscando el ángulo nuevo, el que según Gustavo se veía mejor.

La puerta se abrió.

Rober entró con Inés detrás.

—Ya tengo todo lo que necesitaba —dijo Rober, y pegó en la pizarra un retrato. Un hombre de unos cincuenta años, pelo entrecano peinado hacia atrás, mandíbula definida, expresión seria. El tipo de cara que uno no olvida fácilmente una vez que la ha visto.

Moisés hizo un gesto a Inés para que se acercara mientras seguían avanzando el vídeo buscando el fotograma.

Y entonces Gustavo paró la imagen.

En el centro de la pantalla, captado desde un ángulo lateral que dejaba ver algo más que una capucha y una gorra, estaba el misterioso comprador del portátil.

—No me jodas —dijo Moisés.

—Es Alex Duarte —dijo Gustavo.

La frase quedó flotando en el aire de la sala.

E Inés, que había estado mirando la pantalla con los ojos cada vez más abiertos, dijo en voz muy baja:

—¿Pablo?

Capítulo 23 — La historia

Moisés, Gustavo y Rober se giraron hacia ella al mismo tiempo.

Inés no se había dado cuenta de que estaba pensando en voz alta. En bajito, pero fuera de su cabeza al fin y al cabo.

—¿Qué acabas de decir? —dijo Moisés—. ¿Has dicho Pablo? ¿Lo conoces? ¿Quién es Pablo?

Eran muchas preguntas. Tantas que ni ella misma estaba segura de por dónde empezar.

—No le conozco. Bueno, sí. No sé. Eso creo.

—No decías que no conocías a Alex —dijo Gustavo.

—Y no le conozco. Pero ese no es Alex. Es Pablo. O sí lo es.

Se giró hacia el tablón donde el dibujante había colgado hacía un momento el retrato del hombre del traje oscuro. Buscó la foto de Alex Duarte, que suponía que debería estar también, y ahí estaba. Se acercó a observarla mientras Gustavo seguía haciéndole preguntas que no escuchaba del todo.

Moisés, fiel a su forma de ser, guardó silencio. Se limitó a asentir cuando ella se giró un segundo antes de dirigirse al tablón y quedarse ahí delante un buen rato, mirando la foto, comparando, convenciéndose.

Sí. Podían ser la misma persona.

Se giró cogiendo aire y empezó a contestar las preguntas que intuía que Gustavo había estado formulando.

—El chico del vídeo es Pablo. Trabaja en Origen, la cafetería que hay al lado de mi trabajo. No llevará mucho, un par de meses como mucho. Están él y otro chico, no recuerdo su nombre. El otro lleva desde que yo empecé a trabajar en Kore, es majo pero menos hablador. Quizá por eso con Pablo sí que hablo más. Y enseguida se aprendió lo que tomaba. Juan, así se llama el otro. Juan ya se lo sabía de tanto tiempo. Pero Pablo se lo supo desde el primer día. Supongo que Juan se lo diría. —Pausa—. El caso es que sí se parecen. Pablo y Alex.

Moisés estudió su rostro un momento. Ella pudo notarlo pero no dudó más. Él se giró hacia Iván y le pidió las imágenes del edificio de Alex, de la última vez que lo habían visto. Inés se quedó escuchando cómo se daban órdenes y se montaba una secuencia de actuaciones que no llegaba del todo a entender.

—¿Cómo es posible? —preguntó—. ¿Son la misma persona? ¿Son gemelos?

Notó en un instante cómo la habitación entera aguantaba la respiración después de su pregunta. No sabía muy bien el motivo, pero eran de esas cosas que no pasaban inadvertidas.

Iván y Moisés cruzaron una mirada. Creyó ver cómo Iván asentía antes de lanzarse frenéticamente sobre el teclado.

—¿Me vais a decir qué pasa? —preguntó Inés.

Gustavo ya estaba al teléfono. Moisés se acercó a ella y la hizo sentarse delante de la pantalla de un ordenador con unas imágenes ya en marcha. Eran imágenes de Alex saliendo del edificio.

Fijó los ojos en la pantalla porque parecía lógico que eso era lo que tenía que hacer. Y sí, definitivamente podría ser Pablo. Con esas pequeñas diferencias que había notado antes, otro corte de pelo, algo más delgado, los ojos quizás más claros. Pero podría ser.

Asintió.

Y entonces le contó a Moisés con más detalle todo lo que sabía de Pablo, que no era mucho, y todas las interacciones que habían compartido que ahora le resultaban más extrañas. Siempre había sido majo, conversación trivial, pero desde su cumpleaños parecía que la observaba más. O quizá era ella, que ahora que sabía que algo pasaba creía que todo era sospechoso.

—Vale —dijo Moisés—. Inés, te quedas aquí. Gustavo y yo vamos a ir a la cafetería a hablar con tu Pablo.

Inés asintió.

Agradeció a Rober el café que le dejó delante en ese momento. No había notado cuándo había salido el dibujante de la sala, ni tampoco cuándo había vuelto. Le echó el sobre de azúcar y vio cómo Moisés hablaba con Iván en voz algo más baja. Luego volvió a ella y le dijo:

—No te preocupes. Aquí te cuidarán bien.

Y como acto reflejo le apretó la mano.

Fue un gesto leve y sin importancia. Pero para ella fue suficiente.

Inés los vio desaparecer por la puerta y se quedó un momento más mirando el tablón mientras removía el café.

Rober salió de la habitación sin hacer ruido. Madre mía qué silencioso era ese hombre, y eso que era un tío grande de los que miden como un edificio y podrían levantar un camión a pulso tranquilamente. La verdad es que si hubiera entrado en la comisaría por cualquier otro motivo jamás se habría imaginado que ese hombre era el dibujante. Y uno realmente bueno. Ese retrato era exactamente el hombre del traje oscuro que había visto tantas veces. A él lo tenía más fresco en la memoria que a Alex, pues sí que lo había llegado a ver en persona y no solo en visiones.

Iván trabajaba al lado tarareando una canción de Estopa.

Le parecía raro que alguien trabajase tan concentrado y tan rápido mientras cantaba, pero bueno, era una canción pegadiza. Miró por encima del hombro la pantalla de Iván sin levantar mucho la vista, intentando disimular que estaba mirando.

Iván se dio cuenta y se rio.

—Tranquila. Puedes mirar. A no ser que seas una friki como yo no vas a entender nada.

Inés soltó un suspiro de incomodidad al darse por descubierta y sin saber muy bien por qué le preguntó por Sandra.

—¿Sandra trabaja con vosotros?

—¿Vosotros? —preguntó Iván levantando una ceja.

—Vosotros. La policía. —Hizo un gesto con los brazos abarcando la sala.

—Imagino que ella ya te habrá dicho algo si lo preguntas.

—O sea que es verdad.

—Es muy buena. —Pausa—. No tanto como yo, pero casi.

Inés se rio dándose por enterada. Iván volvió la vista a la pantalla y a su canción, dando así por zanjada la conversación.

Inés recordó que tenía el móvil en silencio y fue a buscarlo al bolso que tenía abandonado en la silla. Al encontrarlo vio que tenía varios mensajes acumulados.

Uno de su jefe diciéndole que si necesitaba algo le avisase y que el día siguiente lo tenía libre por todo lo que pasaba con la policía. Ella solo le había dado una escueta explicación pero se ve que para él era más que suficiente.

Un mensaje de su madre preguntando por qué no había estado en casa cuando fue anoche a llevarle las lentes.

Y un audio de Amaya.

Se puso el teléfono en la oreja.

La voz entusiasta de su amiga llenó el auricular.

—He tenido un sueño muy raro. Me buscan. No sé nada más, pero tengo la sensación de que era por algo importante. Cuando puedas llámame para saber que estás bien. Aunque también soñé que estabas contenta, así que bien por ti.

Esto último lo dijo con más alegría, con ese cambio de registro suyo que en ella quedaba siempre bien.

—Voy a comer con Sonia, ya que ni tú ni Sandra estáis disponibles. Creo que tiene algo que pedirme. Te quiero mil. Llámame.

Inés bajó el teléfono.

Desde que sabía lo del estudio los sueños de Amaya le parecían más reales, algo a lo que deberían prestarle más atención. Le gustó que estuviera acompañada.

A su espalda Iván maldijo en voz baja.

Se había tirado café encima.

Al echarse para atrás para huir de sí mismo había tirado los USB que descansaban junto al teclado. Inés se acercó con las servilletas que había encima de la mesa para ayudarle a limpiar, se agachó a recoger los USB del suelo, uno en cada mano, y entonces pasó algo extraño.

El mundo se superpuso.

Pero no como las otras veces. Era algo más intenso, más lleno, más rápido, como si dos conversaciones empezaran a hablar al mismo tiempo y el cerebro pudiera escucharlas a las dos. Venía de los dos objetos a la vez.

Y vio.

Vio a Alex hablando con el hombre del traje oscuro, la misma escena de siempre pero más nítida, más completa. Vio a Pablo saliendo del portal de al lado de la cafetería, la capucha puesta, la mochila abierta, soltando el USB en el suelo con un gesto que no era un accidente. Deliberado. Calculado. Y vio el otro USB encima de un portátil nuevo, reluciente, mientras alguien escribía una nota para dejarla junto a él. Para que la encontraran. Para que la encontrara la policía.

Luego nada.

Iván terminaba de limpiar el café a su lado.

Inés tenía los dos USB en las manos.

Los dejó despacio sobre la mesa sin hacer ruido. Iván los recogió sin darse cuenta de nada, volvió a colocarlos junto al teclado y siguió con lo suyo.

Inés se quedó quieta mirando los objetos.

Se habían superpuesto las memorias de las dos cosas a la vez. Como si los dos objetos contaran partes de la misma historia y al tocarlos juntos la historia se completara.

¿Contaban los objetos una historia?

Y si era así, ¿qué le querían decir?

Cogió el café.

Y esperó.

Capítulo 24 — La hoja de asistencia

Moisés y Gustavo iban en el coche analizando todo lo que les había dicho Inés sobre Pablo.

¿Era posible que Alex y Pablo fueran la misma persona?

Gustavo iba mirando los apuntes de su libreta, con todos los acontecimientos del caso anotados con su método sistemático de siempre, relatando en voz alta las partes que creía más relevantes. Moisés escuchaba e intervenía de forma escueta cuando lo creía necesario, con la mirada fija en la carretera, mientras en su mente lo iba colocando todo en su lugar.

Llegaron a Origen.

Cerrada.

—Mierda —dijo Gustavo.

Había un cartel pegado en la puerta. Escrito a mano, sin más explicación: la cafetería permanecería cerrada tres días por motivos personales.

Era raro. Y Moisés no creía en las casualidades.

Se acercó al edificio de oficinas y le preguntó a la chica de recepción si sabía algo de la cafetería. Ana, así se llamaba. Había hablado con ella al principio del caso, fue la que les entregó el sobre con uno de los USB que ahora tenían en la investigación.

—Ayer estaba abierta —dijo con su acento asturiano—. Solo que cerró antes de lo de costumbre. Y el cartel lo he visto esta mañana al llegar a trabajar.

—¿Conoces a Pablo? ¿El camarero?

—Poco. Lleva poco tiempo. Es majo, aunque no muy hablador. Juan, el otro chico, da más conversación.

—¿Sabes cómo localizar a alguno de los dos?

Ana negó con la cabeza.

—No te preocupes —dijo Moisés.

Hizo un barrido visual por el vestíbulo antes de salir y cuando iba a darse la vuelta una silueta junto a los ascensores le saludó con la

mano y se dirigió hacia él. Tardó un segundo en darse cuenta de que era Amaya, que iba con otra chica. La otra pasó por su lado sin pararse y salió a la calle mientras Amaya se detenía a hablar con él.

—Inspector. Espero que esté tratando bien a mi amiga.

—Tranquila. Está bien.

Amaya se relajó un poco. La forma de dirigirse a él había sido desenfadada, pero en ese gesto se podía adivinar que era un tanto impostado, una manera de que no se notase demasiado la preocupación. Moisés se había dado cuenta desde el principio y la volvió a tranquilizar.

Amaya asintió y se iba a ir, pero Moisés la paró para hacerle más o menos las mismas preguntas que a Ana. Le preguntó por Pablo, por la cafetería, por Juan. Las respuestas fueron parecidas a las de Inés. Y en cuanto a que estuviera cerrada hoy, se quejó un poco porque iban a tener que ir más lejos a comer, a un bar de menú que había dos edificios más al fondo.

—¿Vas sola? —preguntó Moisés.

—No, con Sonia.

La buscó con la mirada pero no la vio. Había salido y Amaya no se había dado cuenta.

—Me estará esperando fuera —dijo, mirando hacia la calle. Y antes de irse se giró una última vez—. Cuídeme a Inés, inspector.

Y salió.

Moisés hizo otro barrido visual por la recepción y salió a la calle. Gustavo colgaba el teléfono en ese momento.

—El dueño de la cafetería es un tal Juan Sánchez. Se ha casado y se ha ido de viaje de novios un mes. Por eso metió a trabajar a ese Pablo, para que se encargara de la cafetería mientras él estaba fuera y para que Juan tuviera algo más de libertad. Está en México. Me ha dicho que me manda ahora los datos de contacto de Pablo.

Moisés asintió.

—Pues vamos a comisaría. A ver si podemos sacar algo más de los vídeos y los comparamos con el retrato que ha hecho Rober. Y llama al juez de guardia para pedir una orden de inspección a fondo de Innova Systems Engineering. A ver si Boros nos oculta más cosas. Con las pruebas que ha sacado Iván del USB debería bastar para que nos la concedan.

Durante el trayecto a comisaría fueron en silencio. Pero se notaba que los dos iban encajando piezas, cada uno a su manera. Ninguno

decía nada y aun así se podía sentir en el ambiente.

Al llegar había cierto revuelo en la comisaría.

Tanto los ciudadanos como los propios policías parecían emocionados. Desde fuera se veía bastante gente en una de las salas que normalmente usaban para reuniones, y en los alrededores la gente cuchicheaba e intentaba mirar hacia dentro.

—Sí, es él —escuchó decir a una de las policías de ventanilla.

—Es muy guapo —decía otra.

Moisés se abrió paso hacia el interior y se quedó casi en shock con lo que vio.

La sala estaba llena de gente que comentaba y miraba embobada a un Yago Erre con sus vaqueros caros, su camisa hawaiana con americana encima y sus gafas de cristales amarillos, escribiendo en una pantalla números que podrían parecer al azar. Pero si Moisés había aprendido algo de su breve encuentro anterior con él, era que nada de lo que Yago hacía era al azar, por mucho que su intención fuera que lo pareciera.

Entonces Yago se giró hacia María, una de las inspectoras, y le señaló los números de la pantalla.

—Tu fecha suma un tres elevado por un ocho. Creatividad sostenida por ambición. Eres de las que resuelven el caso y encima redactan bien el informe. Pero el dos final te delata: te cuesta delegar. Trabaja eso.

María asintió despacio, con la expresión de quien acaba de ser leída en voz alta delante de veinte compañeros y no sabe si denunciarlo o pedir cita.

Moisés lo observó hacer aquello y carraspeó.

Todo el mundo se giró hacia él y enmudeció de golpe.

Yago se volvió con la sonrisa de quien sabe que ha conseguido exactamente lo que esperaba. Miró su reloj.

—Inspector. Ha llegado.

Moisés no pudo evitar mirar su propio reloj a la vez que lo hacía Yago.

Las 14:14.

Joder. ¿Cómo hacía eso?

—Señor Erre. ¿A qué debemos el placer?

—Yago, por favor.

—Yago.

—Me dijo que le informase si encontraba algo.

—¿Ha encontrado algo?

—Vamos. Acompáñeme.

Y se lo llevó a su despacho como si la comisaría fuera suya, lo cual a esas alturas y a juzgar por el público, no era del todo inexacto.

Al pasar por delante de la sala donde trabajaban el caso, Moisés vio a Inés sentada de espaldas con el móvil en las manos. Se giró un segundo al verle pasar y sonrió. Él le devolvió el gesto de forma automática.

—Yago —dijo Moisés señalándole la silla al otro lado de la mesa mientras él se sentaba. Gustavo entró detrás y cerró la puerta.

—He encontrado una carpeta. Ya sabe, lo del estudio que hablamos.

—¿Puedo verla?

—No la he traído.

Moisés levantó la vista hacia Gustavo, que lo miró con la expresión universal de entonces qué hace aquí.

—No la he traído porque no es relevante —continuó Yago, imperturbable—. Era lo mismo que encontraron en la de Amaya. Consentimientos, formularios, resultados que no dicen nada. —Pausa—. Pero esto no estaba en la de ella.

Sacó un papel doblado del bolsillo y se lo entregó.

Moisés lo desdobló mientras Yago seguía hablando.

—Le dije que el investigador era amable. Joven, treinta y pocos, con esa forma de tratarnos como si fuéramos importantes. De los que entran en una sala y la sala se calma sola. Nunca supe su nombre. O nunca me lo aprendí, que viene a ser lo mismo pero con menos mérito.

Moisés miró el papel.

Era una hoja de asistencia. Nada más. De esas que se firman en la universidad para registrar quién ha ido a clase. Una tabla con nombres, fechas y firmas.

—Esto es una hoja de asistencia —dijo.

Recorrió los nombres. Algunos los reconocía. Amaya Ruiz. Diego Herrera. María Parra.

—Exacto —dijo Yago, asintiendo con su sonrisa de siempre—. Ahí firmábamos la asistencia, igual que en cualquier otra clase de las optativas. Y ese investigador tan amable firmaba la asistencia de todo el mundo. Cada sesión. Con su nombre.

Moisés abrió los ojos.

Paseó la vista por la hoja hasta el final del todo, donde una línea separada del resto, escrita con letra apretada y vertical, decía:

Supervisor: Ramiro Núñez.

Moisés leyó el nombre dos veces.

Quince años buscándose un hueco en esta investigación y ahí estaba, en la última línea de una hoja de asistencia universitaria que había sobrevivido en una caja de un loft de Salamanca porque a Yago Erre no le gustaba tirar papel.

—¿Le suena este nombre? —dijo—. ¿Ramiro Núñez?

—Ya le dije que nunca me lo aprendí. —Yago se encogió de hombros—. Pero la gente que firma cosas deja rastro. Por eso yo no firmo casi nada.

—¿Recuerda algo más de él? Lo que sea.

Yago se quedó pensando un momento, con una quietud que no era duda sino búsqueda.

—Una cosa —dijo—. Una vez le pregunté para qué era el estudio de verdad. Era joven y un poco impertinente, qué quiere que le diga. Y él me sonrió y me dijo: para encontrar cosas que la gente no sabe que tiene. —Pausa—. En su momento me pareció una respuesta bonita. Ahora no sé qué me parece.

Moisés y Gustavo cruzaron una mirada.

—Gracias por venir, Yago.

—No me las dé todavía. —Se levantó con su fluidez habitual y se ajustó las gafas amarillas—. Démelas cuando lo encuentren. Y ahora si me disculpan, tengo un directo a las cinco y cinco.

—¿A las cinco y cinco?

—Hora espejo invertida. Para cerrar ciclos. —Lo dijo con total seriedad—. Funciona.

Gustavo le abrió la puerta sin intentar entender nada, que a esas alturas era la estrategia más sensata.

Yago salió al pasillo con esa forma de caminar como si el edificio entero fuera un plató. Las cabezas de media comisaría lo siguieron. Y al pasar por delante de la sala del caso, donde Inés seguía sentada con el móvil en las manos, se detuvo.

Un segundo.

Inés levantó la vista.

Yago la miró por encima de las gafas amarillas. Ladeó levemente la cabeza, como quien reconoce algo que no esperaba encontrar en ese sitio, y algo cambió en su expresión. No sorpresa exactamente. Reconocimiento.

—Uy, querida —dijo—. Tú también lo tienes.

Y siguió andando hacia la salida sin esperar respuesta, sin explicar nada, con las manos en los bolsillos y la tranquilidad de quien acaba de decir algo enorme con el tono de quien comenta el tiempo.

Inés se quedó con la boca entreabierta mirando el hueco de la puerta por donde había desaparecido.

Moisés, desde el pasillo, lo había visto todo.

No dijo nada. Pero lo guardó.

—Iván.

—Dime.

Moisés dejó la hoja de asistencia junto a su teclado.

—Ramiro Núñez. Búscalo.

Iván cogió la hoja, leyó el nombre, miró las firmas, y se giró hacia sus monitores con su energía de sabueso digital. Gustavo acercó una silla. Inés se levantó de la suya y se acercó también, y nadie le dijo que no lo hiciera, lo cual a esas alturas era su acreditación oficial.

Durante un par de minutos solo se oyó el ruido de las teclas y el tarareo bajo de Iván, que aparentemente era incapaz de trabajar sin banda sonora propia.

—Ramiro Núñez —dijo finalmente—. Hay unos cuantos en España. Pero atentos a este.

Abrió un artículo en el monitor grande.

Era una pieza de una revista de divulgación científica de hacía más de quince años, de esas que ya no existían en papel. Un perfil breve, dos columnas, sobre un investigador que había dejado la sanidad militar para dedicarse a la investigación cognitiva en el ámbito civil. El texto hablaba de sus años como médico investigador en el ejército, de su especialización en memoria y percepción bajo condiciones extremas, de su salto a la colaboración con universidades. Y citaba una frase suya que Iván leyó en voz alta:

—“Lo que me interesa no es lo que el cerebro hace, sino lo que podría hacer y no sabemos. Hay capacidades que solo aparecen cuando alguien las busca.”

Silencio en la sala.

—Hay foto —dijo Gustavo.

Iván bajó el cursor.

La foto mostraba a un hombre de unos treinta y cinco años. Pelo oscuro, abundante. Sonrisa amable, de las que se entrenan o se tienen. Bata blanca sobre camisa clara, posando en lo que parecía un laboratorio universitario.

Inés se inclinó hacia la pantalla.

Había algo. En la forma de la mandíbula. En cómo miraba a la cámara, con esa serenidad de quien está acostumbrado a caer bien y a que eso le funcione.

—Será posible —dijo Gustavo en voz baja.

—Espera —dijo Iván—. Vamos a salir de dudas.

Capturó la foto y la metió en otro programa. Empezó a teclear parámetros con una velocidad que hacía difícil seguir lo que hacía.

—Envejecimiento facial proyectado —explicó sin que nadie preguntara—. Le sumamos quince años y vemos qué nos da.

En la pantalla, el rostro del Ramiro Núñez del artículo empezó a transformarse despacio. Las líneas de la frente se marcaron. Los surcos a los lados de la boca se hicieron más profundos. El pelo retrocedió ligeramente y fue perdiendo color, primero en las sienes, luego hacia atrás, hasta quedarse en un entrecano peinado hacia atrás.

Inés sintió que se le erizaba la piel de los brazos antes de que el programa terminara.

Porque ya lo sabía.

Lo sabía desde la mandíbula.

El programa terminó de procesar y congeló la imagen final.

Iván la imprimió sin decir nada, se levantó con el papel todavía caliente y lo colgó en el tablón. Justo al lado del retrato que Rober había dibujado esa misma mañana a partir de la descripción de Inés.

Los dos rostros quedaron uno junto al otro.

El mismo pelo entrecano peinado hacia atrás. La misma mandíbula. La misma expresión serena de quien sabe esperar.

Nadie dijo nada durante un segundo largo.

—¿Sabéis qué? —dijo Gustavo finalmente.

—Que son la misma persona —dijo Moisés.

El hombre del traje oscuro tenía nombre y apellido.

Ramiro Núñez. Médico. Investigador militar. Supervisor del estudio que había empezado todo hacía quince años.
Y llevaba semanas paseándose por delante de todos ellos.

Capítulo 25 — Ramiro Núñez

Inés miraba los dos retratos colgados en el tablón.

El dibujado por Rober esa misma mañana a partir de su descripción. Y la foto de archivo envejecida digitalmente que Iván acababa de imprimir.

El mismo hombre.

Llevaba semanas viéndolo en visiones. Lo había visto en la cafetería, sentado al fondo con un café a medio beber que alguien había recogido antes de que llegara nadie. Lo había visto en su propia visión dejar la tarjeta de acceso en recepción. Lo había visto girarse hacia el pasillo y mirarla a ella.

Y ahora tenía su nombre.

Ramiro Núñez.

No era un fantasma. No era una figura de sus visiones que solo existía en la memoria de los objetos. Era un hombre real con nombre y apellido y un artículo en una revista de divulgación científica donde sonreía a la cámara con esa amabilidad estudiada suya.

Había estado ahí desde el principio.

Y ella también había estado ahí desde el principio para él.

Eso era lo que más le costaba procesar. Que la dirección no era solo de ella hacia él. Que en la visión de la taza él la había visto pasar. Que sabía que ella existía, que frecuentaba ese edificio, que subía a la planta siete.

¿Qué más sabía?

—Inés.

Moisés estaba a su lado. No había notado cuándo había llegado, que últimamente era un patrón preocupante, pero con él era diferente al resto. Con el resto era distracción. Con él era que su presencia resultaba tan natural que el cerebro dejaba de registrarla como novedad.

—¿Estás bien?

—Estaba pensando en que él me ha visto —dijo ella—. En las visiones siempre soy yo la que ve. Pero en la de la taza él se giró y me miró. Me vio pasar por ese pasillo.

Moisés no respondió de inmediato. Procesaba, que era lo que hacía cuando algo era importante.

—Lo sé —dijo—. Y quiero que te quedes aquí mientras Gustavo y yo gestionamos lo de la orden de registro.

—¿Cuánto tardará?

—Unas horas. El juez de guardia ya tiene el expediente.

—¿Y Boros?

—Cuando tengamos la orden, Boros no va a poder hacer nada. —Pausa—. ¿Tienes hambre?

Inés se dio cuenta de que sí. No había comido nada desde el café de la mañana.

—Un poco.

Moisés hizo un gesto a uno de los agentes de la sala y dijo algo en voz baja. Cinco minutos después apareció un bocadillo de tortilla y un zumo de naranja que Inés no había pedido pero que era exactamente lo que habría pedido.

Lo miró.

Luego lo miró a él.

Él ya había vuelto a sus papeles.

Las horas siguientes fueron de esa espera activa que Inés había aprendido a gestionar en los últimos días. Actividad a su alrededor, conversaciones a medias, el ir y venir de Gustavo e Iván con novedades que no terminaba de escuchar completas.

Se puso a trabajar en el portátil que alguien le había prestado. Respondió correos, revisó el informe de Toledo, contestó a su madre con un mensaje tranquilizador que era verdad a medias. Le mandó un audio a Amaya diciéndole que estaba bien y que luego le contaba, que no saliera sola si podía evitarlo. Amaya le respondió con un emoji de detective y otro de corazón, que era su forma de decir que lo había entendido todo.

En algún momento Sandra le escribió: ¿Estás en comisaría? Iván me ha dicho que sí. ¿Necesitas algo?

Estoy bien, le contestó. Pero gracias.

A las cuatro de la tarde Moisés entró en la sala con la orden de registro en la mano y una expresión que Inés ya sabía leer.

—Tenemos la orden.

Gustavo ya estaba recogiendo.

—¿Y yo? —dijo Inés.

—Tú te quedas con Iván.

—Moisés.

Él la miró.

—Va a ser rápido —dijo—. Y quiero que estés aquí cuando volvamos. —Pausa, y luego en voz algo más baja—. ¿De acuerdo?

Inés sostuvo su mirada un momento.

—De acuerdo —dijo.

Los vio salir. La sala quedó más silenciosa. Iván seguía trabajando con su música de fondo y su café eterno, e Inés se quedó mirando el tablón donde los dos retratos de Ramiro Núñez seguían colgados uno al lado del otro.

Para encontrar cosas que la gente no sabe que tiene.

Eso había dicho, según Yago. Hacía quince años. A un grupo de universitarios que habían firmado una hoja de asistencia sin saber muy bien para qué.

Se preguntó qué habría hecho si hubiera ido ella también al estudio. Si Amaya hubiera conseguido convencerla aquella vez. Si hubiera tomado las pastillas azules de forma oficial y no por error en el baño de su amiga.

¿Habría pasado lo mismo? ¿O el don era independiente de todo eso?

¿Era un don, siquiera?

—Iván —dijo.

—Dime.

—Las pastillas del estudio. El potenciador cognitivo. ¿Podría haber tenido efecto en alguien que las tomara sin saber que las tomaba?

Iván giró la silla despacio.

La miró como quien evalúa cuánto sabe ya la persona que tiene delante antes de responder.

—Depende de si la persona tenía el rasgo genético previo —dijo—. Sin el rasgo, el fármaco no hace nada. O eso decían los datos que he visto. —Pausa—. ¿Por qué lo preguntas?

Inés miró el tablón.

—Por nada concreto —dijo.

Iván la miró un segundo más. Luego volvió a su pantalla.

—Claro —dijo, con el tono de quien no se cree nada pero tampoco tiene tiempo para insistir.

Moisés y Gustavo volvieron a las siete y media.

Inés lo supo antes de verlos por el sonido de la puerta y por algo en el ambiente de la comisaría que cambió cuando entraron, ese movimiento sutil que tiene la gente cuando los que mandan vuelven con noticias.

Moisés entró primero. La vio y asintió levemente, un gesto que no era acuerdo sino registro, y fue directo al despacho. Gustavo entró detrás con una caja de documentos y cara de haber encontrado cosas.

Media hora después Moisés salió y se acercó a ella.

Se sentó en la silla de al lado. No en la de enfrente, sino al lado, lo cual Inés registró sin analizarlo demasiado.

—¿Cómo ha ido? —dijo ella.

—Bien. —Pausa—. Boros coopera exactamente lo que tiene que cooperar, como siempre. Pero hemos encontrado documentación que Iván va a necesitar tiempo para procesar. —Otra pausa—. Y el despacho del fondo, el que tenía la taza.

—¿Qué pasa con él?

—Estaba vacío. Completamente vacío. Ni un papel, ni un objeto personal. Como si nadie hubiera trabajado ahí nunca.

Inés pensó en el café a medio beber. En el olor cuando entró esa noche.

—Alguien lo limpió.

—Sí. —Moisés la miró—. Lo cual significa que alguien sabía que íbamos a ir.

El silencio que siguió no era cómodo. Era del tipo que se instala cuando dos personas llegan a la misma conclusión al mismo tiempo y ninguna de las dos quiere decírla en voz alta todavía.

—Ramiro Núñez sabía que iban a ir —dijo Inés finalmente.

—Eso parece.

—¿Y eso qué significa?

—Que tiene información de dentro. O que es muy bueno anticipando movimientos. —Pausa—. O las dos cosas.

Inés miró el tablón desde donde estaba. Los dos retratos seguían ahí.

—Yago —dijo—. Lo que me dijo al salir.

—Lo escuché.

—¿Crees que tiene razón?

Moisés tardó un momento en responder.

—Creo que Yago ve cosas —dijo—. Y creo que lo que ve suele tener base, aunque use un lenguaje para describirlo que a mí me cuesta seguir. —Pausa—. ¿Tú qué crees?

Inés pensó en las pastillas. En la pregunta que le había hecho a Iván. En el rasgo genético previo.

—Creo que hay cosas que ya estaban —dijo—. Y que alguien las encontró antes de que yo supiera que las tenía.

Moisés la miró. Uno de esos segundos de más que ya le resultaban familiares.

—¿Tienes hambre? —dijo.

Inés se rio. Una risa pequeña y genuina.

—¿Siempre respondes las preguntas difíciles preguntando si tengo hambre?

—Solo cuando creo que la respuesta puede esperar y la cena no.

Salieron de comisaría a las nueve menos cuarto.

La noche de Madrid tenía esa temperatura de abril que no es cálida del todo pero promete, con el aire limpio de después de varios días de lluvia y las calles con menos gente de lo habitual para un jueves.

Caminaron sin un destino muy concreto durante un par de manzanas, con esa comodidad que se había instalado entre los dos desde la noche anterior y que ninguno había nombrado todavía porque nombrarlo habría requerido una conversación que ninguno de los dos parecía tener prisa en tener.

—Moisés —dijo Inés.

—Dime.

—Lo de anoche.

Él la miró de reojo mientras seguían andando.

—¿Qué pasa con lo de anoche?

—Nada. Solo que... —Inés se paró un momento, buscando las palabras con su precisión de consultora que a veces la abandonaba en los momentos menos oportunos—. No sé muy bien qué es esto. Lo que sea que está pasando entre nosotros. Y normalmente cuando no sé lo que es algo me pone nerviosa.

—¿Y ahora?

—Ahora también me pone nerviosa. Pero de otra manera.

Moisés siguió andando unos pasos antes de responder.

—Yo tampoco sé muy bien qué es —dijo—. Pero sé que me alegra que esté pasando.

Inés lo miró.

Él tenía los ojos al frente, con su postura de siempre, pero algo en la forma en que lo había dicho, sin adornos, sin rodeos, con la misma economía de palabras que ponía en todo, hizo que a Inés le resultara más que suficiente.

—A mí también —dijo.

Siguieron andando.

En algún momento él le cogió la mano, con la misma naturalidad de la noche anterior, como algo que tenía sentido hacer y por eso lo hacía. Y esta vez no hubo visiones ni USB ni revelaciones que lo interrumpieran.

Solo la calle y el aire de abril y los dos andando sin prisa hacia ningún sitio en particular.

Encontraron un sitio pequeño con mesas en la acera, con estufas de gas y una pizarra con el menú escrito a mano. Pidieron vino y algo de comer y se quedaron un rato así, hablando de cosas que no eran el caso, de Yago y sus horas espejo, de la cara de la inspectora María cuando le leyó la numerología delante de todos, de la cafetera de Moisés y la opinión de Inés al respecto, que era mala.

—No le has dado una oportunidad —dijo él.

—Le he dado tres intentos. Eso es más que suficiente.

—Tres intentos en quince minutos no es una oportunidad, es un interrogatorio.

—Soy consultora. Evalúo rápido.

—La cafetera no ha cometido ningún delito.

—Todavía —dijo Inés.

Moisés se rio. De verdad, de las pocas veces que lo hacía del todo, con algo que le cambiaba la cara entera y que Inés decidió que era información que quería guardar.

Volvieron andando cuando ya era tarde. En el portal de Inés se pararon, como la noche anterior pero sin la urgencia de la noche anterior, sin USB ni revelaciones de por medio.

Solo los dos en la acera con el portal iluminado detrás.

Moisés la miró.

—Mañana necesito que vengas a comisaría por la mañana.

Tenemos que repasar todo lo que Iván haya podido sacar esta noche

de los documentos de Innova.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—Llegaré a las nueve y dos.

—Lo anotaré.

Inés sonrió. Él también, aunque el suyo era de los pequeños, de los que cambiaban solo un poco la comisura.

Se inclinó hacia ella y la besó. Despacio, sin la urgencia de la primera vez, de la forma en que se besa cuando ya no hay nada que demostrar sino algo que confirmar.

Cuando se separaron Inés se quedó un momento con los ojos cerrados.

—Buenas noches, Moisés.

—Buenas noches.

Subió. Y mientras el ascensor subía pensó que había días que empezaban de una forma y terminaban de otra completamente distinta, y que a veces esa diferencia era exactamente lo que necesitabas aunque no lo supieras al principio.

Capítulo 26 — La dirección de Pablo

Las 6:30.

El cuerpo de Moisés lo hacía de forma automática desde hacía años. Sin alarma, sin transición brusca. Solo los ojos abriéndose en la oscuridad y la cabeza ya funcionando.

Se hizo un café en la cafetera, que esta mañana obedeció sin drama, lo cual agradeció en silencio. Pensó en Inés peleándose con ella la mañana anterior, con esa expresión de concentración absoluta que ponía cuando algo no le salía, como si la cafetera fuera un cliente difícil al que había que convencer mediante la lógica. Se echó a reír solo en la cocina, que era algo que no le pasaba con frecuencia.

Se tomó el café de pie mirando por la ventana y luego se cambió para salir a correr.

Hoy sin ruta. Solo el parque y media hora para despejarse, que era lo que necesitaba cuando tenía demasiadas piezas en la cabeza y no todas encajaban todavía. Correr sin destino era su forma de ordenar sin intentar ordenar, dejar que las cosas encontraran su sitio solas mientras los pies hacían lo suyo.

Volvió, se metió en la ducha, y cuando salió encontró un mensaje de Gustavo en el móvil.

Solo una palabra: ¡Novedades!

Eran muchos años de compañeros. Con esa sola palabra ya sabía que era importante.

Eran las 7:30 cuando llegó a comisaría.

Ya estaban todos. Gustavo, Reyes e Iván. Miró a Iván con más atención. Tenía pinta de no haberse movido de ahí en toda la noche, con la misma ropa del día anterior y una hilera de vasos de café vacíos junto al teclado que contaban una historia sin necesidad de palabras.

Gustavo hizo un gesto teatral cuando lo vio entrar.

—Bella durmiente. Menos mal que nos honras con tu presencia.

—Los plebeyos sois los que trabajáis. Ya lo sabes.

Le guiñó un ojo.

Todos se echaron a reír. Era uno de esos momentos que destensaban una investigación en curso, de los que no se planean pero que necesitan existir. Llevaban semanas con el caso encima y seguían tirándose pullitas unos a otros como si fuera el primer día. Era una familia. Rara, disfuncional, con horarios incompatibles con cualquier vida social normal. Pero una familia.

Iván pasó unas imágenes a la pantalla principal y empezó.

Ramiro Núñez había sido el investigador principal del estudio universitario.

Lo que Iván había encontrado tras una noche entera de trabajo era el expediente completo, o lo más parecido a un expediente completo que existía de algo que claramente había sido diseñado para no dejar demasiado rastro.

El estudio original era genuinamente interesante desde el punto de vista científico. Ramiro partía de una hipótesis que en su momento había generado cierto interés en círculos académicos: que determinados rasgos cognitivos de base genética permanecían latentes en la mayoría de las personas por falta de estimulación específica. No habilidades sobrenaturales ni nada que se le pareciera, sino capacidades naturales del cerebro que la evolución había desarrollado pero que el entorno moderno raramente activaba. Percepción ampliada, reconocimiento de patrones, consolidación de memoria asociativa.

El fármaco que habían usado en el estudio era un potenciador experimental. No creaba nada. Amplificaba lo que ya estaba. Y Ramiro creía que en pacientes con daño neurológico grave podría ayudar a recuperar funciones que el cerebro había perdido por lesión pero que seguían codificadas a nivel genético.

En papel era extraordinario. El tipo de investigación que gana premios y aparece en portadas.

—Hasta aquí, el hombre es un científico serio con una idea buena —dijo Iván—. Aquí empieza la otra historia.

Después del estudio universitario, una empresa había contactado con Ramiro para patrocinar la continuación de su investigación. Iván había tardado horas en llegar a ese nombre porque estaba sepultado bajo capas de sociedades instrumentales y participaciones cruzadas.

Innova Systems Engineering.

Ramiro había entrado como investigador principal. Tenía financiación, laboratorio, acceso a sujetos con perfiles específicos. Todo lo que necesitaba para llevar su hipótesis al siguiente nivel.

Seis meses después de empezar, Ramiro dejó el proyecto.

Sin declaraciones públicas. Sin explicaciones registradas. Presumiblemente con un contrato de confidencialidad que le impedía hablar. Y con eso, desapareció del mapa científico durante años.

Seis años después apareció de nuevo, vinculado a un estudio con pacientes de Alzheimer en otra compañía. Trabajo discreto, sin publicaciones relevantes, sin apariciones en congresos. Como alguien que sigue en el sector pero ha decidido no llamar la atención.

—Y luego —dijo Iván— hace aproximadamente dos meses, empieza a aparecer cerca del edificio.

Pasó las imágenes.

Eran de las cámaras de la zona, extraídas con la autorización que habían conseguido días atrás. Ramiro Núñez cerca de la entrada principal. Ramiro Núñez en la cafetería de al lado. Ramiro Núñez en la esquina mirando hacia el edificio.

—No sabemos por qué volvió —dijo Iván—. Pero volvió exactamente cuando Alex Duarte llevaba ya tres meses trabajando en Innova. Igual vino por el estudio original. Igual vino por Alex. Igual las dos cosas.

—Hay que encontrarlo —dijo Moisés.

—Seguimos en ello —dijo Reyes—. La dirección que teníamos era de Barcelona y lleva dos meses sin aparecer por allí. Estamos mirando si tiene familia en Madrid, hoteles, cualquier cosa. Pero de momento nada.

Moisés asintió.

—¿Y los documentos de Boros?

Iván cambió de pantalla.

La documentación que habían sacado del registro de Innova era voluminosa y, en apariencia, impecable. Boros había sido cooperativo de esa manera que siempre dejaba a Moisés con la sensación de que cooperaba exactamente en la medida en que no le quedaba otra opción. Los papeles estaban en orden. El estudio oficial era el que ya conocían, pacientes con deterioro cognitivo, aplicaciones médicas declaradas, ensayos en fase preliminar.

Lo que Alex había descubierto no aparecía por ningún sitio.

Las personas del estudio universitario tampoco estaban en el expediente oficial. Solo el fármaco, las aplicaciones médicas, las proyecciones de resultados. Un estudio limpio, con muy buenas intenciones, del tipo que nadie cuestiona.

—Este hombre tiene todo cubierto —dijo Gustavo.

—De momento —dijo Moisés.

Alguien asomó la cabeza por la puerta.

—El señor Boros está aquí.

Luis Boros a las ocho de la mañana tenía exactamente el mismo aspecto que a cualquier otra hora. Traje oscuro, camisa clara, el pelo con ese corte caro que no llama la atención precisamente porque está diseñado para no llamarla. Se sentó al otro lado de la mesa con la postura de quien está acostumbrado a estas salas y ha decidido que no le van a incomodar.

Fue Gustavo quien llevó las preguntas, como habían acordado. Moisés se quedó al fondo, observando.

Boros respondió con esa fluidez de quien ha preparado las respuestas antes de que llegaran las preguntas. El estudio, los fondos, los protocolos. Todo en orden, todo documentado, todo disponible para cualquier revisión que la policía considerase necesaria.

—Necesitamos un listado completo de empleados —dijo Gustavo—. Actuales y de los últimos dos años.

Algo cambió en la cara de Boros. Solo un instante, tan breve que si no estuvieras mirando con atención te lo perderías. Una tensión mínima alrededor de los ojos. Una pausa de medio segundo antes de responder.

—Por supuesto —dijo—. Tendré que pedírselo a recursos humanos. Hay procedimientos de protección de datos que cumplir.

—Naturalmente. Para esta tarde estaría bien.

—Haré lo que pueda.

Cuando salieron de la sala Gustavo y Moisés se miraron sin necesidad de decir nada. Los dos habían visto la misma cosa.

—Ese hombre oculta algo —dijo Gustavo.

—Ese hombre oculta muchas cosas —dijo Moisés—. La pregunta es cuál de ellas es la que no quiere que veamos en ese listado.

Inés llegó a las 9:06.

Moisés la vio entrar desde el pasillo y fue hacia ella.

—Llegas tarde.

—Ya te dije que lo haría.

—Dijiste nueve y dos.

—El Uber tardó más de lo previsto. Es culpa del universo, no mía.

—Lo anotaré.

Inés sonrió. Él también, pero solo con los ojos.

La llevó al despacho y le contó lo que tenían. El expediente de Ramiro, los seis meses en Innova y la desaparición, los años de silencio y la vuelta repentina dos meses atrás. Inés escuchaba con una atención que procesaba rápido y hacía pocas preguntas porque las buenas preguntas llegaban después de haber escuchado todo.

Luego Iván les pasó las imágenes de Ramiro cerca del edificio.

Inés las fue mirando una a una en silencio.

Y entonces se paró.

—Espera.

Señaló una imagen. Ramiro en la entrada del edificio, de espaldas, mirando hacia dentro. Y en el borde izquierdo del fotograma, entrando a la cafetería sin reparar en nada, una mujer con el pelo recogido y un bolso demasiado grande.

—Esa soy yo —dijo Inés.

—Sí —dijo Moisés.

—Estábamos en el mismo sitio al mismo tiempo y yo no lo vi.

—No tenías razón para buscarlo.

—Pero él sí me vio a mí. —Inés apartó la vista de la pantalla—. Lo vi en la visión. Se giró hacia el pasillo y me miró. Sabía quién era yo.

Moisés asintió, callado.

—¿Crees que soy un objetivo? —dijo Inés.

—Creo que eres alguien que sabe demasiado para que cierta gente esté cómoda. —Pausa—. Por eso no quiero que vayas sola a ese edificio hasta que sepamos más de dónde está Ramiro.

Inés lo miró un momento.

—De acuerdo —dijo.

En ese momento le vibró el móvil. Lo miró y sonrió con esa sonrisa de quien recibe exactamente lo que necesitaba en el momento adecuado.

—Es Amaya.

Lo puso en alto sin que Moisés pudiera decir nada.

La voz de Amaya llenó el despacho con su energía de siempre.

—Inés, hay policía desmantelando Innova, ¿estás bien? Hoy como no habéis venido ni tú ni Sandra ni Sonia estoy sola con Víctor y no tengo suficiente para cotillear. He intentado sacarle algo pero me quiere vender su programa de entrenamientos. Le he dicho que cuando sea yoga o meditación hablamos. —Una pausa—. Llámame cuando puedas. Te quiero.

El audio terminó.

Moisés miraba el móvil con una expresión que Inés no supo exactamente cómo clasificar, entre la concentración habitual y algo que podría haber sido diversión contenida.

—Tu amiga —dijo.

—Mi amiga —confirmó Inés.

—¿Siempre es así?

—Siempre. —Pausa—. ¿Lo guardas para la investigación o puedo llamarla ya?

—De momento mejor espera.

—Lo imaginaba.

Moisés le contó entonces lo del registro. Que se estaban llevando todo, incluida la documentación del fármaco y los servidores. Que Boros ponía cara de colaborar pero no se le veía cómodo, que cooperaba exactamente en la medida en que no le quedaba otra opción y no un milímetro más.

Inés escuchaba y asentía, y Moisés pensó que había algo muy específico en la forma en que ella procesaba la información, algo que no era solo inteligencia sino una especie de capacidad para ver el mapa completo mientras seguía los detalles, que probablemente tenía que ver con años de consultoría y probablemente también con otras cosas.

La puerta se abrió.

Gustavo entró con la cara de quien trae algo gordo y sabe que lo es.

—Juan ha mandado los datos de Pablo. El camarero.

Moisés lo miró.

—¿Y?

Gustavo sonrió.

—¿A que no sabes qué?

—Gustavo.

—La dirección que ha dado Pablo. —Hizo una pausa que duró exactamente lo suficiente—. Es la casa de Alex Duarte.

Capítulo 27 — Alex Duarte

La dirección era la misma que ya tenían en el expediente.

Chamberí. Tercero sin ascensor. El edificio con portería que olía a madera antigua y a vidas ordenadas, que Moisés recordaba con la precisión que tenía para los espacios. Habían estado aquí semanas atrás, cuando el piso de Alex era un sitio al que alguien había vuelto a dejar un portátil, un USB y una nota de cuatro palabras.

Esta vez subieron sin saber qué iban a encontrar.

Llamaron.

Silencio.

Moisés miró a Gustavo. Gustavo miró la puerta.

Volvieron a llamar.

Esta vez sí. Pasos al otro lado, lentos, como de quien se lo piensa antes de moverse.

La puerta se abrió.

Moisés tardó un segundo.

Solo un segundo. El tiempo justo para que el cerebro procesara lo que estaban viendo los ojos y decidiera que era real.

El hombre que abrió podría haber sido Pablo. Tenía la misma altura, el mismo pelo oscuro algo más largo de lo que se llevaría en una foto de expediente, los mismos ojos claros que contrastaban con el resto. La misma forma de quedarse quieto en el marco de la puerta, evaluando. Sin la camiseta azul de Origen. Sin la mochila. Pero con la cicatriz en el nudillo del índice derecho, pequeña y antigua, exactamente donde Inés la había descrito.

—¿Alex Duarte? —dijo Moisés.

—Depende de quién pregunte.

—La policía.

—Entonces sí.

El piso era el mismo de siempre y no lo era.

Los libros seguían en las estanterías. Los platos apilados en el escurridor. El orden particular que Moisés había registrado la

primera vez que entró seguía ahí, pero superpuesto a señales de ocupación real. Ropa doblada sobre una silla. Un portátil abierto con varias pestañas. Folios con notas apilados junto a una taza de café que todavía echaba vapor.

Y en la pared del fondo, un panel.

—Siéntense —dijo Alex—. Voy a por café.

Gustavo miró a Moisés. Moisés ya estaba mirando el panel.

Se acercó despacio, como quien se acerca a algo que sabe que va a cambiar varias cosas a la vez y quiere tomarse el tiempo de verlo bien antes de que eso pase.

Era grande. Corcho y chinchetas, del tipo que se monta cuando llevas mucho tiempo pensando en algo y necesitas sacarlo de la cabeza para verlo desde fuera. Fotos impresas, algunas tomadas a distancia, otras sacadas de fuentes públicas. Recortes. Notas manuscritas con la letra apretada de quien escribe rápido para no perder el hilo. Fechas. Nombres. Flechas que conectaban unas cosas con otras siguiendo una lógica que Moisés tardó un momento en seguir pero que, cuando la siguió, era sólida.

Reconoció a Boros en una foto tomada a distancia, entrando al edificio. Reconoció el logo de Innova Systems. Reconoció una copia de parte de la lista que habían encontrado en la carpeta de Amaya, con algunos nombres marcados en rojo.

Amaya Ruiz. Marcada.

Y debajo, en otro color, un nombre que no estaba en la lista original.

Inés García.

Moisés se quedó mirando ese nombre durante un momento que duró más de lo que debería.

A su lado estaban las tres fotos. Inés saliendo del edificio de oficinas. Inés en la cafetería con Sandra. Inés caminando por la calle con el bolso demasiado grande y la vista en el móvil. La última tenía una fecha escrita debajo. El día de su cumpleaños.

Alex volvió con dos tazas y las dejó sobre la mesa sin decir nada. Luego se sentó frente al portátil, cruzó los brazos y esperó.

—¿Por qué está ella aquí? —dijo Moisés, sin apartar la vista del panel.

—Porque nunca debería haber aparecido.

Nadie dijo nada.

Gustavo dejó de escribir.

Moisés sostuvo la mirada de Alex.

—Explíquese.

—Para eso necesitan escuchar la historia completa.

—Tenemos tiempo. —Moisés cogió la taza de café—. Empiece.

Alex miró el panel un momento. Luego a los dos inspectores.

—Llevan semanas siguiéndome la pista —dijo—. Yo llevo semanas siguiéndoles la suya.

—¿A nosotros? —dijo Gustavo.

—A la investigación. —Alex señaló una sección del panel donde había una línea de tiempo—. Cuando supe que había un USB en comisaría supe que era cuestión de tiempo. Solo necesitaba que tuvieran suficiente para actuar.

—Por eso dejé el segundo USB —dijo Moisés.

—Por eso dejé el segundo USB.

—¿Y el portátil?

—También.

—¿Y el camarero? —dijo Moisés—. Pablo.

Algo cambió levemente en la expresión de Alex. No era incomodidad sino el reconocimiento de quien sabe que ya no hay nada que esconder.

—Necesitaba estar cerca del edificio sin que nadie supiera quién era. El dueño de la cafetería es un amigo. Dos meses siendo Pablo me dieron acceso a todo lo que necesitaba sin levantar sospechas. Podía observar, reunirme con gente, controlar lo que pasaba.

—¿Controlar a Amaya Ruiz? —dijo Moisés.

Alex no respondió de inmediato. Miró el panel. Luego a Moisés.

—Amaya Ruiz estaba en peligro sin saberlo —dijo—. Alguien la había puesto ahí deliberadamente. Cerca de Innova. Cerca de la investigación.

—¿Quién?

Alex volvió a mirar el panel.

—Para eso necesitan escuchar la historia completa.

—¿Y el USB que cayó de su mochila? —dijo Moisés.

Alex no respondió.

Se limitó a mirar el panel.

—La historia empieza mucho antes de ese USB.

Moisés siguió su mirada hasta el panel. Hasta las fotos de Inés. Hasta su nombre escrito debajo de la lista de Amaya en un color

diferente, como algo que no encajaba en el esquema original pero que alguien había añadido después porque no podía ignorarlo.

—¿Conoce a Inés García? —dijo.

La pausa fue breve. Pero existió.

—Sí —dijo Alex.

—¿Desde cuándo?

—Desde el día de su cumpleaños.

Moisés miró la fecha escrita debajo de la última foto. Luego miró a Alex.

—¿Y la tarjeta de acceso que encontró en el mostrador de Innova?

—La dejé yo.

Gustavo dejó de anotar un momento. Luego volvió a anotar.

Moisés miró el panel otra vez. Las fotos de Boros. Los nombres de la lista. Las imágenes de Inés en tres momentos distintos de su vida cotidiana sin que ella lo supiera. Su nombre escrito en un color diferente al resto. La fecha del cumpleaños.

—¿Cuánto tiempo lleva vigilándola? —dijo.

Alex sostuvo su mirada.

—No la estaba vigilando.

—Hay tres fotos tuyas en su pared y su nombre en una lista donde no debería estar.

—Estaba protegiéndola. Hay una diferencia.

—No siempre —dijo Moisés, con la misma calma de siempre, que no nacía de la frialdad sino del método—. Y depende de a quién le preguntes.

Silencio en el piso.

Alex miró el suelo un momento. Luego levantó la vista.

—Si quieren entender todo esto —dijo— van a tener que escuchar la historia completa. —Pausa—. Y va a llevar un rato.

Moisés miró la taza de café encima de la mesa. Las notas apiladas. El portátil abierto. El panel con meses de trabajo de alguien que había desaparecido sin desaparecer, que había estado en el mismo edificio todas las mañanas sirviendo café mientras construía esto.

—Tenemos tiempo —dijo.

Y se sentó.

Capítulo 28 — Desde el principio

Moisés cogió el café.

Estaba caliente. Lo cual significaba que Alex lo había preparado hace poco, que había sabido que iban a llegar en ese momento concreto, o que llevaba suficiente tiempo esperándolos como para tener el café listo cuando llamaran.

Ninguna de las dos opciones le resultaba especialmente tranquilizadora.

Se sentó. Gustavo también. Alex seguía frente al portátil, con esa calma de quien ha ensayado esta conversación muchas veces y sabe que no hay forma de que sea corta.

—Empiezo por el principio —dijo Alex.

—Empiece por donde quiera —dijo Moisés—. Pero no se deje nada.

Alex asintió.

Y empezó.

Había entrado en Innova Systems Engineering hacía seis meses. Aunque el proyecto en sí llevaba un año, con otro nombre y en otra sede antes de convertirse en Innova y mudarse a ese edificio.

—Al principio no le di más importancia al cambio —dijo Alex—. Las instalaciones eran mejores, el laboratorio más completo. Me pareció lógico. Fue después cuando entendí por qué ese edificio en concreto.

Ingeniero biomédico, especialidad en modelado computacional de sistemas biológicos. El trabajo era exactamente lo que decía la oferta: investigación en aplicaciones cognitivas, desarrollo de un compuesto para mejora de memoria en pacientes con deterioro neurológico. Alzheimer en fases tempranas. Amnesia postraumática. El tipo de investigación que uno hace porque quiere hacer algo que importe.

Durante los primeros tres meses no vio nada que no encajara.

El laboratorio era bueno. El equipo era serio. Boros aparecía de vez en cuando con la actitud de quien supervisa sin ensuciarse las manos y dejaba que los investigadores hicieran su trabajo. La documentación estaba en orden. Los protocolos eran correctos. Todo parecía exactamente lo que decía ser, y Alex lo había creído porque quería creerlo, porque tenía veintitantos años y un trabajo que podía significar algo.

—¿Cuándo cambió? —dijo Moisés.

—Cuando empecé a tener acceso a los servidores principales. — Alex miró el panel—. Al principio solo trabajaba con los datos que me asignaban directamente. Parcelas concretas, resultados acotados. Pero a los cuatro meses me dieron acceso ampliado para un proyecto paralelo que supuestamente requería contexto histórico. Y en ese acceso había carpetas que no deberían estar ahí.

—¿Qué tipo de carpetas?

—Archivos del estudio universitario. El original, el de hace quince años. —Pausa—. Lo primero que pensé fue que era exactamente lo que me habían dicho, material de archivo para entender la base del fármaco. Empecé a leerlo como haría con cualquier documento de contexto. Y entonces algo no cuadró.

—¿Qué no cuadraba?

—Los nombres. —Alex se levantó y señaló la lista que colgaba en el panel—. En los archivos del estudio había doce participantes. Datos cognitivos, resultados de las pruebas, valoraciones del investigador responsable. Pero tres de ellos tenían una carpeta separada. Más densa. Con seguimiento posterior, con actualizaciones recientes. —Hizo una pausa—. Actualizaciones de hacía tres meses. No de hace quince años.

Gustavo levantó la vista de la libreta.

—Alguien había estado siguiendo a esas tres personas —dijo Moisés.

—Alguien había estado siguiendo a esas tres personas durante quince años sin que ellas lo supieran. Y yo acababa de tener acceso accidental a esa información.

El silencio duró lo necesario.

—Cuénteme los tres —dijo Moisés.

Alex volvió a sentarse.

—La primera es María Parra. Vive en Alemania desde hace años, en Röttingen, un pueblo pequeño cerca de Würzburg. Casada con un alemán, vida tranquila, completamente alejada de todo esto. —Pausa—. Su rasgo es la intuición con las personas. Sabe quién va a llamar antes de que suene el teléfono. Percibe el estado emocional de alguien en cuanto entra en una habitación, antes de que esa persona diga una sola palabra. Siempre ha sido así, desde antes del estudio.

—¿Y el fármaco la afectó?

—Según los datos, moderadamente. De los tres es la que menos potencial mostraba, o al menos la que menos resultados medibles generó en las pruebas. Y al estar en Alemania era prácticamente imposible acercarse a ella de forma sutil sin levantar sospechas. —Alex abrió las manos—. La descartaron relativamente pronto. Está en los archivos pero nadie la ha contactado activamente desde hace años.

Moisés anotó mentalmente que Reyes había hablado con ella por videoconferencia semanas atrás. Que había contado lo mismo que los demás, el estudio, las pastillas azules, los cuestionarios. Que su marido llevaba veinte años diciéndole que daba miedo de lo bien que intuía las cosas.

—El segundo —dijo.

Alex miró el panel.

—Diego Herrera. —Una pausa—. Yago Erre.

—El influencer —dijo Gustavo, sin levantar la vista.

—El influencer. —Alex asintió despacio—. Él fue por quien me di cuenta de que el estudio podía haber funcionado de verdad. Cuando encontré sus datos y empecé a rastrear lo que había desarrollado después del estudio... —Se detuvo un momento, como buscando cómo explicar algo que le sigue pareciendo extraordinario aunque lo haya procesado muchas veces—. Los resultados financieros que tiene no son suerte. Son algo muy específico y muy consistente. La forma en que lee patrones en secuencias numéricas que nadie más percibe, la velocidad a la que procesa relaciones entre datos que aparentemente no tienen conexión. Es real. Está documentado.

—¿Lo investigó usted personalmente? —dijo Moisés.

—Durante meses fue mi principal objeto de estudio dentro del proyecto. —Alex cogió la taza—. Era el que mayores resultados mostraba de los tres. De lejos. El más interesante desde el punto de vista de lo que el fármaco podría haber amplificado. Si querías

demostrar que el compuesto funcionaba en condiciones reales, Yago Erre era tu mejor argumento.

—¿Y? —dijo Moisés.

—Y trescientos veinte mil seguidores. Apariciones públicas constantes. Un equipo de comunicación, un representante, un abogado. —Pausa—. Acercarse a él de forma sutil era casi imposible. Cualquier contacto relacionado con Innova habría levantado una bandera de inmediato. Y Yago es inteligente. No del tipo que se deja llevar fácilmente.

—¿Habló con él?

—En alguna ocasión. Sin revelar nada, claro. Conversaciones cortas, de las que uno tiene aparentemente sin motivo. —Alex lo dijo con la incomodidad de quien reconoce que se movió en terreno gris—. Es un tipo curioso. Muy real debajo de todo lo que construye hacia afuera. Carismático de una forma que no necesita esfuerzo.

—Eso —dijo Gustavo— es exactamente lo que pensé yo también. Moisés lo miró.

Gustavo encogió un hombro y volvió a la libreta.

—No era fácil seguirle la pista sin que lo notara —continuó Alex—. Así que volví a los datos. Y fue entonces cuando me fijé con más atención en el tercer nombre.

—Amaya Ruiz —dijo Moisés.

—Amaya Ruiz. —Alex se levantó otra vez y señaló el panel—. De los tres es la más difícil de medir. Según los informes del estudio, tiene episodios oníricos recurrentes que solo adquieren significado después. Sueña escenas, personas o conversaciones aparentemente inconexas y, días o semanas más tarde, reconoce que aquello ya había pasado por su cabeza.

—¿Premoniciones? —preguntó Gustavo.

—No exactamente. No puede anticipar nada de forma útil. No sabe qué está viendo cuando sueña ni cuándo ocurrirá. Solo lo identifica cuando sucede de verdad. Como si su memoria funcionara en dos direcciones distintas.

Alex hizo una pausa.

—Y según las evaluaciones posteriores al ensayo, el compuesto no creó esa capacidad. Ya estaba ahí. Lo único que hizo fue aumentar la frecuencia con la que ocurría.

—¿Y usted cómo lo confirmó? —dijo Moisés.

—Observándola. Desde la cafetería, desde el edificio. Durante semanas. —Alex no lo dijo con orgullo sino con la incomodidad de quien sabe que lo que hizo tiene un coste—. Es exactamente lo que dicen los datos. Pero verlo en una persona real es distinto a leerlo en un informe.

Moisés asintió despacio.

—Cuando empecé a investigarla de forma más sistemática, cruzando los datos del estudio con información actual, fue cuando encontré algo que no esperaba. Amaya Ruiz trabajaba en Kore Consulting. Planta cuatro del mismo edificio donde Innova tenía su laboratorio.

—Y eso no fue casual.

—No. —Alex lo dijo con una contundencia que no necesitaba más palabras—. Alguien sabía que ella estaba ahí. Alguien eligió ese edificio precisamente por eso. Las mejores instalaciones, el mejor laboratorio, todo eso era real. Pero el motivo real era Amaya. Y cuando lo entendí supe que no estaba solo investigando el proyecto por mi cuenta. Alguien dentro de Innova ya sabía lo que yo había tardado meses en descubrir.

—¿Quién? —dijo Moisés.

Alex se quedó callado un momento. Miró el panel. Luego la taza.

—Eso fue lo que me llevó tiempo entender —dijo—. Al principio pensé que el responsable era el investigador original. El que había diseñado el estudio universitario. Su nombre aparecía en todos los archivos como supervisor. Era el más obvio.

—Ramiro Núñez —dijo Moisés.

—Ramiro Núñez. —Alex asintió—. Estuve meses buscándolo. Cruzando datos, rastreando publicaciones, buscando cualquier huella digital que hubiera dejado después del estudio. No era fácil. Había desaparecido del circuito científico casi sin rastro. —Pausa—. Pero lo encontré. Y cuando lo encontré y pude hablar con él entendí que me había equivocado completamente.

—¿Por qué?

—Porque Ramiro Núñez no era el que estaba detrás de todo aquello. Era el investigador principal del estudio universitario, sí. Diseñó el protocolo, supervisó las sesiones, firmó las asistencias. Creyó en lo que hacía. —Alex miró sus manos—. Pero cuando Innova lo contrató para continuar la investigación y él fue entendiendo qué querían hacer realmente con los resultados, lo dejó. A los seis meses.

Borró lo que pudo de los servidores, destruyó copias físicas, y desapareció con miedo de lo que le podían hacer si hablaba.

—¿Y tardó meses en contarle todo eso? —dijo Moisés.

—Al principio no quiso hablar conmigo. Tenía miedo, llevaba años intentando no existir para que Boros y su gente no lo encontraran. Tuve que convencerle de que yo no era el enemigo, de que lo que yo tenía en los servidores demostraba que él había intentado parar aquello antes que nadie. —Pausa—. Y cuando lo entendió, cuando vio que yo llevaba meses construyendo el mismo caso que él había intentado construir quince años atrás, cambió. Me dijo que esta vez no iba a huir. Que si había alguien dispuesto a llevar esto hasta el final, él iba a ayudar.

—¿Dónde está ahora?

—Nos comunicamos cuando él decide. Es más seguro así. —Alex miró el panel—. Pero está disponible cuando lo necesiten.

Moisés miró el panel con todos esos datos, esas flechas, esos meses de trabajo silencioso.

—Pablo —dijo.

Alex lo miró.

—Necesitaba estar cerca del edificio sin que nadie supiera quién era. Quería controlar que Amaya estuviera bien, que nadie de Innova se le acercara de una forma que pudiera alarmarla. Y necesitaba un lugar para reunirme con Ramiro sin levantar sospechas. Una cafetería pegada al edificio era perfecto. Nadie mira dos veces a un camarero.

—¿Y cómo lo compaginaba con Innova?

—Como investigador principal no tenía horario fijo. A veces estaba quince horas seguidas en el laboratorio, a veces me conectaba desde casa con mis credenciales y nadie preguntaba nada. Tenía una libertad de movimiento que el resto del equipo no tenía. —Pausa—. El dueño de la cafetería es un amigo de hace años. Le pedí ayuda. Empecé a ir a ratos, para que la gente del edificio me fuera conociendo como Pablo, para que me vieran como parte del paisaje. Que un camarero aprenda rápido lo que piden los clientes no llama la atención. Es lo que se espera.

—¿Y cuándo se quedó solo?

—Su boda fue el momento perfecto. Se fue un mes a México. Y yo ya llevaba suficiente tiempo para que nadie en el edificio cuestionara

mi presencia. —Pausa—. Desde la cafetería podía observar quién subía y quién bajaba, controlar los movimientos de Innova, y reunirme con Ramiro con total naturalidad. Nadie sospecha de un camarero que toma café con un cliente en su hora libre.

—¿Y nadie en Innova lo notó?

—Me buscaron porque ese lunes tenía una reunión con Boros y no aparecí. Hasta entonces nadie había cuestionado nada.

Moisés procesó todo eso en silencio durante un momento.

—¿Quién sabía dentro de Innova que usted investigaba la lista?

Alex se quedó callado. Miró el panel. Luego la taza. Luego a Moisés.

Hubo algo en ese silencio que era distinto a los anteriores. Era el silencio de quien está a punto de decir algo que le cuesta no porque no quiera sino porque decirlo en voz alta lo vuelve definitivo.

—Hubo una noche —dijo finalmente— en que alguien entró al laboratorio cuando yo estaba haciendo copias de documentos. Era tarde. Creía que estaba solo.

—¿Qué pasó?

—Me vio. Vio lo que estaba haciendo, los archivos abiertos, el USB conectado. Y me dijo que lo dejara. Con esas palabras exactas: que lo dejara, que si seguía así me iban a pillar. —Pausa—. No me pareció una amenaza. Me pareció una advertencia de alguien que quería protegerme. Alguien que sabía lo que yo estaba haciendo y prefería que parara antes de que las cosas se complicaran.

—¿Y paró?

—No. Seguí. Porque lo que había encontrado era demasiado importante para pararlo por miedo.

—¿Y esa persona lo delató?

—Dos días después de esa conversación supe que Boros sabía lo que yo había estado haciendo. Que sabía que había copiado archivos, que había estado en carpetas a las que no debía tener acceso. No me lo dijo directamente. Pero hubo cambios. Cambios en mis permisos de acceso, reuniones que se cancelaron sin explicación, conversaciones que se cortaron cuando yo entraba. —Pausa—. Ese lunes tenía una reunión con Boros. Supe que no podía ir.

—Y desapareció.

—Desaparecí esa misma noche. Cogí lo que tenía y me fui.

—¿Quién entró esa noche al laboratorio? —dijo Moisés.

Alex cerró los ojos un instante.

—Alguien que llevaba en el proyecto desde el principio. Que entró a trabajar ahí porque yo lo pedí. Que creía en ello, que creía de verdad que el fármaco podía hacer cosas extraordinarias y que los medios eran secundarios comparados con eso. —Una pausa larga—. Éramos amigos del instituto. La conocía desde los dieciséis años.

Gustavo dejó de anotar.

Moisés esperó.

—Me decepcionó —dijo Alex, con esa quietud de quien ha procesado algo durante mucho tiempo y ya no le queda rabia, solo el peso—. No voy a decir que no me decepcionó. Confiar en alguien durante años y descubrir que en el momento en que más importaba eligió otra cosa.

—¿Un nombre? —dijo Moisés.

Alex abrió los ojos.

—Sonia Martín.

El nombre quedó flotando en el aire del piso.

Moisés pensó en Sonia. En la mujer que había interrogado semanas atrás cuando todo empezaba. Que cuando le preguntó por Alex parecía más distraída que rota, más pendiente de otra cosa que de la desaparición de alguien que supuestamente era su amigo. En la que ayer, cuando habló con Amaya en el vestíbulo del edificio, se había ido sin pararse ni mirar atrás. Y que según el audio que Inés había escuchado esa mañana, hoy tampoco había ido a trabajar.

—¿Y sigue pensando eso? —dijo—. ¿Que el fin justifica los medios?

—No lo sé —dijo Alex—. Y eso también me preocupa.

—¿Y usted?

Alex tardó unos segundos.

—Yo dejé de pensar que el fin justificaba los medios cuando empecé a ver nombres en una lista en lugar de sujetos de estudio.

Silencio.

—¿Sonia sabe dónde está usted? —dijo Moisés.

—No.

—¿Y sabe lo de Inés García?

Alex sostuvo su mirada.

—Eso es lo que no sé. Y es lo que más me preocupa.

Nadie habló durante unos segundos.

Moisés volvió a mirar las fotografías de Inés pegadas al corcho.

—¿Por qué está ella en ese panel? —dijo—. No estuvo en el estudio original. No hay nada de ella en ningún archivo. No debería estar ahí.

—No debería —dijo Alex—. Eso es exactamente el problema. —Se levantó y se acercó al panel—. Inés García no participó en el estudio universitario. No hay registros de ella en ninguno de los archivos del proyecto. Nunca estuvo expuesta al fármaco de forma oficial. Y sin embargo...

—Sí estuvo —dijo Moisés.

Gustavo levantó la vista de golpe.

Moisés le hizo un gesto discreto con la mano. Tranquilo. Luego miró a Alex.

—¿Cómo es posible? —dijo Alex, con genuina sorpresa—. No aparece en ningún sitio.

—Las pastillas del estudio. Amaya las guardó sin saber muy bien por qué. Las tenía en el baño. Inés las tomó en varias ocasiones pensando que eran para el dolor de cabeza.

Alex permaneció inmóvil durante varios segundos.

—Entonces sí estuvo expuesta —dijo por fin—. No dentro del ensayo. No con dosis controladas. Pero estuvo expuesta.

—Eso parece.

Alex se acercó al panel.

—Si lo que sabemos sobre María, Diego y Amaya es correcto, el compuesto nunca creó capacidades nuevas. Solo intensificó algo que ya existía.

Miró a Moisés.

—Y si lo que le está ocurriendo a Inés empezó después de esa exposición accidental... entonces quizá también había algo previo en ella.

—¿Algo genético? —preguntó Gustavo.

—O hereditario. O algún marcador que nunca aprendimos a identificar. No lo sé. Pero si cualquier persona reaccionara así, Innova habría podido reproducir el efecto hace años. —Hizo una pausa—. Y por lo que he leído en los archivos, nunca pudieron hacerlo.

Moisés recordó las pastillas guardadas en el baño de Amaya. Inés las había tomado en varias ocasiones sin saber lo que eran.

Y sin embargo Alex tenía razón.

Si aquello bastara para provocar el efecto, Innova habría podido reproducirlo hacía años. No. Tenía que haber algo más. Un rasgo común que compartían María, Diego, Amaya e Inés y que nadie había sabido reconocer hasta ahora.

—¿Y eso qué significa? —dijo Moisés.

Alex negó despacio con la cabeza.

—Que Inés no cambia lo que creíamos saber sobre el compuesto.

—¿Entonces?

—Cambia lo que creíamos saber sobre las personas capaces de responder a él.

El silencio llenó el piso.

Alex apartó la mirada del panel y volvió a sentarse.

—Durante quince años hemos intentado perfeccionar una sustancia —dijo en voz baja—. Y quizá lo que nunca entendimos fue a las personas que la recibieron.

Capítulo 29 — Sonia Martín

Era la primera vez que no iba a trabajar desde que había empezado este proyecto.

Sonia lo pensó sentada en el sofá con el té entre las manos, mirando la pantalla del móvil sin ver nada en particular. Un año. Hacía un año que Alex la había llamado para proponerle aquello, y en ese año no había faltado ni un solo día. Ni cuando tenía fiebre. Ni cuando las cosas se complicaban. Ni siquiera cuando Alex desapareció y durante varios días no supo si había sido una decisión suya o algo que ella había provocado.

Hoy no podía ir.

Boros la había llamado esa mañana. Le había dicho, con esa calma que siempre parecía contener más de lo que decía, que la policía había pedido el listado completo de empleados de Innova. Que él se encargaría de gestionar eso. Que de momento lo mejor era que ella no apareciese por el edificio.

Que ya la avisaría.

Sonia había asentido, había colgado, y luego se había quedado mirando el teléfono durante varios minutos intentando ordenar lo que sentía. No era miedo exactamente. Era algo más difuso. La sensación de que las piezas se estaban moviendo de formas que ella ya no controlaba del todo.

Hacía un año, cuando Alex la llamó, ella acababa de ser rechazada para una beca de investigación en la que había depositado muchas esperanzas.

No era la primera vez que pasaba algo así. Llevaba años en esa rueda, proyectos que prometían y no llegaban, oportunidades que se cerraban antes de que pudiera agarrarlas. Estaba algo deprimida, aunque entonces no lo habría llamado así.

Alex la conocía desde el instituto. En lugar de preguntarle cómo estaba la llamó y le habló del proyecto durante media hora. De lo que estaban investigando, de las aplicaciones que podría tener, de la

gente a la que podían ayudar. Hablaba con la pasión que siempre había tenido para las cosas en las que creía de verdad, y Sonia, que llevaba meses sin creer en casi nada, se dejó llevar.

Siempre había querido hacer cosas por las que ser recordada. El Proyecto Huella, le dijo él, era exactamente eso.

Al principio su papel era casi de secretaria.

Poco acceso, pocas responsabilidades científicas reales. Pero Alex la hacía partícipe de todo. Le explicaba lo que iban descubriendo, le pedía su opinión, la incluía en conversaciones a las que técnicamente no debería haber tenido acceso. Confiaba en ella como muy poca gente lo había hecho, y eso tenía un peso que era difícil de ignorar.

Cuando descubrieron la segunda capa del proyecto, la que iba más allá de las aplicaciones médicas declaradas, Alex empezó a dudar. A dar vueltas a preguntas de moral que a Sonia le parecían, en ese momento, un lujo que no podían permitirse.

Ella, en cambio, vio el potencial.

Si alguien quería llevar a cabo ese proyecto con todas sus implicaciones era porque de verdad podía hacer algo grande. Y los escrúpulos de Alex, por muy bien intencionados que fueran, estaban en el camino.

Fue entonces cuando encontró la lista.

Doce nombres. Tres con asterisco.

María Parra. Diego Herrera. Amaya Ruiz.

Alex llevaba semanas estudiando los tres casos. Sonia fue quien decidió hacerse una pregunta distinta.

¿Cuál de los tres estaba realmente a su alcance?

María estaba en Alemania. Diego era Yago Erre, trescientos veinte mil seguidores, un equipo entero alrededor, prácticamente inaccesible sin levantar sospechas.

Y entonces cruzó los datos con información actual y encontró a Amaya Ruiz. Kore Consulting. Planta cuatro del mismo edificio donde tenían el laboratorio.

Y en cuanto lo vio supo lo que había que hacer.

Decidió saltarse a Alex y fue directamente a Luis Boros.

Boros la recibió en su despacho con la actitud de quien siempre parece estar exactamente donde quiere estar. Moreno, con ese aspecto de dinero que no necesita proclamarse, una forma de

escuchar que hacía que uno quisiera seguir hablando aunque no tuviera más que decir. Sonia le había tenido cierto miedo la primera vez. Luego aprendió que el miedo y la admiración a veces eran difíciles de separar.

Le contó el plan. Que Amaya Ruiz era uno de los tres sujetos prioritarios. Que trabajaba a tres plantas de distancia. Que a estas alturas era ingenuo pensar que alguien iba a participar voluntariamente en un estudio, pero que si tenían acceso directo a ella podían observar desde primera línea.

Boros la escuchó sin interrumpir.

Y cuando terminó, sonrió de esa manera que siempre parecía contener algo más.

—Ya me preguntaba cuándo llegarías a esta conclusión —dijo.

Sonia tardó un momento en entender lo que eso significaba. Que él ya lo sabía. Que probablemente lo había sabido antes que ella. Y que de alguna forma había esperado a que ella lo dijera en voz alta.

Eso le produjo una incomodidad que decidió ignorar.

Boros movió unos hilos. En menos de dos semanas Sonia tenía una oferta de trabajo en Kore Consulting. Asistente de proyectos. Una posición discreta. Exactamente lo que necesitaba.

Amaya Ruiz era exactamente lo que los datos decían que era, y al mismo tiempo algo completamente distinto a lo que Sonia esperaba.

Tardó poco en hacer amistad con ella. Era de esas personas que irradian algo hacia lo que la gente se siente atraída de forma casi involuntaria. Sonia, que siempre había creído que ese tipo de personas escondían algo detrás de tanta luz, tardó más de lo que le habría gustado en reconocer que en el caso de Amaya no era así.

Al principio coincidía con ella en la sala de descanso. Estaba con dos compañeras más, Inés y Sandra. Sonia no se interesó en ellas más allá de saber sus nombres. Su objetivo era Amaya.

El primer contacto real vino de una conversación con José, el becario, que un día se lamentaba de que alguien le seguía robando los yogures. Sonia inventó algo sobre un sueño, una chorrada de esas que suenan más profundas de lo que son, y lo dijo en voz alta porque sabía que Amaya estaba cerca.

Funcionó.

Amaya se incorporó a la conversación con su naturalidad de siempre y empezó a hablar de los sueños premonitorios. Uno que

había tenido ella hacía poco. Y cuando lo describió, algo en él le pareció a Sonia curiosamente concreto. Demasiado concreto para ser coincidencia. Había soñado que alguien la encontraba de forma insistente y estaba convencida de que ya se había cumplido.

José se fue mirándolas como si estuvieran locas.

Ellas siguieron hablando.

Al día siguiente ya tenían tema de conversación sin necesidad de buscarlo. Y Sonia, que había planeado cada paso de ese acercamiento con cuidado, se descubrió en algún momento sin haber planeado nada, simplemente hablando.

Eso no le gustó. Pero tampoco lo cortó.

Fue ella quien se encargó del fármaco. Primero en el café, diluido, en cantidades mínimas. Luego, cuando eso dejó de ser cómodo, encontró otra forma. Metió las pastillas en un bote genérico y lo deslizó entre las cosas del bolso de Amaya durante una de las veces que fueron juntas fuera del trabajo. Dio por hecho que acabaría en el baño de su casa, junto a las otras pastillas que había visto en las estanterías. Y así fue.

La amistad avanzó.

Sonia lo informaba todo a Boros. Los avances, las observaciones, los cambios en el comportamiento de Amaya que podían ser relevantes. Esos informes los guardaba con cuidado. Más tarde supo que Alex los había encontrado. Se lo contó. Ella le quitó importancia. Alguien lo había hecho, sus motivos tendría. Alex no estaba de acuerdo pero dejó el tema.

Boros estaba contento con cómo ella llevaba el asunto. Eso le hacía sentirse útil de una forma que era difícil de describir.

Durante las semanas anteriores a que todo se complicara, Alex había estado distante.

Hablaba menos. Hacía preguntas incómodas. Evitaba compartir información con la misma naturalidad de antes.

Y aquella noche, cuando fue al laboratorio a recoger unos documentos que había olvidado, lo encontró copiando archivos.

Lo vio antes de que él la oyera entrar. El USB conectado, las carpetas abiertas en la pantalla, la barra de progreso avanzando despacio. Y la forma en que se tensó cuando levantó la vista y la vio.

Le dijo que parara. Que si seguía así lo pillarían. Que todo lo que habían construido estaba en peligro.

Él no paró.

Habló con Boros.

Le pasaron las credenciales de acceso de Alex y le pidieron que lo monitorizara, que averiguara exactamente qué había copiado y qué sabía.

Unos días después, Alex desapareció.

Su teléfono se apagó. Nadie volvió a verlo.

Sonia llevaba semanas con esa imagen en la cabeza. La pantalla. El USB. La forma en que él la había mirado cuando se dio cuenta de que era ella.

Cuando la policía fue a hablar con ella por la desaparición de Alex, Amaya estaba ahí también.

La consoló. Le dijo que lo sentía, que seguro que aparecía, que estas cosas a veces tenían una explicación sencilla.

Sonia dejó que la abrazara.

Lo que Amaya no sabía era que quizá estaba abrazando a la persona que había empujado a Alex a desaparecer.

Sonia correspondió al abrazo.

Y odió descubrir que necesitaba aquel gesto más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Siguió dejando que Amaya la consolara. Le daba un motivo para estar cerca, para mantener la apariencia de normalidad mientras Innova decidía cuál era el siguiente paso.

Amaya nunca preguntaba demasiado. Simplemente estaba.

A veces Sonia pensaba en preguntarle qué soñaba últimamente.

Nunca lo hacía.

Le inquietaba descubrir que en alguno de esos sueños aparecía ella.

La cafetería del edificio era el único sitio al que se había negado a ir.

Una vez, al principio, había entrado a pedir un café.

El camarero apenas se volvió cuando le habló. Llevaba gorra, barba de varios días y unas gafas de montura oscura que le ocultaban parte del rostro. Contestó lo justo, evitando mirarla demasiado tiempo.

Sonia salió con una sensación extraña.

No la de haber reconocido a alguien, sino la de haber estado delante de una persona que hacía un esfuerzo deliberado por no ser

vista.

La sensación le resultó incómoda durante unos minutos, pero terminó apartándola. En aquel momento todavía pensaba que Alex seguía trabajando tres plantas más arriba.

No volvió.

Amaya llevaba semanas intentando convencerla. Que era buena, que el café, que el ambiente. Sonia siempre encontraba una excusa. Hasta que un día Amaya insistió tanto que dijo que sí, que iría, solo para cerrar el tema.

Y entonces estaba cerrada.

Eso, por una vez, le pareció una señal.

El día que iban a ir por fin la policía se presentó en el edificio. Sonia vio desde el pasillo cómo el inspector hablaba con Amaya en el vestíbulo. Pasó por su lado sin pararse. No quería que reparara en ella. Ya habían hablado dos veces y empezaba a sentir que una tercera vez algo iría mal.

No la pararon.

Luego Amaya le contó que el inspector y la chica de la planta cuatro, Inés, hacían buena pareja. Lo dijo con la naturalidad de quien observa las cosas y las nombra sin darles más importancia de la que tienen.

Sonia no había prestado mucha atención a Inés hasta ese momento. Era la compañera de Amaya, la que siempre llegaba tarde con el café, la que hacía comentarios irónicos en la sala de descanso. Nada que la hiciera especialmente relevante.

Pero si la policía confiaba en ella de esa forma, quizá Inés llevaba tiempo aportando información sin ser consciente de ello.

Sonia decidió que sería mejor escuchar con más atención cada vez que hablase.

Ese día no fue a trabajar. Llamó a Kore para decir que estaba enferma.

Amaya la había llamado también. Le había dicho que ninguna de sus amigas había ido hoy y que se sentía sola. Que pasaba por su casa a llevarle un té que curaba todo.

Sonia le dijo que sí sin pensarlo mucho.

Ahora estaba sentada en el sofá preguntándose si había cometido un error.

No con el proyecto. Con Amaya.

Ella no era de las que se encariñaban. No era de las que dejaban que las personas entraran de esa forma. Era metódica, capaz de mantener la distancia necesaria para hacer lo que había que hacer.

Y sin embargo.

Amiga. La palabra le resultaba incómoda. Y al mismo tiempo se daba cuenta de que era exactamente lo que era.

Se levantó cuando oyó el ascensor. Fue hasta la puerta. Se quedó parada delante de ella con la mano en el pomo.

Si Amaya lo supiera todo. Si supiera lo que Sonia había hecho estos meses, lo que había puesto en su café, lo que había metido en su bolso, lo que había contado a Boros.

¿Estaría dispuesta a ayudar de todas formas?

La pregunta la sorprendió.

No era eso lo que había querido pensar.

Llamaron a la puerta.

Sonia abrió.

Amaya sonrió y levantó ligeramente el termo.

—He traído el té milagroso —dijo.

Sonia pensó que aquella era probablemente la única persona que habría seguido llamando a su puerta incluso después de conocer toda la verdad.

Y por primera vez en mucho tiempo deseó no haber hecho méritos para perderla.

Precisamente por eso no supo cómo devolverle la sonrisa.

Capítulo 30 — La memoria de las cosas

El audio de Amaya llegó mientras Inés miraba el panel.

Lo escuchó con el móvil pegado a la oreja sin apartar los ojos de las fotos.

La voz de Amaya, con su energía, que no bajaba ni cuando estaba en modo informativo:

—Oye, que siguen ahí arriba, en la planta siete. Sandra al final ha ido, qué sorpresa. Las dos estamos haciendo teorías pero creo que Sandra sabe más de lo que nos dice. Ya sé yo por qué. —Pausa breve—. Por otro lado, he tenido el mismo sueño de la otra vez. El que tenía contigo. Con las manos brillando. Igual que la primera vez. No sé qué significa pero ahí queda. —Cambio de tono, más ligero—. Voy a llevarle el té a Sonia que está mala, pobrecita, y luego me paso por tu casa para cenar y darte un achuchón. Que te lo mereces. Besos.

Inés sonrió sin poder evitarlo y le escribió:

Estoy deseando verte. Y lo de Sandra tendremos que secuestrarla para que hable.

Mandó el mensaje, dejó el móvil sobre la mesa y volvió al panel.

El panel de la investigación era exactamente el tipo de problema con el que le gustaba trabajar.

No lo había pensado así hasta ese momento, pero era verdad. Su vida siempre había sido como el cajón de los calcetines, ese cajón que existe en todos los pisos y que acumula cosas sin ningún criterio aparente y sin embargo siempre encuentra lo que busca cuando lo necesita. Caótica por fuera, funcional por dentro. Pero su trabajo era otra cosa. Su trabajo era optimizar, ver lo que la gente necesitaba antes de que ellos mismos lo supieran, encontrar las historias que había detrás de los procesos y de las personas que llevaban a las empresas a ser más efectivas, más rentables, más resolutivas.

Ver historias.

Y eso, pensó mirando el panel, era exactamente una historia.

Se rio sola.

Quién le iba a decir que entrar en los treinta y ocho iba a ser tan apoteósico. Empezaba a echar de menos los treinta y siete. Quizá si empezaba a mentir sobre su edad y quitarse un año todo volvería a la normalidad.

Se rio de sí misma, como hacía siempre.

Los tarareos de Iván la devolvieron a la realidad.

Trabajaba sin hacerle caso de una forma casi mecánica, concentrado en sus pantallas con su capacidad de estar en otro mundo mientras seguía en este. Inés lo observó un momento. Lo miraba a él, pero sus ojos se desviaban hacia los USB que tenía al lado del teclado.

Los dos USB.

Recordó lo que había pasado hacía un rato cuando los había cogido del suelo al mismo tiempo. Las dos memorias superponiéndose. La sensación de que los objetos contaban partes de la misma historia y que al tocarlos juntos la historia se completaba.

Hasta entonces siempre había pensado que las visiones eran accidentes. Algo que simplemente ocurría. Pero quizá no funcionaban así. Quizá las memorias no estaban aisladas. Quizá eran fragmentos de una misma historia, como fotografías rotas. Y quizá era posible aprender a reconstruirlas.

Ese pensamiento se apoderó de ella con una claridad que no esperaba.

Tenía que intentarlo.

Y tenía que empezar por volver a coger esos USB.

Los tenía al alcance de la mano. Iván trabajaba a dos metros. No podía simplemente alargar el brazo y cogerlos mientras él estaba mirando.

Pero el destino, seamos sinceros, llevaba semanas tratándola fatal. Ya tocaba que colaborara un poco.

Iván recibió una llamada. Se levantó, dijo algo en voz baja al teléfono y salió al pasillo.

Inés se quedó sola en la sala.

No lo pensó mucho.

Mirando hacia la puerta por donde había salido Iván, se acercó al escritorio y cogió uno de los USB.

El tirón llegó de inmediato. Pero no se superpuso nada todavía, solo el calor familiar del objeto en la mano y la sensación de que había algo esperando al otro lado que todavía no había llegado.

Y entonces escuchó voces acercándose por el pasillo.

Lo que hizo a continuación no fue exactamente lo más sensato que había hecho en su vida. Metió el USB en el bolsillo.

No supo muy bien por qué. Lo más sensato habría sido dejarlo otra vez en el escritorio. Pero su instinto, que claramente estaba defectuoso esa tarde, tomó la decisión antes de que el cerebro pudiera opinar.

Total, si desaparecía una prueba de un caso en una sala donde solo estaba ella, quién iba a sospechar.

Genial, Inés. Seguro que nadie sospecha de ti.

Se insultó a sí misma con notable creatividad mientras se giraba hacia las voces.

Gustavo entró primero, hablando por teléfono con la concentración de quien está recibiendo información importante y no puede perder ni una palabra. Moisés entró detrás.

E Inés sintió algo que no supo exactamente cómo nombrar.

Como si hubiera estado conteniendo la respiración con todo el cuerpo, con todos los músculos en tensión, desde hacía horas sin darse cuenta.

Y en el momento en que él entró en la sala algo se aflojó solo, sin que ella lo decidiera.

Su cuerpo supo de forma inmediata que ya estaba bien.

Moisés estaba muy concentrado en lo que Gustavo le decía. Pero al entrar en la habitación y verla, su expresión cambió un segundo. Hubo apenas un destello, una sonrisa de las que llegan a los ojos, algo tan fugaz que si no hubiera estado mirándolo fijamente habría pasado desapercibido.

Gustavo terminó la llamada. Moisés se acercó a ella.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal ha ido el día?

Eran seguramente preguntas protocolarias. Algo típico que se dice en los momentos de tensión para introducir a alguien en un tema que sin duda iba a ser algo más incómodo. Y sin embargo sonó a interés sincero.

Antes de que pudiera responder, Gustavo también se acercó y la invitó a sentarse en la mesa de reuniones con un gesto amable.

Eso activó algo dentro de Inés.

Gustavo siempre se había comportado con ella de forma correcta, pero había algo en su actitud en ese momento que era diferente. No sabía exactamente qué, pero lo notaba. Una amabilidad excesiva, del

tipo que la gente despliega cuando va a decir algo difícil y quiere amortiguar el golpe de antemano.

Miró a Moisés buscando alguna pista de lo que estaba a punto de pasar.

Él la miraba a ella. Como siempre, con esa atención que registraba todo sin revelar nada. Era imposible saber qué pasaba por la mente de ese hombre.

Y aun así los nervios se disiparon levemente.

Los tres se sentaron a la mesa.

Al segundo entró una policía que Inés no había visto nunca con tres cafés y los dejó delante de cada uno con esa eficiencia silenciosa de quien ha hecho ese mismo gesto cientos de veces. También dejó una carpeta en el centro de la mesa. Luego se fue casi sin hacer ruido.

Inés miró el café. Luego la carpeta. Luego a Moisés.

Fue Gustavo quien habló primero.

—Inés. Quiero que sepas que estás a salvo. Y que lo tenemos.

Inés pensó automáticamente en el hombre del traje oscuro. Bueno, en Ramiro. Ahora que ese hombre tenía por fin un nombre y un rostro que no era solo el de sus visiones. Algo dentro de ella se relajó.

—¿Ramiro? ¿Lo habéis detenido?

Moisés puso cara de confusión un momento y entonces se dio cuenta de que Inés todavía no sabía el verdadero papel de Ramiro en toda esa historia.

—No —dijo—. Ramiro todavía está desaparecido.

Inés volvió a tensarse.

—Tranquila —dijo Gustavo—. No es un peligro.

Y empezó a hablar.

Gustavo le contó lo esencial.

Que Pablo y Alex eran la misma persona. Que Alex llevaba meses investigando por su cuenta lo que había descubierto sobre Huella, compaginándolo con su trabajo en Innova y con ser Pablo en la cafetería para estar cerca de todo sin levantar sospechas. Que el proyecto había empezado en otra sede, con otro nombre, y que solo más tarde comprendió por qué lo habían trasladado a ese edificio. Que Ramiro no era el responsable de lo que ocurría, sino el primero que había intentado impedirlo. Que había destruido parte de la investigación, desaparecido por miedo, y que cuando Alex lo encontró decidió ayudarlo. Y que llevaba un par de semanas

desaparecido, desde la noche en que supo que Boros sabía lo que estaba haciendo.

Inés escuchó todo sin interrumpir.

Cuando Gustavo terminó se quedó un momento procesando.

Ramiro sabía quién era ella. La había visto pasar por el pasillo de la planta siete esa noche. Había estado en la cafetería, en el ascensor, cerca de ella más veces de las que sabía. Y nunca le había hecho daño. Al contrario, había dejado la tarjeta de acceso para que la encontrara. La había guiado sin que ella lo supiera.

—¿Cómo sabéis todo esto? —dijo.

—Porque hemos hablado con Alex —dijo Moisés—. Está en su piso. Tiene documentación, registros, todo lo que necesitamos.

—¿Y las fotos? —dijo entonces.

Moisés la miró.

—En el panel de Alex había fotos tuyas —dijo, con la calma de siempre, que no tenía nada de frío y sí mucho de exacto—. Tres. En distintos momentos. La primera es del día de tu cumpleaños.

Inés no dijo nada durante un momento.

El día de su cumpleaños. El día de la taza. El día en que todo empezó.

—Me estuvo observando —dijo.

—Sí. —Moisés no lo suavizó—. Vio lo que te pasó al tocar la taza y decidió que podías ser la pieza que necesitaba para que las pruebas llegaran a nosotros. La tarjeta, el USB, todo fue deliberado.

—¿Por qué yo?

—Alex tiene una teoría —dijo Moisés—. Cree que tenías algo previo. Un rasgo genético o hereditario que hizo posible que el fármaco actuara aunque la exposición fuera accidental. Si cualquier persona hubiera tomado esas pastillas de Amaya sin saberlo, no habría pasado nada. Pero en ti sí. —Pausa—. No puede confirmarlo. Pero encaja con todo lo que saben sobre cómo funciona el compuesto.

Inés miró la mesa.

Pensó en su madre. En esa percepción de las personas que siempre le había parecido simplemente parte de su carácter.

Pensó en los dos USB que llevaban un rato esperando en su bolsillo.

—Hay algo que quiero intentar —dijo.

Moisés la miró.

Pero antes de que pudiera continuar, Gustavo empezó a hablar de nuevo.

—Alex también nos contó que alguien dentro del proyecto lo traicionó. Alguien en quien confiaba. Una mujer que llevaba en el proyecto desde el principio, que fue quien le contó a Boros lo que estaba...

La puerta se abrió.

Iván entró con la energía de quien trae información y no puede esperar a soltarla.

—Boros. Toda la documentación está en orden. Demasiado en orden. —Se sentó frente a su ordenador—. Han desmantelado todo y no hay nada fuera de lugar, pero hay cosas que han sido borradas de los servidores. Puedo verlo en los metadatos aunque no pueda leerlo todavía. Estoy trabajando con la asesora externa para recuperar los datos. Si hay algo ahí, lo encontraremos.

—Buen trabajo, Iván —dijo Moisés.

Iván volvió a sus pantallas.

Y cuando Moisés y Gustavo volvieron a mirar a Inés, ella estaba sacando el USB del bolsillo y dejándolo sobre la mesa.

Los dos la miraron.

Inés se dirigió a Gustavo.

—Bueno. Entonces tú también conoces ya lo que me está sucediendo.

Gustavo la miró contrariado.

—Se ve que tengo superpoderes —dijo ella, y se rio bajito—. Creo que he encontrado una manera de ser útil y usarlos para el bien.

Le guiñó un ojo.

Luego se giró hacia Moisés y le contó lo que había pasado cuando Iván había tirado el café y ella había recogido los USB del suelo. Las dos memorias superponiéndose. La sensación de que los objetos contaban partes de la misma historia.

—¿No pensáis que estoy loca? —dijo cuando terminó.

—Sabes cosas que no deberías saber —dijo Moisés.

—¿Y eso basta?

—No.

—¿Entonces?

—Que estés loca o no sigue estando por demostrar.

No sabía muy bien por qué, pero sonrió.

Gustavo levantó la vista de la mesa mientras hacía sitio entre los objetos.

—He conocido a Yago —dijo—. Y creo que mi jubilación va a ser mejor gracias a él.

Inés se rio.

Gustavo siguió haciendo sitio en la mesa.

Inés estudió lo que había sobre la mesa. Los dos USB. La tarjeta de acceso de Innova. La carpeta que Boros había entregado voluntariamente. El bote de pastillas azules. Algunas cosas más que no había tocado todavía.

Y entonces recordó el objeto que había iniciado todo aquello.

La taza blanca con la línea azul de la cafetería. Ahí había empezado todo para ella.

—¿Necesitarías la taza también? —dijo Moisés.

Inés miró lo que tenía delante.

Negó con la cabeza.

—Bueno. Vamos allá.

Cogió uno de los USB.

El tirón llegó de inmediato. La visión de Alex frente al ordenador, el Proyecto Huella en la pantalla, los nombres. La misma que había tenido semanas atrás. Pero se disipó antes de asentarse.

Cogió la carpeta.

Ramiro guardándola en el cajón falso. También se disipó rápido.

Inés frunció el ceño.

Probó con los dos USB a la vez. Fragmentos que no cuadraban, imágenes que se cortaban. La tarjeta y la carpeta juntas. El bote de pastillas. Combinaciones distintas, distintos órdenes.

Nada cuadraba.

Se frustró.

Se quedó quieta con las manos sobre la mesa mirando los objetos. Y entonces algo pasó.

No supo cómo describirlo. Fue como si de repente viera los objetos de otra manera. No como cosas aisladas sino como partes de algo. Sintió un tirón diferente, no en las manos sino en algún sitio más dentro. Notó calor en las palmas. No real, no visible, pero lo sentía. Como si las manos le brillaran por dentro.

Supo qué tocar. Y en qué orden.

No lo pensó. Lo hizo.

—Creo que puedo conectarlos —dijo en voz baja, casi para sí misma—. Todos los objetos que he tocado estas semanas guardan fragmentos de algo mayor. Si consigo buscarlos en lugar de limitarme a recibirlos...

Miró los objetos alineados frente a ella.

—Creo que puedo ver la memoria de las cosas.

Y el mundo se superpuso.

Lo vio.

Alex frente a un ordenador en el laboratorio de Innova, de noche, solo. La pantalla llena de archivos, nombres, referencias numéricas. El Proyecto Huella en letras pequeñas. Sus manos moviéndose rápido, buscando, abriendo carpetas que no debería haber abierto.

Cambió.

Alex en un café, no en Origen, en otro sitio. Al otro lado de la mesa un hombre de pelo entrecano. Ramiro. Los dos inclinados sobre algo, hablando en voz baja.

Cambió.

La cafetería Origen. Alex detrás de la barra, sirviendo café, pasando algo de mano en mano con la naturalidad de quien lleva toda la vida haciéndolo. Una reunión en mitad del paisaje cotidiano de un edificio que no prestaba atención a sus camareros.

Cambió.

El laboratorio de noche otra vez. Alex copiando archivos. La barra de progreso avanzando despacio. Y entonces una mujer entró. Inés la vio de espaldas, el pelo recogido, una forma de moverse que le resultó familiar sin que pudiera ubicarla. La mujer le dijo algo a Alex, señaló la pantalla, y se fue. Inés intentó ver su cara pero la visión no se detuvo el tiempo suficiente.

Cambió.

Ramiro en el mostrador de recepción de Innova. La tarjeta. La dejaba para que alguien la encontrara. Luego se giraba hacia el pasillo y la veía a ella, a Inés, cruzando sin saber que la estaban mirando.

Cambió.

El despacho de la planta siete. De día. Boros al otro lado de la mesa. Y frente a él, de espaldas, la misma mujer. El pelo recogido. La misma forma de moverse. Hablaban. La mujer señalaba algo en un papel. Boros asentía.

Y entonces Boros cogió la carpeta que tenía sobre la mesa y empezó a sacar papeles. Los fue separando. Cogió un USB pequeño del cajón, metió algunos de los papeles seleccionados dentro de un sobre, y se lo entregó a la mujer junto con el USB.

La mujer lo cogió.

—Los dejaré en mi despacho —dijo.

Y se giró.

Inés la reconoció al instante.

No sintió sorpresa.

Sintió pena.

Porque Sonia no parecía una mujer satisfecha con lo que hacía.

Parecía alguien agotada de justificar decisiones que hacía mucho tiempo había dejado de comprender.

Salió de la visión de golpe.

Parpadeó varias veces. Moisés y Gustavo la miraban en silencio, sin moverse, esperando.

—Sé dónde están las pruebas que necesitáis —dijo.

Su voz sonó más tranquila de lo que esperaba.

—Hay un sobre y un USB. Boros se los dio a alguien antes de que llegaseis. Le pidió que los guardara en su despacho. Documentos, datos borrados de los servidores. Están fuera de Innova.

—¿La has visto? —dijo Gustavo—. ¿A quién se los dio?

—La he visto —dijo Inés.

Levantó despacio la vista.

—Sonia.

El silencio cayó sobre la sala.

Gustavo fue el primero en reaccionar.

—¿Estás segura?

Inés asintió.

Y entonces recordó el audio de Amaya.

El termo.

El té milagroso.

La sonrisa con la que había dicho que iría a verla.

Notó un vuelco en el estómago.

—Amaya está con ella.

Moisés ya se estaba levantando de la silla.

Capítulo 31 — Ya era hora

Sonia tenía buen aspecto para estar enferma.

Amaya lo pensó sin decirlo mientras le dejaba el termo en las manos y se sentaba en el sofá de enfrente. Pálida, sí. Quieta, también. Pero había algo en su forma de estar sentada que no era el abandono de quien se encuentra mal sino la tensión de quien está esperando algo.

Quizás era la gripe. La gripe ponía a la gente rara.

—¿Qué tal por la oficina? —dijo Sonia—. ¿Sigue todo igual con lo de la policía?

—Ay, sí. —Amaya se acomodó—. Hoy han vuelto a estar en la planta siete. Sandra dice que han estado horas. Y Víctor ha intentado asomarse tres veces hasta que alguien le ha dicho que se volviera a su mesa.

Sonia asintió despacio. Demasiado despacio para ser solo interés por el cotilleo de oficina.

Sonia se tensó.

Amaya lo notó.

—¿Estás bien?

—Es la gripe —dijo Sonia—. Me tiene un poco baja.

Amaya la miró un momento más de lo necesario. Luego asintió.

El móvil de Amaya vibró.

Una vez. Dos. Tres seguidas.

Sonia miró la pantalla antes de que Amaya pudiera cogerlo. Solo un instante. Y algo cambió en su cara, algo tan pequeño y tan rápido que Amaya casi no lo vio.

—Mira el móvil —dijo Sonia—. Por si pasa algo.

Amaya lo cogió.

Tres mensajes de Inés.

¿Sigues con Sonia?

¿Te ha dicho algo raro?

Amaya cuándo vienes a cenar, no tardes.

Los leyó dos veces. Luego una tercera. Inés nunca insistía así. Inés mandaba un mensaje, a veces dos, y luego esperaba con la paciencia de quien sabe que el mundo continuará girando aunque nadie responda en los próximos veinte minutos.

—¿Pasa algo? —dijo Sonia.

—No. —Amaya dejó el móvil boca abajo—. Es Inés que pregunta cuándo voy. Pero entre ella así de insistente, lo de la policía en el edificio y el sueño que he tenido hoy, está siendo un día muy extraño.

—¿Qué sueño?

Amaya lo dudó un momento. Luego lo contó.

Era un sueño recurrente. Lo había tenido varias veces en los últimos meses, pero hoy se había despertado acordándose mejor que nunca. Era como si alguien la siguiera. No de forma amenazante, sino porque la necesitaba. Pero la sensación no era buena. Cuando alguien te necesita normalmente es algo que se siente bien, te hace sentir útil, importante. Pero en el sueño había algo que no encajaba. Como si la necesidad fuera real pero el motivo no lo fuera.

Se había despertado mal.

Mientras hablaba, le pareció ver a Sonia sacar el móvil. Lo vio de reojo, no podía asegurarlo. Y le pareció que le daba a grabar.

Parpadeó.

No. Sería cosa suya. Estaría bloqueando la pantalla. Para qué iba a grabarla Sonia.

Siguió hablando.

Moisés ya estaba de pie antes de que Inés terminara la frase.

Gustavo lo siguió sin que nadie dijera nada más. Cogió la chaqueta del respaldo de la silla, el gesto de quien lleva años haciendo esto y sabe exactamente cuándo hay que moverse.

—Iván —dijo Moisés desde la puerta—. Sigue con los servidores. Cualquier cosa nos llamas.

—Entendido —dijo Iván sin levantar la vista de la pantalla.

La puerta se cerró.

E Inés se quedó sola con el sonido de las teclas y el silencio que dejaban dos personas cuando salen a toda prisa hacia algún sitio donde tú no puedes ir.

Se quedó mirando la puerta un momento.

Luego miró la mesa. Los objetos todavía ahí, la tarjeta, el bote de pastillas, la carpeta.

—Oye —dijo Iván.

Inés se giró.

Iván había girado la silla y la miraba con la expresión de quien ha estado procesando algo desde hace rato y por fin ha decidido que puede preguntar.

—Cuando estabas con los objetos —dijo—. Lo que hacías. Me levanté a por agua y te vi. Te quedaste completamente quieta. Como si no estuvieras.

—No estaba —dijo Inés.

Iván asintió despacio.

—¿Y ves cosas de verdad? ¿O es más como una sensación?

—Las dos cosas. —Pausa—. Depende del objeto.

Iván lo consideró con la misma seriedad con que consideraba cualquier otra información.

—Interesante —dijo.

Se quedó un momento mirando los objetos sobre la mesa.

—Ha estado guay —añadió.

Inés no supo qué decir. Pero sonrió.

—Al lío —dijo Iván, y se giró hacia la pantalla.

Empezó a tararear.

Inés cogió el café que le habían traído antes. Con una mezcla de incertidumbre y esperanza que no sabía muy bien cómo sostener. Estaba frío. Lo bebió de todas formas.

Y esperó.

Siguió hablando.

—...porque normalmente cuando alguien te necesita hay algo cálido en eso, ¿sabes? Como que te llama hacia ellos. Pero en el sueño era diferente. Era como una atracción que no te da buena espina. No puedo explicarlo mejor.

—¿Y cómo sabes que te necesitan? —dijo Sonia.

Amaya la miró.

La pregunta había llegado demasiado rápido. Sin la pausa que hace la gente cuando escucha de verdad y luego responde. Como si Sonia ya tuviera la pregunta preparada antes de que Amaya terminara.

—No lo sé —dijo Amaya despacio—. En el sueño simplemente lo sabes. Como sabes cualquier cosa en un sueño sin que nadie te lo explique.

Sonia asintió. Miraba el termo entre sus manos.

—¿Y la persona que te necesitaba? ¿La conocías?

—Es una sensación que tengo después. —Amaya la miró—. Pero tú ya lo sabes, esto me lo has preguntado muchas veces.

Sonia no dijo nada.

Amaya frunció levemente el ceño. Era verdad que habían hablado de sus sueños antes, muchas veces, pero Sonia siempre escuchaba con curiosidad tranquila, haciendo preguntas de vez en cuando. Hoy era diferente. Hoy las preguntas llegaban antes de que ella terminara.

—¿Estás segura de que estás bien? —dijo Amaya.

Sonia la miró por fin.

—Sí —dijo—. Perdona. Es la gripe, que me tiene un poco ida.

Amaya asintió despacio. No del todo convencida.

Y entonces llamaron a la puerta.

Sonia se sobresaltó. El termo casi se le cayó de las manos.

—Ya abro yo —dijo Amaya.

Sonia no dijo nada. Se fue hacia atrás en el sofá, como si unos centímetros de distancia fueran a cambiar algo.

Amaya abrió la puerta.

Moisés. Y Gustavo detrás.

Se quedó un momento sin saber qué decir. Los había visto antes, sabía quiénes eran, pero verlos ahí en la puerta del piso de Sonia a esa hora le produjo una sensación extraña. No exactamente sorpresa. Algo más parecido al reconocimiento de quien ve una cosa que en algún sitio ya sabía que iba a pasar.

—¿Estás bien? —dijo Moisés.

—Sí —dijo Amaya. Iba a preguntar por qué, pero vio cómo Moisés miraba hacia dentro de la casa por encima de su hombro y se calló.

—Está dentro —dijo Amaya, y se apartó para dejarlos pasar.

Sonia se hizo la sorprendida. Pero lo justo.

—Señorita Martín —dijo Gustavo—. Queríamos volver a hablar con usted sobre su amigo Alex.

—Claro, lo que sea —dijo Sonia.

Se la veía incómoda más que preocupada. Y eso a Amaya no se le escapó.

Se sentaron. Uno al lado de Sonia, el otro frente a ella. Amaya se quedó en el hueco de la puerta del salón sin que nadie le dijera nada, con los brazos cruzados, observando.

Sonia respiraba con más dificultad. Podría ser la gripe. Pero a Amaya no le pareció que fuera por eso.

Moisés empezó a hablar.

—Queríamos repasar con usted los últimos días de Alex antes de desaparecer.

Sonia asintió. Agarraba el termo con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Nos dijo que estaba algo raro. Como si le preocupara algo.

—Así es —dijo Sonia.

—¿Y no le dijo el motivo?

—No. En ningún momento. Era muy reservado.

—¿No le comentó que había descubierto irregularidades en el Proyecto Huella?

Sonia palideció.

—¿Así se llama? El proyecto en el que trabajaban juntos, ¿no?

—No. —La voz de Sonia salió más firme de lo que parecía posible—. Yo trabajo en Kore. No sé nada de eso.

—¿No se lo comentó?

—No.

—¿Ni cuando le ofreció el puesto?

Sonia palideció un poco más.

—No me dijo nada. Yo no trabajo con él.

—Cierto —dijo Moisés—. Usted trabaja más bien con el señor Luis Boros, ¿no?

Sonia abrió mucho los ojos.

—¿Cómo lo...? —Dejó las palabras en el aire—. No. Yo no...

—¿No le dijo a Alex que dejara de investigar?

Sonia no respondió.

—Creemos que usted tiene algo en su poder que necesitamos —dijo Moisés—. Y lo necesitaríamos ahora.

Amaya los observaba desde la puerta con los ojos muy abiertos.

Sonia levantó la vista.

—No. Yo no...

—Hemos hablado con el señor Duarte —dijo Gustavo.

El termo tembló entre sus manos.

Sonia se paró.

Hubo un segundo, apenas un segundo, en que algo cruzó por su cara que parecía alivio. Alex estaba bien. Alex estaba vivo.

Y detrás del alivio llegó el terror.

Se le vio en los ojos antes de que pudiera ocultarlo.

—Vamos a ir a comisaría ahora, señorita Martín —dijo Moisés—. Pero si nos da la carpeta que le facilitó el señor Boros nos lo pondrá mucho más fácil a todos. Incluida usted.

Sonia no se movió.

Y entonces empezó a hablar.

No de golpe. De esa forma en que hablan las personas que llevan tiempo construyendo un argumento y necesitan decirlo en voz alta para seguir creyéndolo.

Que lo que estaban haciendo era importante. Que si había personas predispuestas de forma natural a desarrollar esas capacidades, encontrarlas y estudiarlas podía cambiar lo que sabemos sobre el cerebro humano. Que no todo era malo como decía Alex, que Alex había perdido la perspectiva. Que ella no había tenido intención de hacer daño a nadie. Que en la ciencia hay sacrificios necesarios. Que era algo demasiado grande para dejarlo por escrúpulos.

Moisés la escuchaba.

Gustavo también.

Y Amaya, desde la puerta, escuchaba y miraba e iba entendiendo. No solo las palabras. La forma en que Sonia evitaba mirarla. La forma en que hablaba de las personas predispuestas de forma natural como si fueran datos en una pantalla. La forma en que no decía su nombre en ningún momento aunque estuviera ahí delante.

En un momento Sonia la miró.

Y Amaya supo.

—Señorita Martín —dijo Gustavo con calma.

Sonia paró de hablar.

—La carpeta.

—Era algo importante —dijo Sonia, pero esta vez sin convicción, como quien repite algo que ya no le sirve—. Alex estaba exagerando. No entendía la dimensión de lo que...

—Sonia.

Era la voz de Amaya.

Sonia la miró. Tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Dales la carpeta —dijo Amaya—. Y ayúdate.

El silencio duró varios segundos.

Luego Sonia señaló un cajón en la mesa baja del televisor. El típico cajón donde están los mandos, las pilas y algún cable

desparejado. Pero cuando Moisés lo abrió había un portátil, algunos documentos sueltos y una carpeta.

Sonia asintió.

Moisés la extrajo despacio.

Gustavo ya se estaba levantando. Le dijo algo a Sonia en voz baja mientras se ponía de pie junto a ella.

Amaya se dio la vuelta y fue hacia la puerta.

Mientras cruzaba el pasillo escuchó a su espalda la voz de Gustavo, tranquila y sin pausas, diciéndole a Sonia que quedaba detenida.

Salió al rellano.

Cerró los ojos un momento.

Y entonces recordó el sueño.

Alguien que la necesitaba. Pero no para algo bueno.

Lo había soñado. No lo había entendido. Y ahora lo reconocía, como reconocía siempre sus sueños, después, cuando ya no había nada que hacer con esa información salvo sostenerla.

Sacó el móvil.

Le escribió a Inés:

Voy para allá.

Y después de un momento añadió:

Cuéntamelo todo.

El móvil de Inés vibró.

Amaya: Voy para allá. Cuéntamelo todo.

Inés soltó el aire que llevaba sin saber que estaba aguantando. Le escribió:

Gracias a dios. ¿Estás bien? Te quiero.

Dejó el móvil sobre la mesa y cerró los ojos un segundo.

Entonces escuchó revuelo fuera de la sala.

Iván levantó la cabeza de la pantalla. Se miraron un momento.

Luego los dos se levantaron y fueron hacia la puerta.

Inés se asomó.

En el pasillo central de la comisaría, avanzando con su manera de caminar como si el edificio entero fuera un plató, estaba Yago Erre. Impecable, como siempre. Y a su alrededor, como en la vez anterior, la gente gravitaba hacia él sin saber muy bien por qué. Una agente se le acercó para preguntarle algo. Yago le sonrió, le dijo algo que Inés no llegó a escuchar, y siguió andando sin pararse.

Directamente hacia el despacho de Moisés.

Que estaba justo al lado de la sala donde estaban ellos.

—Ya sabe el camino —dijo Iván, en el tono de quien anota un dato sin darle más importancia de la necesaria.

Yago los vio antes de llegar. Se detuvo en el umbral de la sala, miró a Iván y dijo:

—Perfecto. Tengo algo para vosotros. Esperaré contigo.

Luego miró a Inés.

Le cogió las manos con una naturalidad que no pedía permiso pero tampoco lo necesitaba. La miró un momento, con la atención de quien lee cosas donde los demás no ven nada.

Y sonrió.

—Veo que ya eres tú —dijo—. Bienvenida.

Inés no supo exactamente qué decir.

Pero por primera vez en semanas no le pareció que necesitara decir nada.

Yago se sentó en la silla que había frente al escritorio de Iván, como si llevara años usándola.

—Venía a hablar con el inspector Vera —dijo—. Pero creo que tú sabrás qué hacer con lo que tengo que contar.

Iván lo miró un momento. Luego asintió.

—Cuéntame.

Yago se apoyó en el respaldo.

—Desde que me fui la última vez me quedé con algo en la cabeza. Los números de Innova.

Iván dejó de escribir.

—¿Qué números?

—Los movimientos de dinero parecían aleatorios.

—¿Y?

—Los números nunca improvisan.

Sacó un papel doblado del bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

Iván lo cogió. Frunció el ceño. Luego volvió a mirarlo. Muy despacio.

—Es un patrón.

—Exacto.

Iván giró la silla hacia el ordenador y empezó a escribir con rapidez.

—Ahora sí sé dónde buscar.

Inés miraba el papel que Iván había dejado sobre la mesa. Columnas de números, fechas, cantidades. Para ella no decían nada concreto. Pero para Yago habían formado un mapa.

—¿Cuánto tiempo tardaste en verlo? —le dijo.

Yago la miró.

—Desde que salí de aquí la última vez —dijo—. Las 14:14. —Pausa—. Algunas cosas se ven enseguida. Otras necesitan que les des la vuelta.

Inés iba a responder cuando escuchó pasos en el pasillo.

Moisés entró primero. Luego Gustavo. Luego Amaya, que buscó a Inés con los ojos antes de que la puerta terminara de abrirse. Y detrás, con una agente a su lado, Sonia.

Inés y Amaya se encontraron a la mitad de la sala.

El abrazo duró más de lo habitual. De esos que no necesitan palabras porque las palabras llegarían después, cuando hubiera tiempo y espacio para ordenar todo lo que había pasado en las últimas horas.

Cuando se separaron Amaya tenía los ojos brillantes pero no lloraba. Era así, Amaya, procesaba las cosas hacia dentro y las sacaba cuando estaba lista.

—Estás bien —dijo Inés. No era una pregunta.

—Estoy bien —dijo Amaya.

Inés sonrió.

Sintió que, por primera vez, no tenía que cargar con todo sola.

Fue entonces cuando Amaya reparó en el hombre sentado junto al escritorio de Iván y se le iluminó la cara.

—¿Yago? ¿Qué haces tú aquí?

Yago sonrió.

—Ya era hora.

Amaya se giró hacia Inés.

—Esta es Inés. Mi mejor amiga. Creo que coincidisteis en la universidad aunque no mucho.

Yago miró a Inés.

—Me acuerdo de ti.

Inés no supo qué decir.

Moisés se había acercado a Inés sin que ella lo viera venir. Le puso una mano en la espalda, un gesto breve y discreto que solo ella notó.

—Bien hecho —dijo en voz baja.

Inés sonrió.

Y, por primera vez desde que Alex había desaparecido, creyó que estaban más cerca.

Capítulo 32 — Lo que permanece

El mensaje de Alex llegó a las siete y cuarenta y dos de la mañana.

Moisés lo vio antes de salir de la ducha. Tres líneas. Sin saludo, sin preámbulo.

Ramiro está listo. Podemos ir cuando queráis. Él también.

Llamó a Gustavo antes de hacerse el café.

Se había levantado a las seis y media como siempre.

El cuerpo lo hacía de forma automática desde hacía años, sin alarma, sin transición brusca. Solo los ojos abriéndose en la oscuridad y la cabeza ya funcionando. Pero esa mañana había algo diferente en cómo funcionaba. No era el caso. O no era solo el caso.

Salió a correr sin pensarlo demasiado.

El parque a esa hora tenía esa calidad particular de los sitios que pertenecen a los que madrugan, luz todavía fría, algún perro, algún runner con auriculares que no mira a nadie. Moisés corría sin ruta. Era su manera de pensar sin forzarse a pensar, dejar que la cabeza fuera encajando las piezas por su cuenta mientras el cuerpo se ocupaba del resto.

Había mucho que colocar esa mañana.

El caso, sí. Ramiro listo para declarar. Boros en el punto de mira. Las pruebas que habían ido acumulando durante semanas y que ahora formaban algo sólido. Eso lo tenía claro.

Lo que no tenía tan claro era lo otro.

Inés.

No era la primera vez que pensaba en ella mientras corría. Había empezado a pasar hacía unos días, sin que él lo buscara, de la misma forma en que pasan las cosas que importan, sin anunciarse. Una frase que ella había dicho. La forma en que había mirado el tablón antes de salir. El peso de algo que no era solo el caso pero que el caso había traído consigo.

Moisés no era de los que le daban muchas vueltas a este tipo de cosas. Pero tampoco era de los que las ignoraban.

Cuando volvió al piso sudado y con el pelo pegado a la frente, se metió en la ducha y dejó que el agua caliente terminara de aclarar lo que la carrera había empezado a ordenar.

Luego vio el mensaje de Alex.

Y supo que el día había llegado.

Llegaron juntos a comisaría a las nueve menos cuarto.

Alex primero, contenido, con esa quietud de quien lleva tiempo intentando pasar desapercibido y todavía no ha aprendido del todo a no hacerlo. Detrás, Ramiro Núñez.

Moisés lo había visto en el retrato de Rober. Lo había visto en la foto envejecida que Iván había colgado en el tablón. Pero verlo en persona era diferente.

Cincuenta y tantos años. Pelo entrecano peinado hacia atrás. La mandíbula que Inés había descrito con exactitud. Una forma de entrar en una sala serena, como quien sabe exactamente dónde está y para qué ha venido.

Los ojos de Ramiro recorrieron la sala. Y se detuvieron un momento en Inés.

Inés también lo miró.

Ninguno de los dos dijo nada. Pero era el tipo de silencio que tiene peso. El de dos personas que se han visto en circunstancias que ninguna eligió y que ahora se reconocen en un contexto completamente distinto.

Ramiro asintió levemente.

Inés también.

Se sentaron a la mesa de reuniones. Moisés, Gustavo, Alex y Ramiro. Iván al fondo. Y en la silla del rincón, con el café que alguien le había traído sin que lo pidiera, Inés.

Ramiro no necesitó muchas preguntas.

Habló como quien lleva años ensayando algo que esperaba no tener que decir nunca y que al mismo tiempo necesitaba decir. Con calma. Con precisión. Sin adornos.

El estudio universitario había sido genuino. La hipótesis era real. El fármaco era real. Las aplicaciones médicas que había imaginado eran reales.

Lo que no era real era la dirección que tomó todo cuando Innova entró.

—A los cinco meses supe lo que planeaban realmente —dijo—. Aplicaciones de reconocimiento cognitivo. Contratos con fondos privados que no tenían nada que ver con la medicina. —Pausa—. Intenté salir. Intenté destruir lo que pude antes de irme.

—¿Y Boros? —dijo Moisés.

—Me citó en su despacho. —Ramiro miró la mesa—. Me recordó el contrato de confidencialidad. Que cualquier declaración pública tendría consecuencias. No hizo falta que dijera más.

Iván había dejado de teclear.

Gustavo había dejado de escribir.

Alex tenía la vista fija en un punto de la pared.

E Inés, desde el rincón, comprendió algo que llevaba meses intentando entender. El hombre del traje oscuro no había estado persiguiéndola. Había estado protegiéndose. Y cuando se cruzaron sus caminos, había decidido que ya era suficiente.

—Y el despacho de la planta siete —dijo Moisés—. Estaba vacío cuando fuimos.

—Fuimos nosotros —dijo Alex—. Ramiro sabía lo que había guardado allí durante meses. Lo extrajimos antes del registro. —Pausa—. La carpeta del cajón falso la dejamos. Para que la encontrara alguien.

Moisés no dijo nada.

Pero miró a Inés.

Ramiro miró la mesa un momento. Luego a todos los presentes.

—Durante todos estos años pensé que había destruido mi vida por intentar hacer lo correcto.

Miró a Alex.

—Ahora sé que todavía quedaba algo por hacer.

A media mañana Iván se levantó de la silla.

Lo que Yago había visto como patrón en los números, Iván lo había convertido en prueba concreta. Transferencias entre Innova y sociedades instrumentales. Cuentas en dos jurisdicciones distintas. Y detrás de las sociedades, cuando tiró del hilo lo suficiente, nombres.

No uno. Varios.

—Ya no buscamos un delito —dijo Iván—. Buscamos una organización.

Nadie respondió durante un momento.

El teléfono de Gustavo sonó. Lo miró, salió al pasillo. Volvió dos minutos después con esa expresión tranquila de quien acaba de confirmar algo que ya esperaba.

—Primera detención —dijo—. Madrid. Vinculado a la financiación.

Moisés asintió.

No sería la última.

Boros llegó a las once y media con su abogado.

Cooperativo, como siempre, exactamente lo que tenía que cooperar. Traje oscuro, camisa clara. Se sentó al otro lado de la mesa y miró a Moisés con esa serenidad de quien lleva años sentándose en este tipo de sillas y sabe que tiene más capas de protección de las que nadie puede ver.

—Inspector. ¿En qué puedo ayudarles?

Moisés dejó la carpeta sobre la mesa. El informe de Iván. Los USB. La documentación que había salido del cajón del piso de Sonia.

Boros los miró uno a uno.

—Todo eso son testimonios —dijo—. Y pruebas circunstanciales. Mi documentación está en regla. Ya lo comprobaron.

Moisés lo miró.

—Hay alguien que quiere saludarle.

La puerta se abrió.

Ramiro Núñez entró y se quedó de pie junto a la pared. No dijo nada. Solo miró a Boros.

Boros lo miró.

Y algo que llevaba seis años perfectamente controlado se rompió en su cara durante un segundo. Solo un segundo. Tan breve que si no estuvieras mirando directamente te lo perderías.

Pero Moisés lo había visto.

—El señor Núñez va a declarar —dijo Moisés—. Sobre la reunión que mantuvieron cuando él intentó abandonar el proyecto. Sobre el contrato de confidencialidad. Sobre lo que usted le dijo que le pasaría si hablaba.

El abogado empezó a decir algo.

Boros levantó una mano para pararlo.

Y por primera vez desde que lo conocía, Moisés vio a Luis Boros calcular cuánto le quedaba.

Boros miró a Ramiro un momento más. Luego apartó la vista.

—Si no hubiera sido yo —dijo en voz baja—, habría sido otro.
Hizo una pausa.

—Las ideas no se detienen encerrando a un hombre.

El abogado le puso una mano en el brazo. Boros no dijo nada más.

El teléfono de Gustavo volvió a sonar durante el interrogatorio.

Salió. Volvió. Le pasó una nota a Moisés sin decir nada.

Segunda detención. Bélgica. Coordinada con Interpol.

Moisés la leyó y siguió con el interrogatorio sin cambiar la expresión.

Cuando salieron de la sala dos horas después, Boros seguía cooperando. Pero ya no era la misma cooperación.

Alex estaba en el pasillo cuando Moisés salió.

Miraba por la ventana que daba al patio interior de comisaría. Las manos en los bolsillos. La postura de alguien que lleva mucho tiempo sosteniendo algo pesado y acaba de posarlo.

—Todos estos años.

Miró el patio.

—Todo esto empezó porque un hombre quería que otra persona no perdiera los recuerdos de su hija.

Sonrió con tristeza.

—Y estuvo a punto de terminar convirtiéndose en una herramienta para controlar la memoria de cualquiera.

Moisés se quedó a su lado.

—No va a ser ese el legado —dijo Alex—. Ramiro y yo vamos a retomarlo. Bien hecho esta vez. Con supervisión, con transparencia. Para lo que siempre debió ser.

—¿Necesitan algo?

Alex casi sonrió.

—Contactos, quizás.

Desde dentro, la voz de Iván:

—He oído lo de contactos. Me apunto.

Alex miró el patio un momento más.

—Al final no importa todo lo que se perdió.

—Importa lo que permanece.

Moisés fue a buscarle para decirle algo más. Sobre Inés. Sobre lo que había sido justo y lo que no.

Alex no lo esquivó.

—Lo sé —dijo—. No tenía otra forma. Pero no fue justo.

—No —dijo Moisés.

—No.

Y lo dejó ahí.

Ramiro pasó junto a Inés cuando salía de la sala. Se detuvo un momento.

—Ahora ya sabes que existe —dijo—. Decide tú qué hacer con ello.

Y siguió andando.

Alex lo siguió con la mirada. Luego miró a Inés.

—Siento haberla puesto donde no pidió estar —dijo en voz baja.

Inés lo miró.

—Lo sé —dijo.

No era un perdón. Pero tampoco era una puerta cerrada.

Era casi de noche cuando el teléfono de Gustavo sonó por tercera vez.

Esta vez sí entró a decirlo en voz alta.

—Tercera detención. Londres.

Iván levantó el puño.

Gustavo recogió sus cosas con esa satisfacción tranquila de quien ha hecho bien su trabajo y no necesita que nadie lo aplauda. Se despidió con un gesto y salió.

Iván cerró las pantallas con un suspiro. Luego miró a Moisés.

—Inspector —dijo.

—Iván.

—Ha sido un placer trabajar con usted. —Pausa—. Y con la señorita García.

Miró a Inés.

Inés levantó la mano a modo de saludo.

Iván se fue tarareando.

La comisaría quedó en silencio.

Moisés salió al pasillo.

Inés estaba delante del tablón. Con el abrigo puesto, el bolso demasiado grande colgado del hombro, mirando las fotos, los nombres, las flechas que conectaban unas cosas con otras.

Mientras Moisés se acercaba la vio desmontar el tablón despacio.

Primero la fotografía de Alex.

Luego la cuerda roja que la unía al resto.

Luego una nota escrita por Iván.

Poco a poco el tablero dejó de parecer un misterio y volvió a parecer una pared.

Se quedó un momento a su lado sin decir nada.

—¿Qué estás pensando? —dijo él.

Inés tardó un momento en responder.

—Que durante semanas cada foto me hacía una pregunta. — Pausa—. Y ahora las preguntas siguen ahí. Pero ya no son las mismas.

—¿Cuáles son ahora?

Inés miró el tablón un momento más.

—Las que tienen que ver conmigo —dijo—. Con lo que soy capaz de hacer. Con por qué. Con qué hago a partir de ahora con todo esto.

Moisés asintió despacio.

—Esas son las más difíciles.

—Lo sé. —Inés se giró hacia él—. Pero por primera vez siento que las quiero responder.

Él la miró.

Inés levantó una última vez la vista hacia el tablón casi vacío.

Había nombres que desaparecerían de aquella pared.

Pero no de su memoria.

Moisés apagó la luz.

Ya no hacía falta seguir buscando.

Salieron juntos.

Capítulo 33 — Por fin

INÉS

Lo primero que sintió al salir de comisaría fue que ya no pesaba nada.

No era exactamente alivio. Era algo más físico que eso. Como cuando llevas tanto tiempo cargando algo que te olvidas de que lo estás cargando, y de repente no está, y el cuerpo no sabe qué hacer con el espacio que ha quedado libre.

Respiró el aire de la noche.

Moisés estaba a su lado, con las manos en los bolsillos, mirando la calle. Y entonces Inés lo miró. De verdad, de esa forma en que no habías mirado a alguien porque siempre había algo más urgente en lo que fijarse.

Lo miró.

Un metro ochenta y cinco de inspector con la chaqueta algo arrugada después de un día muy largo. El pelo todavía con la forma que le dejaba la ducha de las seis y media de la mañana. La mandíbula con la barba de tres días que nunca era de cuatro ni de dos. Los ojos oscuros, más oscuros de lo que parecían a distancia. Y la postura de siempre, la de alguien que sabe exactamente dónde está sin necesitar demostrarlo.

Inés pensó, con una claridad que no esperaba, que estaba muy bueno.

Luego pensó que eso era exactamente el nivel de madurez emocional que cabía esperar de ella.

Luego pensó que le daba igual.

Cuando él se dio la vuelta y la pilló mirándolo, pensó que ojalá hubiera mirado para otro lado dos segundos antes.

—¿Qué? —dijo él.

—Nada —dijo Inés.

Moisés la miró un momento con la expresión de quien sabe perfectamente que no es nada pero decide no insistir.

—Te llevo a casa —dijo.
—Vale —dijo Inés.

MOISÉS

El coche olía igual que siempre.

No sabía por qué lo notaba ahora. Quizás porque todo lo demás había cambiado y el olor del coche era exactamente el mismo que hacía tres semanas, antes de que una mujer con un bolso demasiado grande apareciera en su investigación viendo cosas en los objetos.

Arrancó.

Inés estaba mirando por la ventanilla. No el móvil, no el bolso. La calle. Como alguien que por primera vez en mucho tiempo puede permitirse mirar sin buscar nada.

La luz de una farola le dio en la cara en ese momento y Moisés vio lo que hacía semanas que no había tenido tiempo de ver bien. Los ojos verdes con la mota amarilla que cambiaba según la luz. El pelo caoba recogido en una coleta, práctica, sin pretensiones. La línea de la mandíbula. La forma en que fruncía el ceño levemente cuando pensaba en algo que no le cuadraba.

Volvió a fijar la mirada en la carretera.

Hablaron de cosas sin importancia, que era exactamente lo que necesitaban después de días hablando solo de cosas con demasiada importancia. De la cafetera de Moisés y la opinión de Inés al respecto, que seguía siendo mala. De si los tacos franceses eran o no una cena apropiada para una investigación policial. De Iván tarareando a Estopa como banda sonora involuntaria de todo el proceso.

En algún momento en que el tráfico lo obligó a parar en un semáforo le rozó la pierna sin pensar demasiado en ello.

Iba a retirar la mano.

Inés la sujetó.

No dijo nada. Solo la sujetó con los dedos entrelazados en los suyos y siguió mirando por la ventanilla.

Moisés siguió conduciendo.

INÉS

Tenía la mano cálida.

Era un pensamiento absurdo para el momento pero era lo que pensaba. Que tenía la mano cálida y que llevaba semanas notando

cosas de él de esa manera, en fragmentos pequeños que no formaban un cuadro completo hasta que de repente sí lo formaban.

El semáforo se puso verde.

Él no retiró la mano. Condujo con una sola, que Inés habría dicho que era una imprudencia en otras circunstancias pero que en ese momento le pareció perfectamente razonable.

Llegaron a su calle.

Aparcó. Apagó el motor. Y los dos se quedaron un momento en silencio con las manos todavía entrelazadas en el espacio entre los dos asientos, sin que ninguno hiciera el gesto de soltarse ni de salir.

—¿Subes? —dijo Inés.

No era exactamente una pregunta.

—Sí —dijo Moisés.

Salieron del coche.

Inés iba delante y Moisés detrás, y ella era perfectamente consciente de ese orden y de lo que implicaba.

MOISÉS

El piso de Inés era completamente ella.

Libros en pilas que no eran exactamente estanterías pero tampoco exactamente desorden. Una chaqueta sobre la silla que probablemente llevaba ahí desde el lunes. Y en la encimera, el termo de Amaya que alguien había dejado ahí y que Inés miró un segundo antes de sonreír.

—¿Quieres algo? —dijo ella.

—No.

Se quedaron de pie en el salón mirándose con esa distancia de dos metros que de repente parecía más pequeña de lo que había sido nunca.

Inés se soltó la coleta.

El gesto fue completamente casual, de quien lleva demasiado tiempo con el pelo recogido y necesita soltarlo. El pelo caoba le cayó sobre los hombros, largo, liso.

Moisés no dijo nada.

Pero lo anotó.

—¿Qué? —dijo Inés, que había visto un leve asentimiento de él mientras la miraba.

—Nada —dijo Moisés.

—Eso me lo dices tú mucho.

—Tú me lo dices más a mí.
Inés abrió la boca para responder y luego la cerró porque tenía razón.

INÉS

Dio un paso hacia él.

Le puso una mano en el pecho. No como gesto romántico sino como comprobación, como quien necesita asegurarse de que algo es real antes de seguir. Notó el latido bajo la tela de la camisa. Regular. Constante.

Moisés no se movió.

Entonces él le cogió la mano despacio. Se la llevó a los labios y la besó, suave, sin prisa, con los ojos fijos en los suyos.

Inés abrió ligeramente los labios.

Y solo con ese gesto sintió que se le erizaba la nuca.

Dio un paso más.

Ya no quedaba ningún caso entre los dos.

Ninguna pregunta pendiente. Ninguna desaparición. Ninguna llamada que pudiera interrumpir aquel instante.

Solo ellos.

MOISÉS

Le apartó despacio un mechón de pelo de la cara.

—Inés.

—Llevo semanas esperándote.

Él la miró como si quisiera comprobar que hablaba en serio.

—Yo también.

Moisés sonrió apenas.

Eso era exactamente lo que llevaba tiempo esperando escuchar.

Entonces la besó.

Al separarse, ella soltó un hipido.

Después estornudó.

Los dos se quedaron inmóviles.

—Vaya —dijo Moisés—. A ver si me tienes alergia.

Inés se echó a reír.

—Habrá que investigarlo, inspector.

Lo empujó con suavidad hacia el sofá.

INÉS

Se besaron otra vez.

Sin prisa.

Como si durante semanas hubieran estado conteniendo exactamente aquel momento.

Entre beso y beso aparecieron las primeras risas. Una manga que no encontraba el camino correcto. Un zapato que ninguno conseguía quitarse sin perder el equilibrio. Una carcajada compartida que terminó con las frentes apoyadas una contra la otra.

—Estamos haciendo un ridículo importante —murmuró Inés.

—No pienso levantar atestado.

Ella volvió a besarlo.

Después dejaron de reír.

El resto llegó con la naturalidad de las cosas que llevan demasiado tiempo esperando.

La ropa fue quedando atrás.

También las dudas.

También el miedo que ninguno había sabido nombrar.

Y, por primera vez desde que se conocieron, no había nada más.

MOISÉS

Cuando la ciudad empezó a quedarse en silencio, los dos seguían despiertos.

La ventana del dormitorio estaba entreabierta y entraba el aire fresco de la madrugada.

Inés descansaba con la cabeza sobre su pecho mientras dibujaba círculos distraídos con un dedo sobre su piel.

Horas más tarde, Moisés seguía mirando el techo pensando que hacía tiempo que no se sentía así de quieto.

No tranquilo exactamente. Quieto. Como cuando las piezas están en el sitio que les corresponde y el cerebro puede por fin dejar de buscar el hueco que falta.

A su lado, Inés respiraba con la cadencia de quien se ha quedado dormida hace exactamente diez minutos pero todavía no del todo.

—¿Estás despierto? —dijo ella, sin abrir los ojos.

—Sí.

—¿En qué piensas?

Moisés tardó un momento.

—En nada concreto.

Inés abrió un ojo.

—Eso es mentira.

—Sí —admitió él.

Silencio.

—¿En qué piensas? —repitió ella.

Moisés miró el techo.

—En que llevaba semanas con demasiadas cosas en la cabeza —dijo—. Y que ahora mismo no hay ninguna que no pueda esperar a mañana.

Inés lo miró un momento.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Que hablas poco. Pero cuando hablas, aciertas. Y quizá por eso eres bastante buen inspector.

Moisés giró la cabeza hacia ella.

—¿Solo bastante bueno?

—No quiero que se te suba a la cabeza.

Él la miró.

Ella le sostuvo la mirada.

Y entonces los dos se rieron, de esa forma en que se ríe la gente cuando está cómoda y ya no hay nada que demostrar.

Inés volvió a mirar el techo.

—Moisés.

—Dime.

—Nada.

Pausa.

—Solo quería comprobar que seguías aquí.

Moisés no respondió durante un momento.

—Buenas noches, Inés.

—Buenas noches.

Y cerró los ojos.

Epílogo — Por primera vez

Inés llegó tarde a su propio cumpleaños.

Otra vez.

No al de la noche, ese era en casa de Moisés y todavía faltaban horas. Llegó tarde al miércoles. Al día en general.

Cerró el portátil veinte minutos más tarde de lo previsto.

Había una reunión que se había alargado demasiado.

Como casi todas.

Treinta y nueve años. Consultora de productividad senior. Había algo poético en eso, aunque a estas alturas Inés ya sabía que la poesía rara vez era la palabra correcta para describir su vida.

Entró en Origen porque necesitaba un café antes de hacer nada más.

—¿Lo de siempre? —dijo Juan desde detrás de la barra.

—Lo de siempre.

Juan ya estaba girándose hacia la máquina. Llevaba la cafetería de vuelta desde hacía meses, con esa normalidad de quien ha recuperado su sitio después de que su amigo se ocupara de él durante un tiempo más largo y más complicado de lo que nadie en el barrio había llegado a sospechar.

Inés se apoyó en la barra y sacó el móvil mientras esperaba.

Un mensaje de su madre. Un audio, claro, de tres minutos y pico, que esta vez sí escuchó porque algunas cosas con el tiempo se aprenden. La voz de su madre, alegre, deseándole un año maravilloso, contándole algo sobre Estambul que ya no recordaba si era plan real o broma recurrente, y al final, casi de pasada: Mañana comemos los cuatro, ¿verdad? Tu padre también viene. Le he dicho a Moisés que prepare algo, que cocina mejor que tú, cariño, no te ofendas.

Inés sonrió.

Tenía razón.

Bajo el mensaje de voz había una notificación de noticias que llevaba toda la semana apareciendo de vez en cuando. La abrió sin pensarlo demasiado, como quien repasa un titular conocido.

Avances prometedores en tratamiento experimental para el Alzheimer: el equipo liderado por los investigadores Alex Duarte y Ramiro Núñez presenta resultados preliminares positivos en la segunda fase del ensayo clínico.

Había una foto pequeña. Los dos en un laboratorio, batas blancas, la misma seriedad con la que Inés los recordaba pero ahora con algo distinto en la postura.

Ya no parecían hombres huyendo.

Parecían hombres que, por fin, podían dedicarse a curar.

Inés se quedó mirando la foto un momento.

Era la primera vez que veía su nombre en un periódico sin sentir miedo.

Pensó en el panel en la pared del piso de Chamberí. En las fotos tuyas que habían estado colgadas ahí sin que ella lo supiera. En todo lo que había tenido que pasar para que esos dos hombres llegaran a este titular.

Guardó el móvil.

Cogió el café que Juan le había dejado en la barra.

—Felicidades —dijo Juan, sin más explicación, porque claro que se acordaba.

—Gracias.

Salió a la calle con el café en la mano y la sensación de que llegaba tarde a algo importante, que era, después de todo, su tradición personal más consolidada.

El piso de Moisés olía a algo en el horno cuando Inés llegó.

Abrió con su propia llave, que era un privilegio relativamente reciente y que todavía le producía una pequeña satisfacción cada vez que la usaba, y se encontró el salón ya lleno de gente y de ruido.

—¡Por fin! —dijo Amaya, levantándose del sofá para abrazarla—. Pensábamos que te habíamos perdido otra vez.

—He llegado solo veinte minutos tarde.

—Para ti eso es puntualidad olímpica.

Yago levantó la copa a modo de saludo mientras Víctor asentía con esa expresión de quien todavía no terminaba de creerse que vivir del deporte fuera realmente posible.

Sandra removía una salsa en la cocina con la misma naturalidad con la que ahora hablaba de órdenes judiciales y malware.

—Felicidades —dijo Sandra, sin levantar la vista de lo que estaba removiendo—. El año que viene espero que llegues antes.

—El año que viene seguramente no.

Moisés se giró cuando la oyó entrar en la cocina.

No dijo nada. Solo la miró un momento, con una expresión que decía más que cualquier frase, y luego le dio un beso breve antes de volver a la salsa.

—¿Necesitas ayuda? —dijo Inés.

—No.

—¿Eso es un no real o un no de cortesía?

—Es un no de que sé lo que pasó la última vez que intentaste ayudar con la cafetera.

Inés decidió no insistir.

Estaban todos cuando llegó Gustavo, casi una hora más tarde, con un ramo de flores que claramente había comprado en la gasolinera de camino.

—Felicidades —le dijo a Inés, dándole un abrazo rápido.

—Gracias. ¿Va todo bien?

Gustavo miró a Moisés.

—Ha aparecido algo raro —dijo—. Un objeto que no cuadra con el resto de la escena. Mañana queríamos que le echaras un vistazo. No es nada urgente. Pero pensé que querríais saberlo.

Inés miró a Moisés.

Moisés la miró a ella.

—Mañana —dijo Inés—. Hoy es mi cumpleaños.

—Mañana —confirmó Gustavo—. Felicidades otra vez.

Y se sentó a comer tarta como si no hubiera dicho nada.

Más tarde, cuando ya habían cantado el cumpleaños feliz y Moisés había apagado las velas con ella entre risas porque Inés se negaba a hacerlo sola, se quedó un momento en la cocina recogiendo platos.

Cogió la copa de Yago, olvidada en la encimera, y la llevó al fregadero sin pensarlo.

Tocó la copa.

El recuerdo llegó igual que llegan los ecos.

Suave.

Sin dolor.

Yago mirando a Amaya. No una vez, sino muchas, superpuestas. La forma en que la buscaba con los ojos cuando ella hablaba con otra persona. Un momento concreto, reciente, en el loft de Salamanca, en el que él había estado a punto de decir algo y se había detenido.

Inés soltó la copa con más cuidado del necesario.

Se acercó a Yago cuando Víctor se levantó a por más bebida.

—Yago.

—Dime, cumpleaños.

—Para alguien que lee patrones en todo, hay uno que se te está escapando.

—¿Cuál?

Inés miró hacia Amaya y luego otra vez a él.

—Ella siente lo mismo.

Yago se quedó callado un momento, lo cual en él era prácticamente un acontecimiento.

—No sé de qué hablas —dijo, sin la convicción habitual.

—Sí lo sabes.

Yago miró a Amaya desde el otro lado del salón. Ella levantó la vista en ese momento, como si lo hubiera notado, y le sonrió antes de volver a la conversación con Sandra.

—Llevo meses calculando el momento adecuado —dijo, en voz baja.

—El momento adecuado es ahora.

—¿Y si me equivoco?

Inés sonrió.

—No te vas a equivocar. Pero si te ayuda a decidirte, son las 23:23.

Yago miró el reloj.

Eran exactamente las 23:23.

Se quedó mirándola con una expresión que no era del todo sorpresa, sino algo más parecido al reconocimiento.

—¿Y tú qué? —dijo—. ¿También has hecho tus números esta noche?

—No me hacen falta.

Yago sonrió. Dejó la copa. Se ajustó las gafas amarillas con el gesto de quien se está preparando para algo.

Y cruzó el salón hacia Amaya.

Inés se quedó en la puerta de la cocina, observando.

Vio a Yago decir algo. Vio a Amaya quedarse quieta un segundo, esa quietud rara en ella que solo aparecía cuando algo la sorprendía de verdad. Vio cómo le cambiaba la cara, despacio, hasta convertirse en algo que era pura luz.

Un año atrás, Inés no conocía a la mitad de las personas que ahora llenaban ese salón. No sabía lo que era una visión. No sabía que existía un proyecto llamado Huella, ni que un hombre de traje oscuro la observaría desde un pasillo, ni que acabaría enamorándose de un inspector de policía con el que se había cruzado en un ascensor sin que ninguno de los dos lo supiera todavía.

Pensó en lo afortunada que era.

No por el don. O no solo por eso.

Por todo lo demás.

Moisés le rodeó la cintura por detrás.

—¿Estás bien? —dijo, en voz baja.

Inés se giró hacia él.

—Perfectamente.

Apoyó la cabeza en su hombro.

Durante un instante pensó en la taza.

En la cuchara.

En el botón del ascensor.

En la carpeta azul.

En el USB que había encontrado por casualidad.

Sonrió.

Nunca habían sido los objetos.

Detrás de ellos, alguien gritó algo sobre la tarta. Yago hablaba con Amaya en voz baja, las cabezas muy juntas. Sandra le robaba una patata frita a Víctor. Gustavo se reía con Ana y José, que acababan de llegar.

Moisés apoyó la barbilla sobre su cabeza.

Por primera vez, no llegaba tarde.
